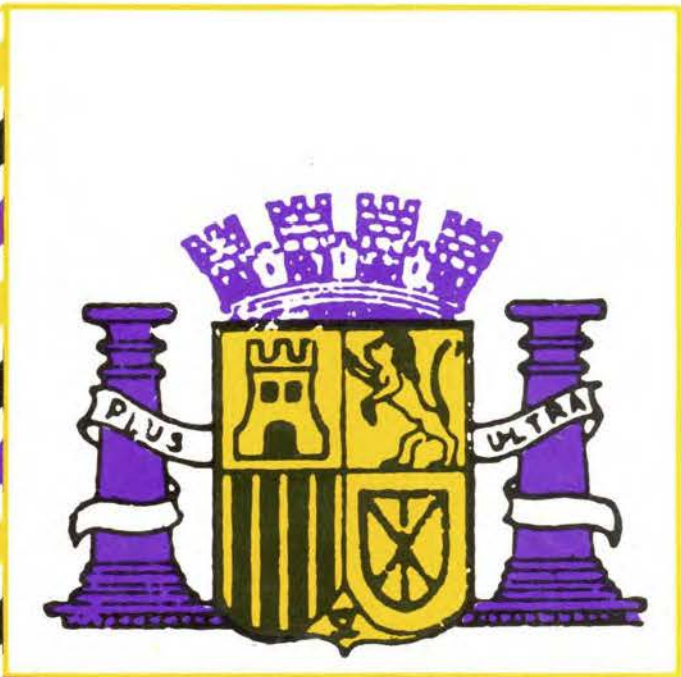


# THESIS

NUEVA REVISTA DE  
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ **JOSE GAOS**
- ▶ **FRANCISCO MIRO QUESADA**
- ▶ **VERA YAMUNI**
- ▶ **OSCAR ZORILLA**
- ▶ **LEOPOLDO ZEA**
- ▶ **ERNESTO MEJIA SANCHEZ**
- ▶ **ANDRES LIRA**
- ▶ **LUIS ELIO**
- ▶ **JOSE ANTONIO MATESANZ**
- ▶ **FELICITAS LOPEZ PORTILLO**



**HOMENAJE A  
JOSE GAOS  
HOMENAJE A  
ALFONSO REYES**

**OCTUBRE / 1979**

# THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.**

**Año 1, Número 3**

**Octubre / 1979**





**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo**  
**Secretario General Administrativo:**  
**Ing. Gerardo Ferrado Bravo**

**Secretario General Académico:**  
**Dr. Fernando Pérez Correa**

**THESIS. NUEVA REVISTA**  
**DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Publicación Trimestral de la**  
**Facultad de Filosofía y Letras**

**Director: Abelardo Villegas**  
**Editor: José Antonio Matesanz**  
**Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,**  
**Juliana González, José Antonio Matesanz**

**Secretaria de Redacción: Elsa Cross.**  
**Diseño: Germán Montalvo**

## INDICE

**La tradición presente. JOSE GAOS** 5  
*Lo mexicano en filosofía*

**Homenaje a JOSE GAOS** 15

**LEOPOLDO ZEA** 16  
*José Gaos en el recuerdo*

**FRANCISCO MIRO QUEZADA** 20  
*La filosofía como aventura personal*

**VERA YAMUNI** 28  
*De la aforística de José Gaos*

**ANDRES LIRA** 35  
*Recuerdos del seminario de José Gaos*

**OSCAR ZORRILLA** 40  
*Soneto*

**HOMENAJE A ALFONSO REYES (1890-1959)** 41

**ERNESTO MEJIA SANCHEZ** 42  
*Una antología impersonal de Reyes*

**LUIS ELIO** 50  
*Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. España, 1936 (fragmentos)*

**JOSE ANTONIO MATESANZ** 64  
*La guerra civil española*

**FELICITAS LOPEZ PORTILLO** 71  
*Características del "fascismo" español*

## NOTAS Y RESEÑAS

**Roberto Heredia Correa sobre la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.** 77

**LA TRADICION PRESENTE**

Donde se recogerán los mejores trabajos publicados en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, 1941-1958.* *THESIS* rinde así homenaje a los que nos precedieron en el empeño de cultivar y difundir los estudios humanísticos; establece nuestras ligas con una tradición rica y prestigiada que constituye a la vez estímulo para nuestros trabajos y estímulo para enriquecerla y pone al alcance del lector textos poco accesibles, de gran importancia para la cultura en México.



**JOSE GAOS**

**Lo Mexicano en Filosofía**

**E**sta conferencia va a ser un intento de "dar razón", "razón de ser", del filosofar sobre lo mexicano —incluido en ello el mexicano— que viene constituyendo el núcleo de la presente serie de cursos y conferencias. Dado que la filosofía fue definida algún día precisamente como "dar razón", como *logon didonai*, el intento que va a ser esta conferencia resulta un intento de filosofía del mentado filosofar sobre lo mexicano, de filosofía de la actual filosofía del mexicano, expresión en la que el genitivo "del mexicano" puede entenderse así en el sentido del sujeto que filosofa como en el sentido del objeto sobre el cual filosofa este sujeto. Pues bien, la radical "razón de ser" de la actual filosofía del mexicano es, a mi modo de ver las cosas, el afán de una filosofía mexicana que viene moviendo a los mexicanos cultivadores de la filosofía. Es lo que espero haya quedado confirmado al llegar al final de la conferencia. Mas para llegar a él, me parece menester empezar por decir que el afán a que acabo de hacer referencia implica toda una filosofía de la filosofía, no de la filosofía en una generalidad abstracta y vaga, sino en la concreción real de su historia. El repetido afán implica, en efecto, una filosofía de las relaciones entre filosofía y nacionalidad, en la historia universal en conjunto y en particular en México; y no sólo hasta el día de hoy, sino también desde este día... Por tanto, será el desarrollo de tal filosofía de las relaciones entre filosofía y nacionalidad, conciso como lo impone la máxima duración posible de una conferencia, la única manera de dar de la actual filosofía del mexicano la razón de ser prometida.

Es una idea universalmente aceptada la de que la filosofía es creación de unos pocos pueblos: dos pueblos orientales, el hindú y el chino; y menos de media docena de pueblos occidentales, uno antiguo, el griego, y cuatro modernos, el italiano, el francés, el inglés y el alemán, citados estos cuatro en el orden cronológico de sus más grandes filósofos, Bruno, Descartes, Locke y Hume, Kant y Hegel. La idea se funda ante todo en el hecho de que la mayoría de los más grandes filósofos, de toda la historia de la filosofía, desde los orígenes mismos de la filosofía hasta el mismo día de hoy, son "nacionales" de esos pueblos, lo que tendría una manifestación singularmente destacada en el otro hecho de haber esos grandes filósofos escrito toda su obra, o la parte más importante de ella, o cuando menos una parte tan importante como la que más, en los idiomas de los respectivos pueblos, sin más excepción digna de nota que la de Leibniz, el cual escribió la parte más importante de su obra filosófica en francés. Pero este primer fundamento de la idea se fortifica con otros hechos. Los mismos pueblos han sido también los más grandes hogares de cultivo y difusión de la

filosofía mediante asimismo sus más grandes centros de cultura, las grandes "escuelas" de la Antigüedad clásica, las grandes universidades de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania desde los siglos de plenitud de la Edad Media hasta el siglo actual. Y entre estos centros y los filósofos, los más grandes y los no tan grandes, hay relaciones muy apretadas y significativas: las escuelas de la Grecia clásica, las principales de las cuales siguen siendo las principales durante toda la Antigüedad clásica, sin más excepción que la de la escuela de Alejandría, tuvieron por fundadores a filósofos, sin más excepción, de nuevo, que esta misma escuela de Alejandría; y las grandes universidades aludidas han sido los lugares donde se formaron o donde profesaron o profesan, o donde ambas cosas, la mayoría de los filósofos medievales, modernos y contemporáneos. Estos hechos no son *únicos*; a la creación de la filosofía han cooperado filósofos de otros pueblos y razas, entre ellos alguno de los más grandes, como Spinoza, y al cultivo y difusión de la filosofía centros culturales de otros países. Pero esta cooperación no representaría hechos del volumen ni la importancia de los apuntados



en lo anterior. El volumen y la importancia de estos hechos no los menoscabarían ni siquiera ciertas atenuaciones, reservas o distingos que habría que hacer para ser plenamente exacto, en el sentido de que en la historia de la filosofía hay porciones de un peculiar *internacionalismo* y tan voluminosas e importantes, también, como la edad helenístico-romana o la Edad Media occidental.

Pero el hecho de significación más decisiva dentro de este orden de hechos sería el de que la filosofía cultivada, creada y difundida como se ha indicado, se integraría de una serie de filosofías verdaderamente "nacionales", no sólo por la localización de los centros cultivadores y por la nacionalidad de los creadores, ni siquiera, además, por los idiomas en que se expresarían, sino también, y quizá sobre todo, porque tendrían características tan nacionales o étnicas como la idiomática y más íntimas que ésta a la filosofía o al filosofar mismos y más peculiares de éstos: ciertas orientaciones o inclinaciones generales del espíritu filosófico, ciertas maneras de pensar o filosofar, incluso ciertos filosofemas, serían característicos de cada una de esas filosofías nacionales, así el panteísmo de la filosofía hindú, el interés primordialmente moral o eticismo de la filosofía china, el sentido visual u óptico, el "eidetismo" de la filosofía griega, el racionalismo de la francesa, el empirismo de la inglesa, el pensar "trascendental" de la alemana — porque el pueblo y la cultura toda hindúes tendrían por fondo un sentido panteísta del mundo, el pueblo y la cultura chinos una preferencia fundamental por la vida humana en su aspecto social y moral, el pueblo y la cultura griegas serían "eidéticos" — piénsese en su arquitectura, escultura, épica y teatro —, el pueblo y la cultura franceses predominantemente racionalistas, los ingleses radicalmente empíricos y los alemanes caracterizados por una peculiar cavilosidad y profundidad, dos matices semánticos unidos en la palabra alemana *Gründlichkeit*, que los alemanes mismos emplean para designar un valor especialmente estimado y por ende requerido de ellos en obras como las filosóficas, científicas y hasta artísticas.

**E**sta relación, entre las características nacionales de las filosofías y las de los pueblos creadores de ellas, resulta paradójica tan pronto como se recuerda, por una parte, que los filósofos han querido y pensado crear filosofía universal, universalmente válida o verdadera, y, por otra parte, se comprueba que, de hecho, han creado semejantes filosofías nacionales y, en cuanto tales, más comprensibles, atractivas y convincentes, más valiosas y hasta más verdaderas para los respectivos connacionales que para los extranjeros. Filósofo hay, aunque no sea, ciertamente, de mucho fuste, que ha estampado, al tratar precisamente de este tema de que estoy tratando ahora, estas afirmaciones: "Kant sería en el pensamiento francés un fenómeno imposible; yo creo, incluso, que hasta aquí no lo ha comprendido todavía en su problema esencial ningún francés". El que ha estampado estas afirmaciones es un alemán de nuestros días, pero no precisamente un "nacionalista", y es muy probable que estas sus afirmaciones expresen una manera semejante de pensar de muchos miembros de distintos pueblos acerca de los miembros de otros. No sé si representará en el presente caso una solución del problema que

entraña toda paradoja el pensar que quizá la única manera de que una filosofía sea universal, estribe en que sea lo más nacional posible, a la manera, también como parece que las grandes obras universales de la literatura deberían su universalidad, por lo menos en parte muy fundamental, a ser tan griegas como la *Iliada* o la *Odisea*, tan romanas como la *Eneida*, tan francesas como las tragedias de Racine o las comedias de Molière o tan alemanas como el *Fausto*... En todo caso, parece que de semejante paradoja no está libre ni siquiera la ciencia, ni siquiera la más científica de todas las ciencias, la matemática, a pesar de que la ciencia, y singularmente la matemática, es más "universalmente verdadera" sin duda que la literatura, pero también que la filosofía; al menos se habla de la matemática "griega" y de la matemática "moderna" en un sentido muy afín a aquel en que se habla de filosofía griega, francesa y alemana: la matemática griega sería exclusivamente *geometría*, matemática de las figuras "visibles", por obra del "eidetismo" de los griegos; la matemática moderna sería principalmente "cálculo", "análisis", por obra del espíritu menos "vidente", más "abstracto", de los modernos.

Pero lo que interesa a los fines de esta conferencia *no son las características nacionales o étnicas que diferencien a las distintas filosofías nacionales unas de otras, sino las características nacionales o étnicas que distinguen a los pueblos creadores de la filosofía de los no creadores de ésta al menos con la misma grandeza, en la misma medida*, es decir, las características típicas de los pueblos filósofos. E inmediatamente salta a la vista que Grecia, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania han sido pueblos *hegemónicos culturalmente*; que Francia e Inglaterra siguen siéndolo; que Alemania quizá no haya dejado de serlo; y que Grecia, Francia e Inglaterra han sido pueblos *hegemónicos políticamente* y Alemania ha estado a punto de serlo. Estos cinco pueblos no han sido ni son los *únicos* hegemónicos ni política ni culturalmente — basta recordar a Roma en la Antigüedad, a España en la Edad Moderna, a los Estados Unidos y Rusia en el día de hoy; pero esos cinco pueblos figuran entre los que han sido o son hegemónicos política o culturalmente o ambas cosas. Tampoco el más grande momento de creación filosófica de cada uno ha coincidido con el de máxima plenitud de su hegemonía política ni siquiera de su hegemonía cultural: Platón y Aristóteles son posteriores no sólo a las guerras médicas sino al "siglo de Pericles", y a la gran poesía épica, lírica y trágica griega; la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII, que es el período en que cae la creación de las obras maestras de la filosofía inglesa, caen a su vez entre el siglo de la reina Isabel y el siglo de la reina Victoria; la época de la gran filosofía y cultura toda clásica de Alemania abarca, bien curiosamente, una etapa del más profundo abatimiento político de los países germánicos, y la misma Francia, en cuyos reinados de los Luises XIII y XIV coinciden Descartes y Malebranche, sus más grandes clásicos literarios y la hegemonía política, alcanza sólo durante el decadente reinado de Luis XV la *acmé* de su hegemonía cultural internacional — pero lo cierto es que Francia ha tenido todo esto un poco antes o un poco después, como lo cierto es que Grecia tuvo su Homero, su Píndaro y sus trágicos y ganó las guerras mé-

dicas, Inglaterra ha tenido su literatura elisabetiana y su imperio victoriano, y Alemania ha estado a punto de lo que todos sabemos.

Aunque no saltase a la vista tan inmediatamente como el hecho de la hegemonía política y cultural de Grecia, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, hay otro hecho de muy especial significación en punto a las características distintivas de los pueblos creadores de la filosofía: esos mismos cinco pueblos son los grandes y, en la proporción de esta grandeza, únicos creadores de la *ciencia* en el sentido moderno de esta palabra. También en relación con esta creación hay faltas de coincidencia como las indicadas hace unos momentos: la edad de oro de la ciencia griega es la alejandrina, posteriormente a todas las edades de oro de la Grecia clásica; la ciencia alemana tiene, a pesar de Leibniz, su centro de gravedad en punto posterior a aquel en que lo tiene la filosofía alemana; y aunque en Descartes coincide lo que coincide de filosofía y de ciencia, y Locke y Newton sean contemporáneos, la ciencia francesa y la ciencia inglesa han creado desde Descartes, Locke y Newton quizá relativamente más y mayor, en conjunto, dentro de la ciencia que de la filosofía — pero lo cierto es, una vez aún, que hubo una ciencia alejandrina y que la ciencia moderna es creación de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania en términos perfectamente equiparables a aquellos en que se les reconoce la creación de la filosofía en los tiempos modernos. El caso de Italia es singular: Roma fue hegemónica política y culturalmente sin filosofía ni ciencia propias; Italia ha alcanzado la *acmé* de su filosofía al final del periodo en que fue hegemónica culturalmente y contribuyó como hasta entonces ninguna otra nación a la creación de la ciencia moderna; pero su aportación a la filosofía sin duda no es y su aportación a la ciencia moderna parece no ser tan voluminosa ni importante en conjunto como las francesas, inglesas y alemanas.

La coincidencia, en suma, de las hegemonías filosófica y científica, cultural y política en los mentados pueblos puede explicarse o comprenderse por las relaciones entre los "sectores de la cultura" acabados de nombrar. Sin cierto grado, relativamente elevado, de cultura no sería posible obtener ni mantener una verdadera, una efectiva hegemonía política, y, a la inversa, un instrumento muy eficaz de hegemonía política y un motor que impulsaría a ella sería un grado elevado de cultura, sobre todo de una cultura abarcante de creación filosófica y científica, ya que la ciencia es fuente de la técnica y ésta proporciona medios de dominación material, y también la ciencia, pero más aún la filosofía, suministran ideas capaces de servir como medios de dominación espiritual. Sería lo que vendría aconteciendo crecientemente en la historia, sobre todo en los tiempos modernos, y con singular transparencia en el día de hoy. Por lo demás, nada sería tan natural como que la hegemonía cultural abarque una hegemonía filosófica y científica en algunos casos, ya que no los abarca en todos. Pero ¿por qué la coincidencia entre las hegemonías filosófica y científica? — Antes de responder a esta pregunta, permítaseme intercalar una observación que me parece decisiva acerca de la coincidencia aún entre las hegemonías política y cultural, abarque ésta o no la filosófica o la científica o ambas.

Y es que todas estas hegemonías parecen deberse, como condición necesaria, si no suficiente, a una voluntad de superación de sí mismos y de los demás, de superioridad a los demás y de supremacía sobre ellos, que ha animado e impulsado, y sigue animando e impulsando, a ciertos pueblos durante sendos periodos de sus respectivas historias dentro de la historia universal — porque parece bien perceptible asimismo el fenómeno que puede llamarse de la fatiga histórica: no parece tratarse simplemente de que los pueblos no puedan menos de decaer por obra de una fatalidad opuesta a su voluntad; se trata de que los pueblos parecen acabar por sentirse tan fatigados del peso y de los pesares anejos a la hegemonía política, que acaban también por preferir dejarla o dejársela quitar... ¿No estamos presenciando en la actualidad el espectáculo de tal fatiga histórica en Francia e Inglaterra, mientras que los Estados Unidos y Rusia nos ofrecen el de aquella voluntad y el del consecuente y pujante avance hacia la pugna por la hegemonía, que ha solidado ser objeto de una pugna mortal para uno de los pugnantes?...

Según, pues, cuanto se acaba de apuntar, el porvenir de la filosofía en general se presenta vinculado no sólo al de la cultura asimismo en general, sino, también, especialmente al de la hegemonía política mundial y radicalmente al de la voluntad de hegemonía política y cultural — o voluntad que pudiera reemplazar a ésta. Porque la cultura ¿no declinará si se universaliza la fatiga histórica, si no sigue propulsándola la tensión de la voluntad de hegemonía — u otra que pudiera reemplazar a ésta? ... Porque se vislumbra la posibilidad de que la voluntad de hegemonía fuese reemplazada por otra capaz de dar los





mismos frutos, por una voluntad de emulación en punto a laborar por el progreso de la humanidad en conjunto...

Mas vengamos ya a la cuestión de la coincidencia entre las hegemonías filosófica y científica. ¿Hay entre estos dos sectores de la cultura relaciones que la expliquen o hagan comprensible? — Platón y Aristóteles vienen a decir que la filosofía nació del mito como algunos seres míticos y algunos seres reales: causando la muerte de sus progenitores. Por "mito" podemos y debemos entender en general la cultura "primitiva" y lo que de ella es superviviente en la cultura más "progresiva" hasta hoy, y en especial la religión. Pero allá por los tiempos de los primeros filósofos griegos tuvo sus orígenes la ciencia, la investigación metódica de verdades de "pensamiento", como las matemáticas, y de "realidad", como las físicas, y la fundamentación o verificación de semejantes verdades por medio de demostraciones o de observaciones y experimentos susceptibles de ser hechos o comprobados por cualquier sujeto capaz de y dispuesto a tomarse el trabajo necesario. Mito y ciencia diferían tanto por sus objetos cuanto por la relación de los sujetos con estos objetos: los objetos del mito no serían los objetos parciales, especiales de "pensamiento" o de "realidad" de la ciencia, sino objetos imaginados y concebidos como situados más allá de la "realidad" de este mundo perceptible por los sentidos y aún más allá del pensamiento mismo, pero a la vez como "causas" de la totalidad de los objetos; y la relación de los sujetos con los objetos míticos sería la de imaginarlos y concebirlos así, y creer en ellos, y portarse de ciertas maneras derivadas de esta fe o que ésta vendría a explicar, mientras que la relación de los sujetos con los objetos científicos sería la de investigarlos y fundamentarlos o verificarlos científicamente. El mito había tenido y sigue teniendo un gran éxito, pero el éxito de la ciencia no ha parecido muy inferior al del mito — por lo menos a los creyentes en la ciencia, estoy por decir a los creyentes míticamente en ella. Sin embargo, ni siquiera éstos han sido capaces de renunciar al mito o a su éxito. ¿Por qué, entonces, no conjugar mito y ciencia, entrando con los objetos de la ciencia en relaciones míticas o con los objetos del mito en relaciones científicas? ... Y, en efecto, los pitagóricos, los cabalistas, los astrólogos, los teósofos y los espiritistas entraron con objetos de la ciencia como los números, los astros o los fenómenos psíquicos en relaciones míticas; y en relaciones científicas con los objetos como Dios o el alma han intentado entrar— los filósofos, "demostrando" la existencia de Dios o la de un alma sustancial, espiritual, inmortal... En estas relaciones y métodos científicos estribaría el "dar razón de ser", por el que un día se definió la filosofía. La medieval sería una buena confirmación de lo que acabo de insinuar: es, en volumen y por su índole, mucho más que filosofía, propiamente, teología, debido justo al no aplicar a los objetos de la fe religiosa — cristiana, islámica, judaica— exclusivamente métodos científicos, por el uso hecho de la revelación. En todo caso, si cuanto acabo de insinuar fuese como acabo de insinuarlo, se comprendería por qué son los mismos pueblos los grandes creadores de la ciencia y de la filosofía. La muy especial significación de este hecho sería precisamente ésta: sin ciencia no podría haber filosofía. La relación, por lo demás, no se da-

ría sólo en los pueblos; se ha dado, de hecho, en los individuos, en los filósofos. Porque si filosofía es el intento de hacer ciencia con objetos no científicos, semejante intento implica que quien lo emprenda conozca en buena medida la ciencia, sea en buena medida hombre de ciencia. Y, en efecto, sabido es cómo los grandes filósofos han sido a la vez grandes hombres de ciencia.

Ahora bien, es general pensar que la filosofía viene recorriendo un período de florecimiento o renacimiento desde principios de siglo aproximadamente, porque no es menos general pensar que los dos últimos tercios del siglo pasado fueron un período en que, si la filosofía no desapareció, estuvo representada principalmente por una filosofía de baja estofa, como consideran a la materialista las demás, o por una filosofía como la positivista, tan "limitadora" de la filosofía, que equivaldría a una paradójica negación de ésta. En cambio, desde principios de siglo aproximadamente, se habrían desarrollado brillantemente de nuevo la filosofía idealista y la metafísica. Sin embargo, hace ya algún tiempo que expresé públicamente ciertas dudas acerca de este renacimiento o florecimiento de la filosofía. No se me ha ocurrido, naturalmente, negar los hechos del dominio público: la abundancia de las publicaciones consideradas como filosóficas; el alto nivel intelectual de no menos de ellas que en los mejores tiempos de la filosofía; el interés de un público creciente por ellas y por cuanto se presenta relacionado con la filosofía...

Lo dudoso es el significado de estos hechos, empezando por el significado del fundamental: las filosofías dominantes en este medio siglo. En definiti-



va me parece que no representan una restauración de la metafísica, ni en la forma prekantiana de ésta, ni en la forma de los grandes sistemas postkantianos del idealismo alemán; sino una ampliación y un ahondamiento de la filosofía de la cultura en general y singularmente de la filosofía de la filosofía, en el sentido neokantiano y diltheyano de estas filosofías. Los filósofos contemporáneos, o no han hecho metafísica en aquel sentido, ni un sistema universal como el de Hegel, o lo que han hecho de metafísica en aquel sentido ha resultado lo de menos éxito entre toda su obra, como lo que en la filosofía de Bergson hay de estricta metafísica del *élan vital* o como la metafísica del impulso y el espíritu del último período de Scheler; lo que los filósofos contemporáneos han hecho con verdadero éxito es filosofar sobre las condiciones de posibilidad y sobre la posibilidad misma de la ciencia y de la filosofía y de los otros sectores de la cultura: la fenomenología de Husserl no es sino un esfuerzo por fundamentar como ciencia rigurosa la filosofía y con ella el resto y el todo del conocimiento humano; la filosofía de Dilthey, que aunque producida en los últimos decenios del siglo pasado y el primero de éste, sólo en los siguientes hasta hoy se ha difundido vastamente y ha influido profundamente, es una filosofía de la vida como condición de posibilidad de las ciencias del espíritu y de la cultura; la filosofía de Heidegger es una filosofía del ser del hombre como condición de posibilidad de la ontología —y, últimamente, de la historia del hombre; y en cuanto antecedente de una filosofía como ésta han tenido el mayor éxito, de toda la filosofía de Bergson, los filosofemas de éste sobre el tiempo... Todo esto significa que la filo-

sófia sigue en la línea iniciada por Locke, cuando desvió a la filosofía desde el filosofar sobre el origen de las cosas hacia el filosofar sobre el origen de las ideas, y convertida por Kant en filosofía crítica de la cultura. Los filósofos contemporáneos ya no filosofan tanto directamente sobre el más allá de una existencia de Dios o una inmortalidad del alma, como un Aristóteles o un Descartes, cuanto sobre el hombre, creyente en Dios o en la inmortalidad, o afanoso de creer en el uno y en la otra, o resignado a no hacer más que creer en el uno y en la otra, o a ni creer en el uno ni en la otra, o no interesado por semejantes creencias... En suma: en la actualidad, la filosofía parece no ser sino una investigación de los sectores de la cultura humana y del hombre mismo sumamente difícil de distinguir de las "ciencias humanas" por unos imprecisos límites entre lo científico y lo filosófico en el investigar semejantes objetos.

La relación entre lo que acabo de decir sobre la filosofía en la actualidad y lo que antes dije sobre mito, ciencia y filosofía me parece que salta a la vista. Lo que antes dije sobre mito, ciencia y filosofía no fue sino un superconciso resumen de una filosofía de la filosofía, la ciencia y el mito. Y lo que acabo de decir sobre la filosofía en la actualidad, la prolongación de esta filosofía de la filosofía, la ciencia y el mito hasta el momento actual. La filosofía habría empezado por ser una frustránea ciencia de lo mítico, y habría acabado por ser ciencia de esta frustración...

En esta evolución, desde la seudociencia de los objetos del mito hacia la ciencia de los sectores de la cultura, se han impuesto últimamente dos tendencias convergentes: la tendencia a tomar los sectores de la cultura, objeto de las ciencias humanas y de la filosofía de la cultura, en su concreta circunstancialidad en torno al sujeto mismo filosofante y científico, y la tendencia a entender el dar razón de ser de estos objetos, o el método, ya no como un dar razón *esencial* de los existentes sino como un dar razón existencial de ellos. La primera tendencia trae a hacer filosofía y ciencia de lo propio en el sentido más estricto, en el cual implica lo actual, y en este sentido representa el ápice del historicismo y personalismo de nuestros días. La segunda tendencia, que es obviamente la del existencialismo también de nuestros días, viene a reemplazar el método más venerable de la filosofía por el peculiar de la ciencia en el sentido estricto de la modernidad de la naturaleza.

Interesante, sobre todo a nuestros fines, sería *prever* si la filosofía seguirá la misma línea ya indefinidamente, con la posibilidad de desaparecer absorbida en puras ciencias humanas, o volverá a una línea como la de la metafísica pre- y post-kantiana; y si —cuestión en la más apretada relación con la anterior— continuará siendo, incluso crecientemente, historicista, personalista, existencialista.

*Lo previsible* depende, a mi ver de *lo visto* en el anterior resumen de filosofía de la filosofía prolongada hasta el momento actual. La filosofía quiso ser ciencia de lo mítico mientras no se vió la congruencia entre los objetos y los procederes del mito, por una parte, y los de la ciencia, por otra, y la incongruencia entre los objetos del mito y los procederes de la ciencia como entre los objetos de la



ciencia y los procederes del mito. Una vez vistas estas congruencia e incongruencia, no parecen previsibles sino estas cosas: la persistencia de la ciencia, inclusive de la ciencia del mito, no de los objetos míticos —y haya de ser esta ciencia del mito pura ciencia o ciencia y filosofía—, y la persistencia del mito mismo... porque no es seguro, como mínimo, que la ciencia del mito haya de acabar con el mito mismo. O en otros términos: parece que dentro del horizonte de lo previsible desde la atalaya o, si ustedes lo prefieren, el abismo del hoy, los hombres seguirán, por una parte, creando o recreando mitos, en todo caso creyendo en ellos, y, por otra parte, haciendo ciencia, inclusive de su crear o recrear mitos y creer en ellos... En cuanto a los métodos de tendencia historicista, personalista y existencialista, parecen demasiado vinculados a la particularidad de las cosas humanas, por un lado, y a la del método de la ciencia —que es una de las cosas humanas—, por otro lado para que se presente como fundadamente previsible el abandono, al menos, de ellos.

Así concisamente examinadas las relaciones entre nacionalidad y filosofía en general, y la indole y evolución contemporánea e incluso futura de esta última, procede examinar, aunque sea sólo como es fuerza, de la misma manera concisa, las relaciones de México con la filosofía en el pasado y el presente — y el porvenir.

De la idea general y generalizada de que sean los pueblos señalados en la primera parte de esta conferencia los creadores de la filosofía, en un sentido en el que no es ningún otro, no es sino idea parcial, por un lado, pero por otro aceptada incluso de los mexicanos, la de que no hay aún una filosofía mexicana, en el sentido en que hay

una filosofía francesa o alemana. Mas, por otra parte, son un hecho, un hecho histórico, las relaciones, seculares incluso, de México con la filosofía. Estas relaciones son las que procede examinar. El hacerlo requiere la fijación de ciertos conceptos, casi me atrevo a decir "categorías", con o en los que caracterizar o definir e interpretar y valorar la obra de México en relación con la filosofía, que no llegaría aún a ser la de creación de una filosofía mexicana.

**M**éxico no habría hecho hasta hoy ninguna aportación a la filosofía universal. En el dominio de la filosofía no habría hecho más que importar filosofías extranjeras, prácticamente europeas con exclusividad. Es decir, los mexicanos cultivadores de la filosofía, en México o fuera de México, esto último como, por ejemplo, algunos de los jesuitas mexicanos desterrados a Italia en 1767, y los extranjeros cultivadores de la filosofía en México, como, por ejemplo, Fray Alonso de la Veracruz, si no es un anacronismo y hasta una herejía considerarle como extranjero, no habrían hecho más que exponer, en una forma u otra, filosofías extranjeras.<sup>1</sup> Pero inmediatamente se ocurre una cuestión: ¿es posible que la importación de filosofías sea un hecho histórico tan puramente receptivo, tan pasivo, que no implique ninguna actividad algo más que receptiva, por poco que lo sea, y que por ende pueda considerarse como *aportativa*, siquiera en grado mínimo?... Si se escruta la historia de la filosofía en México con el instrumento óptico al que puede compararse la pregunta anterior, pronto se ve todo lo siguiente.

Las importaciones han implicado a partir de cierto momento una actividad de elección. Quizá un primer período de la historia de la filosofía en México sea el redondeado precisamente por la mera importación de la filosofía escolástica exclusiva en la metrópoli española, sin nada que pueda considerarse como elección de una filosofía entre las muchas integrantes de la filosofía universal. Pero a partir por lo menos de la mitad del siglo XVIII ya no es lo mismo. Los jesuitas y los no jesuitas, como Gamarra, que hacen en la vida filosófica de la colonia las innovaciones tan estudiadas en estos años, *eligen* entre las muchas filosofías ya integrantes de la universal precisamente la filosofía *electiva* o *ecléctica*, para importarla. Los otros mayores momentos de importación de filosofías en México, el de importación de la filosofía del liberalismo en la primera mitad del siglo pasado, el de importación de la filosofía positivista en la segunda mitad del mismo siglo y el de importación de filosofías antipositivistas, espiritualistas, en los primeros decenios de este siglo, han sido momentos igualmente de activa elección filosófica, aunque ninguna de las filosofías importadas en ellos se llame ya electiva. Ahora bien,

<sup>1</sup> La importación atribuida a los desterrados sugiere este reparo: ¿que pueden haber importado en México los desterrados de él? Pero no es difícil la réplica al reparo: éste se funda en un concepto tan estricta cuan infundadamente geográfico, material, de México; para el concepto histórico, cultural: humano y único fundado de México —como de cualquier "cultura"—, puede haber un "México peregrino" fuera de los límites geográficos del país llamado México. Es un buen ejemplo más de la necesidad y de la manera de afinar los conceptos historiográficos e historiológicos.



todas estas importaciones electivas han elegido en el mismo sentido: en contra de las filosofías que en el momento representaban desde más o menos tiempo la tradición, en favor de filosofías que el curso ulterior de la historia ha probado que marchaban en el sentido de la innovación y de la hegemonía; pero, a una, con cierta moderación, así en relación a las filosofías innovadoras y hegemónicas, como en relación a la tradicional: no siempre fue ésta rechazada ni siquiera reemplazada totalmente por las elegidas, ni fueron éstas las más extremas entre aquellas innovadoras y hegemónicas. Y sin embargo, las filosofías representativas de la tradición en cada momento estaban ahí, hubieran podido ser electivamente continuadas o importadas con preferencia a las innovadoras; incluso lo natural hubiera sido que las hubieran preferido personalidades, por lo menos, como las de los jesuitas del XVIII y Gamarra, tan vinculadas por su carácter sacerdotal a la tradición. Y no menos natural es que los innovadores tiendan precisamente en cuanto tales al extremismo.

Mas, aquel momento central del siglo XVIII ha sido en la historia de México un momento capitalmente divisorio: de las que pueden llamarse la edad de la importación desde fuera y la edad de la importación desde dentro. El primer momento de importación es el de una importación hecha por quienes vienen de fuera de México a éste, trayendo la filosofía del país de su procedencia; mientras que a partir del momento central del siglo XVIII, los momentos de importación son de importaciones hechas por personalidades del país que, no sólo a la vuelta de un viaje al extranjero, sino antes de hacerlo e incluso independientemente de todo viaje al extranjero, importan en el país filosofías. Esta división de edades, de importación desde fuera y de importación desde dentro, representa algo más profundo que ella misma: el importar con espíritu de metropolitano que se traslada a la colonia o con espíritu de colonial, o el importar con espíritu de espontaneidad, independencia y personalidad nacional y patriótica creciente.

Pero las importaciones hechas con este último espíritu no se han reducido a ser activamente electivas: su actividad ha ido más allá de la de elegir. La importación de filosofías innovadoras no podía menos de plantear el problema de su inserción en lo nacional, constituido como estaba en cada momento por la tradición correspondiente a éste: la solución fue la de adaptación de lo importado a las peculiaridades culturales del país en cada momento. El caso más relevante de semejante adaptación parece ser el cifrado por el cambio del lema o divisa del positivismo comtiano, orden, progreso y amor, por el lema o divisa orden, progreso y libertad, en la que la libertad reemplaza al amor de aquella por concesión al liberalismo cuyo triunfo acababa de ser condición de posibilidad, cuando menos, de la importación del positivismo.

Pero tampoco en la adaptación de lo innovador importado a las peculiaridades culturales del país se quedó la actividad de las importaciones hechas con el indicado espíritu. De la inserción de lo innovador importado en lo nacional se pasó a la inserción de lo nacional en lo innovador y en lo hegemónico. El mito en plenitud representa una manera de ver el mundo entero y una manera de re-

gular la vida entera; los objetos del mito son o abarcan en una forma u otra principios universales. Los objetos de la filosofía son los del mito: a ellos debe, pues, la filosofía la universalidad que la caracteriza. Por tanto, la creación o la adopción de una filosofía acarrea que el creador o el adoptante no pueda menos de concebirse incluso en la filosofía creada o adoptada. Lo que esto quiere decir lo explica el caso quizá también más relevante ofrecido por la historia de la filosofía en México. Vuelve a ser el caso del positivismo. Barrera no se redujo a importar el positivismo en México; incluyó a México en la historia universal según la ley de los tres estados de la filosofía de Comte; e incluyó a México en la historia universal según esta ley nada menos que como protagonista de un agón o lucha concebida como decisiva del curso de la historia universal. He aquí, en efecto, estas palabras de la oración cívica que pronunció en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867, es decir, el primer aniversario de la independencia nacional subsiguiente al triunfo de la República Mexicana sobre el Imperio de Maximiliano:

"Conciudadanos: vosotros recordáis en este momento, que el sol del 5 de mayo que había alumbrado el cadáver de Napoleón I, alumbró también la humillación de Napoleón III. Vosotros tenéis presente que, en ese glorioso día, el nombre de Zaragoza, de ese Temistocles mexicano, se ligó para siempre con la idea de independencia, de civilización, de libertad y de progreso, no sólo de su patria, sino de la humanidad. Vosotros sabéis que haciendo morder el polvo en ese día a los genizaros de Napoleón III, a esos persas de los bordes del Sena que más audaces o más ciegos que sus precursores del Eufrates, pretendieron matar la autonomía de un continente entero y restablecer en la tierra clásica de la libertad, en el mundo de Colón, el principio teocrático de las castas y de la sucesión en el mando por medio de la herencia; que venciendo, repito, esa cruzada de retroceso, los soldados de la República en Puebla, salvaron como los de Grecia en Salamina, el provenir del mundo al salvar el principio republicano, que es la enseña moderna de la humanidad".

Las importaciones de filosofía en México hechas desde dentro o con espíritu de espontaneidad, independencia y personalidad nacional y patriótica creciente, han sido tan activamente electivas y adaptativas que, llegando a la inserción de lo nacional en lo innovador importado como protagonista de un agón decisivo del curso de la historia universal, pudieran estimarse importaciones aportativas por ello — sólo, si no hubiera lo que hay aún... Es que filosofías como la filosofía de la existencia de Caso y la filosofía estética de Vasconcelos tienen un grado de consistencia y de originalidad plenamente igual al de muchos pensadores que figuran en las Historias de la Filosofía — a pesar de lo cual no figuran en éstas tales maestros mexicanos. Pero prescindiendo por un momento de dar satisfacción al deseo de ver la forma de reparar tal injusticia, para lo cual será lo primero descubrir o señalar la razón, o más bien sinrazón, de la misma, concluyamos que las importaciones de filosofía en México han sido aportativas a la filosofía en grado no inferior al de otras muchas filosofías que figuran en las Historias de la Filosofía por sus relativas aportaciones a la filosofía universal.

Pero lo más importante de todo es el sentido unitario que inequívocamente perfilan las importaciones de filosofía en México hechas a partir del siglo XVIII inclusive. Este sentido consiste en algo más que en lo antes señalado, que en ser importaciones electivas de lo innovador y que han llegado a insertar a México en la historia universal como protagonista de un acto decisivo de ella. Esto tiene su razón de ser en lo radical del espíritu de espontaneidad, independencia y personalidad nacional, y patriótica creciente con que se han hecho, y lo radical de este espíritu es la colectiva *voluntad* de crecer o progresar precisamente en independencia y personalidad hasta — ¿la hegemonía?... Pero antes de detenernos en este último término y en la voluntad que lo persigue, debemos volver sobre la injusticia mentada hace un momento.

**E**s, pues, un hecho, un hecho histórico, que, en suma, México no ha dejado de hacer a la filosofía aportaciones como otras registradas en la Historia de la Filosofía, a pesar de lo cual no se encuentran registradas en esta Historia las suyas, antes, por el contrario, la idea de no haber hecho hasta hoy ninguna aportación a la filosofía universal se generalizó — incluso entre los mexicanos, si no principalmente entre ellos, pues que la ignorancia de la filosofía mexicana por los no mexicanos llegaría al extremo de ignorar dicha idea... Los mexicanos habrían aceptado como autovaloración propia la ajena ignorancia de ellos... ¿Cuál es la —sinrazón de semejante injusticia de la Historia de la Filosofía con la filosofía mexicana, de los no mexicanos con los mexicanos, de éstos consigo mismos? Un doble hecho, político y cultural: la dependencia política de América respecto de Europa y la dependencia de las valoraciones culturales respecto de las políticas. La dependencia política de América respecto de Europa dejó en América un espíritu de subordinación cultural a Europa que ha persistido no sólo mucho más acá del logro de la independencia política, sino incluso donde no sigue justificándolo el desnivel cultural. Así continuó la excolonia política de España siendo colonia cultural de Europa. Pero toda esta situación ha cambiado ya mucho en los últimos años. Y no sólo los americanos, sino los mismos europeos vienen dándose cuenta de ello. Por ende cabe esperar la pronta reparación de una injusticia como la que ha sido objeto de estas sumarias consideraciones. Pero la reparación vendrá fundamentalmente por la vía de la evolución de la filosofía en México, a la que paso, pues.

Vistas las relaciones de México con la filosofía en el pasado, veamos las presentes.

Lo rigurosamente actual en punto a la filosofía en México son los empeños actualmente en marcha por articular una filosofía de lo mexicano y singularmente del sujeto de lo mexicano, del mexicano. Tal es el tema común a esta serie de cursos y conferencias. Los empeñados en la articulación de tal filosofía son principalmente los jóvenes que más se han destacado intelectualmente en las últimas generaciones arribadas a la edad de entrar en la vida pública, pero su empeño ha recibido lecciones y estímulos de los antecedentes —alguno, decisivo— que tienen en la obra de los maestros de las últimas generaciones anteriores a la suya. Uno de los empeños parciales del gran empeño total de los jóvenes aludidos es precisa-

mente el remontar en busca de los inicios del interés por lo mexicano, para reconstruir su desarrollo hasta la actualidad. Y alguno de los jóvenes aludidos ha podido remontar sin que ello parezca exagerado, a la admiración de Hernán Cortés por la grandeza cultural del Imperio azteca. Si se toma lo mexicano, no en el sentido de lo aborigen puro, sino en el de la "transculturación" indo—hispanica, el siglo XVIII vuelve a presentarse como decisivo. Nada tan natural como que el espíritu de espontaneidad, independencia y personalidad nacional y patriótica que encontramos en la raíz de las decisivas elecciones filosóficas hechas por aquel siglo, *incluya* el interés por lo *distintivamente* patrio. Mas, para venir aquí, donde el tiempo apremia, a los antecedentes inmediatos de lo actual, y aun sólo, entre lo actual, de lo filosófico, no es posible dejar de señalar los que se encuentran en la obra de Caso y Vasconcelos y, más decisivamente, en la obra de Samuel Ramos, no sólo por su influjo directo en los repetidos jóvenes y reconocido de ellos, sino por otra razón aún, muy importante filosóficamente.

La filosofía de la cultura puede concebirse como una filosofía *de la cultura en general*, y así es como la conciben la mayoría de los filósofos contemporáneos de la cultura, pero no es así como la conciben los repetidos jóvenes. Lo que éstos se hallan empeñados en articular es una *filosofía de la cultura mexicana*. Pero esta concepción no es original de ellos. Su origen remonta un poco más allá. A la filosofía de las circunstancias españolas que fue la primera original planeada y parcialmente desarrollada por Ortega y Gasset. Allá por 1914 se consideraba éste como un profesor de filosofía *in partibus infidelium*, en tierras de infieles a la filosofía, hostiles o, cuando menos, indiferentes a ella. Pero el individuo no existe, *no es*, sino en y con su "circunstancia". El filósofo no podía ser sino en y con su circunstancia hispánica. Si ésta no se salvaba para la filosofía, tampoco se salvaría el filósofo. Pero salvar una circunstancia es actualizar *el logos*, el sentido que en potencia entraña toda cosa, aun la aparentemente más sin sentido, más *ilógica*, o bien, y puesto que el sentido o *logos* se actualiza por medio del *concepto* y semejante actualización no sería otra cosa que filosofar — en el sentido de la filosofía de la cultura, salvar una circunstancia es potenciarla conceptuándola o filosofando sobre ella: no, pues, sobre la cultura en general, sino sobre la cultura concreta en torno del sujeto filosofante.

Mucho más apretadamente que todos los vínculos anteriores entre la cultura, la ciencia y la voluntad de hegemonía, por una parte, y, por otra parte, la filosofía, vincula esta filosofía la filosofía, o se vincula a sí misma, a su circunstancia cultural. En ésta y con ésta tiene que salvarse, tiene que ser, aunque sea salvando o cooperando a salvar la circunstancia. Lo que quiere decir prácticamente: una filosofía de la circunstancia cultural es *una misma cosa* con ésta, con una circunstancia de cultura potenciada, de cultivo de la ciencia, especialmente la humana, y de voluntad potente para propulsarla.

Esta lección de Ortega la aprendió Samuel Ramos, según este mismo declara, hasta el punto de presentar su filosofía como consistiendo esencialmente en una filosofía de la circunstancia mexicana, en el mismo sentido de la

filosofía de la circunstancia española de Ortega. Y es la lección que han aprendido de él a su vez los jóvenes empeñados en articular la filosofía de lo mexicano.

Este concretar circunstancialmente la filosofía de la cultura es sin duda un genial acierto teórico. En todo caso es característico de la dirección de la filosofía contemporánea de lengua española a que acabo de referirme.

Los empeños por articular una filosofía de lo mexicano y singularmente del mexicano tienen por razón de ser inmediata la idea de que filosofar sobre lo mexicano y el mexicano, sería el proceder conducente con más seguridad a la filosofía mexicana en el afán de la cual tienen su razón de ser radical los mismos empeños. Mas es obvio que si sobre lo mexicano filosofasen no mexicanos, el resultado no sería la filosofía mexicana de la que se experimenta el afán. En cambio, si sobre cualesquiera otros objetos filosofasen mexicanos, el resultado sí sería la filosofía mexicana de la que se experimenta el afán. Filosofía de mexicanos sobre cualquier objeto no puede menos de tener una especificidad característica, en la medida en que la filosofía tampoco puede menos de realizarse en filosofías expresivas de la personalidad, no sólo étnica, sino hasta individual, de los respectivos autores, y en que los mexicanos filosofantes tienen sin duda esta doble personalidad. La cuestión parecería ser, pues, que *mexicanos filosofasen* —sobre cualquier objeto. Sin embargo, los objetos de la filosofía no son indiferentes para la historia de la filosofía. Hay una historia de los objetos de la filosofía que es parte condicionante de la historia total de la filosofía. Y así, en la actualidad hay una serie de objetos que van desde objetos tan universales por abstractos como los de la lógica matemática hasta los más concretos de la cultura circunstanciada, y que son los objetos impuestos por su historia a la filosofía —en tanto el genio no imponga a la filosofía objetos a redopelo de su historia. Los objetos actuales de la filosofía se ordenan en esferas de circunstancialidades concéntricas desde el centro que es cada sujeto hasta la circunstancia de éste más alejada de él, que es la de los objetos más abstractos y universales. Este orden quizá sirviera para planificar la colaboración de los muchos participantes hasta ahora con falta de orden y plan en los empeños de articulación de una filosofía de lo mexicano.

De esta falta de orden y plan forman parte, y fundamental, las deficiencias que me parecen perceptibles en el manejo de los métodos aplicados y atribuibles no sólo a una práctica aún corta, sino también a una reflexión insuficiente o nula sobre ellos. Pondré por ejemplo las condiciones mínimas requeridas por el método más actual, y, como consecuencia de lo insinuado acerca de la historia de los objetos de la filosofía y de las relaciones existentes entre objetos y métodos en general, más importante de los aplicables: un método que merezca llamarse propiamente "existencialista", a diferencia de todo método más propiamente "esencialista".

Una serie de proposiciones que prediquen sendas notas del sujeto "lo mexicano" o "el mexicano" concebido como una esencia fija que se trataría de definir por medio de esas notas, sería el resultado de la aplicación de un

método esencialista. Un método existencialista consistiría, por el contrario, en ir aduciendo una serie de fenómenos que irían constituyendo, integrando, *históricamente y con la aducción misma de ellos*, lo mexicano y al mexicano. Porque para la posición existencialista no se reduce todo a la inexistencia de teorías absolutas de esencias absolutas y a la existencia exclusiva de teorías *históricas y existenciales* de semejantes esencias, sino que lo radical es que no hay estas esencias, antes bien una *confección histórica y existencial de las esencias mismas*, por medios entre los cuales la teoría es uno, pero sólo uno.

**S**obre todo si se perfecciona la metodología de estos empeños por articular una filosofía de lo mexicano y del mexicano y si se planifica la colaboración de los participantes en ellos, parece bien fundada, pues, la idea de que ellos serían el proceder conducente con más seguridad a la filosofía mexicana de la que se experimenta el afán. Mas ¿y este afán? Es hora y el momento de venir a él.

Implica evidentemente una doble convicción: la de que una filosofía mexicana es posible y apetecible. Las anteriores consideraciones de esta conferencia acerca de la filosofía en general y de las relaciones entre la filosofía y México en particular, han versado precisamente sobre las condiciones de posibilidad y de apetecibilidad de una filosofía mexicana. Florecimiento de la cultura en general, cultivo de la ciencia en especial, voluntad de hegemonía política o por lo menos cultural, o una voluntad equivalente, si tal se diera, se presentaron como las condiciones de posibilidad de una filosofía en general; los objetos de la cultura circunstanciada y el método existencialista, como las condiciones de posibilidad, si no absolutamente forzosas al menos más favorables, de la filosofía en la actualidad. El carácter nacional de la filosofía sería obra espontánea, por decirlo así, de la personalidad étnica de sus autores, como su carácter personal lo sería de la personalidad individual de éstos. Y el apetecer una filosofía no podría deberse más que a la persistente creencia en el éxito de la aplicación de métodos científicos a objetos míticos o en que el resultado de la aplicación de métodos científicos a las cosas humanas no debe conceptuarse exclusivamente de ciencia, sino aún de filosofía. Todas estas condiciones se dan actualmente en México. De la apertencia de una filosofía mexicana no hay que dar aquí más pruebas. El progreso general del país es un acelerado espectáculo cotidiano para sus moradores. La vocación y aptitud del mexicano, como del hispanoamericano en general y del español, para el tratamiento no sólo literario y artístico, sino también científico, de las cosas humanas, es un hecho histórico como no lo es la aptitud, o por lo menos la vocación de los mismos para el tratamiento científico de las cosas naturales. Y del espíritu de espontaneidad, independencia y personalidad nacional y patriótica vivo y activo cuando menos desde el siglo XVIII, es retoño, en la Revolución del presente siglo, el nacionalismo y la voluntad de destacarse entre los pueblos como campeón de un orden mundial fundamental y esencialmente dirigido al robustecimiento mutuo de las personalidades colectivas e individuales

cuya plural diversidad es la riqueza misma de la Humanidad. Los problemas planteados por este orden mundial, que tanto afecta a México, no sólo como campeón de él, sino sobre todo como miembro de él, representan, entre las esferas de circunstancialidad en que se ordenan los temas actuales de la filosofía, la o las intermedias entre la de los objetos más abstractos y universales y la más concreta en torno suyo, para el filósofo mexicano.

Pero ni siquiera con lo que acabo de decir he dicho todo lo que acerca de las relaciones entre México y la filosofía en el pasado, el presente y el futuro me parece posible decir, porque aun no he dicho precisamente lo que me parece más radical de todo ello. Es lo siguiente.

La historia humana tiene una estructura dinámica muy notable. Es un presente peculiarmente renovado, y cada presente tiene su pasado y su futuro, esto es, un pasado que lo determina parcialmente a él, al presente, y un futuro determinado parcialmente por él, por el presente, pero que a una lo determina parcial y anticipativamente a él, al presente.

La determinación retroactiva de su pasado por cada presente permite indicar cómo puede venir por la vía de la evolución de la filosofía en México la reparación de la injusticia cometida por la Historia de la Filosofía con la filosofía mexicana, lo que al par servirá de ejemplo explicativo de semejante determinación, a primera vista imposible o por lo menos muy problemática. Imaginemos a estos jóvenes empeñados en articular una filosofía de lo mexicano y del mexicano que sea una filosofía mexicana, triunfantes ya en sus empeños, esto es, reconocidos universalmente como filósofos. ¿No obrará su triunfo retroactivamente sobre el pasado de la filosofía en México, haciendo reconocer universalmente en él filosofías no sólo antecedentes de la filosofía de los triunfantes, sino dotadas de valor propio?... Imaginemos a los mismos jóvenes fracasados, como niños prodigios que no cumplen lo que prometen. ¿No obraría su fracaso retroactivamente sobre el pasado de la filosofía en el país, consolidando la idea de no haber una filosofía mexicana en el sentido en que se experimenta el afán de que la haya?... Es que el pasado humano no está integrado exclusivamente de hechos materiales con elementos adicionados por el espíritu de cada presente.

Y la estructura toda de la historia permite hacer comprensiblemente las siguientes indicaciones finales.

No sería posible decir definitivamente qué sea lo mexicano, ni en filosofía ni en general. Y no sólo porque lo mexicano, en filosofía como en general, tenga un futuro impredecible, sino porque ni siquiera lo que haya sido lo mexicano en el pasado es definitivo...

Pero si lo que realmente se va haciendo es confeccionar lo mexicano y el mexicano, entre otros medios con la teoría, con la filosofía, no sólo resulta patente la responsabilidad histórica y nacional de estos jóvenes empeñados en articular una filosofía de lo mexicano y del mexicano, sino que me cabe poner punto final a la razón de ser de estos empeños, historicista, personalista y existencialista ella misma, que prometí desde el principio de esta conferencia y me atrevo a pensar que he dado en al-

guna medida, a lo largo de ella con la consideración siguiente.

Los profetas por excelencia son los del Antiguo Testamento. ¿En qué radica su profetismo? En ser profetas del Dios de Israel. El Dios de Israel es un Dios "de palabra", pero no en el sentido del *logos* griego, ni siquiera del *logos* helenizante del Cuarto Evangelio, sino en el sentido en que decimos en español castizo —quién sabe si judaico— que un hombre "tiene palabra", es "un hombre de palabra", es "de fiar". El Dios de Israel es un Dios que da, que empeña su palabra, y que la cumple, por que su palabra es, más que la expresión de su pensamiento o razón, sobre todo la expresión de su voluntad —como cuando la Virgen dice al Ángel del Señor: "hágase en mi según tu palabra", es decir, "cúmplase en mi tu voluntad" — y por que esta voluntad es todopoderosa. El profeta de este Dios es un verdadero "profeta", "predice" lo que se "cumple", porque no es más que el "portavoz" de la palabra empeñada por la divina voluntad todopoderosa. Pues bien, esta explicación del profetismo hebraico es aplicable a toda profecía, a toda predicción. *Las predicciones sobre las cosas humanas se cumplen en la medida en que las cosas sobre que versan dependen de una voluntad humana que las quiere.* En la voluntad de México está, pues, el que se cumpla la profecía acerca de su filosofía con que, simple portavoz, voy a poner fin a esta conferencia en unas palabras de Ortega y Gasset que me vienen a la memoria —sin duda no sin causa (un momento parejamente auroral de España, infortunadamente frustrado; ojalá no se frustre este de México):

"Hay en el aire fabulosa inminencia. Los minutos transcurren estremecidos..."

*Apriessa cantan los gallos e quieren crebar albores."*

Estas últimas palabras, de tan mexicana actualidad, son, empero, del viejo y castellano Cantar de Mio Cid.

José Gaos. "Lo mexicano en filosofía". *Filosofía y letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México* T. XX. Oct-Dic. No. 40. México, 1950. p. 219-241



## Homenaje a José Gaos (1899-1969)



**E**l 10 de junio del presente se cumplieron 10 años de la muerte de José Gaos. "Profesor de filosofía" —como él mismo gustaba calificarse—, filósofo original y profundo —menos no podemos calificarlo—, "trasterrado" a México por su fidelidad a la noble causa de la República española, Gaos vivió en su nueva patria los años más fecundos de su labor tenaz y constante desde la cátedra y el libro. Incorporado desde su llegada a México (1938) a la Universidad Nacional, en la Facultad de Filosofía y Letras centró su actividad docente en el empeño de dotar a varias generaciones de estudiantes mexicanos, de un instrumental riguroso y amplio, de carácter universal, que los capacitara para buscar rutas propias en el quehacer filosófico. Da testimonio de su éxito como maestro el hecho de que sus discípulos hayan seguido caminos tan variados y aun contradictorios.

La Universidad publicará próximamente sus obras completas. Su estatura como filósofo quedará así, en potencia, al alcance de quien quiera atreverse a medirla. En el homenaje que le rinde hoy la Facultad de Filosofía y Letras, amigos y discípulos hemos querido hacer hincapié, más que en su obra filosófica propiamente dicha, en algunos aspectos personales y poco conocidos de su labor, aunque en su caso el hombre, el maestro y el filósofo sean en rigor inseparables. Tenemos conciencia de estar colaborando, así, a rescatar del olvido hechos importantes para la historia de nuestra vida intelectual.

*José Antonio Matesanz*



---

---

## LEOPOLDO ZEA

---

---

### *José Gaos en el recuerdo*

**E**ra un 10 de junio de 1969. Por la mañana me encontraba trabajando en el cubículo que Silvio Zavala, años antes, me había proporcionado, como "hijo primogénito" de El Colegio de México, en su edificio, situado entonces en Guanajuato 122. Aquí podía trabajar unas horas sin las presiones, primero de la Dirección General de Relaciones Culturales, después de la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras. Me preparaba a salir para dirigirme a C.U. cuando intempestivamente se me presentó José Gaos. "Tengo que hablar con Ud., Zea", me dijo. Antes de entrar al cubículo había detenido al profesor Capello, que me esperaba para plantearme un asunto de filosofía, diciéndole, con la forma un tanto ruda en que a veces solía hablar: "Voy a entrar antes que Ud.; Ud. puede esperar, yo no puedo, tengo mucha prisa". Capello quedó consternado al enterarse esa misma tarde que el maestro Gaos había dejado de existir.

Esta última e inolvidable entrevista, que duró cerca de una hora, tuvo el mismo carácter amable y personal que, a lo largo de los años, había mantenido con el que fuera mi maestro. Empezó por explicarme algo que yo ya sabía: el por qué no había regresado a dar sus cursos a la Facultad de Filosofía y Letras, hecho que coincidió con mi llegada a la Dirección de la Facultad en 1966 y con la renuncia del Dr. Ignacio Chávez. "Hubiera querido regresar por Ud., seguir enseñando, pero no podía hacerlo después de la forma como trataron en la Universidad a ese gran Rector que fue Ignacio Chávez. Mi solidaridad con él entraba en conflicto con mi afecto hacia Ud., y la satisfacción que sentía de que hubiese llegado a ese puesto. Ahora ha pasado el tiempo y creo que no seré ya desleal al Dr. Chávez si vuelvo a la Facultad. De esto quiero hablarle". "Ud. puede volver cuando quiera —le dije—, es usted Maestro Emérito y es Ud. mismo el que libremente tiene que decidir sobre su colaboración con la Universidad. El ser Maestro Emérito —agregué—, es un honor que otorga la Universidad, y no es renunciable; por ello la Universidad no le aceptó nunca la renuncia. El Rector Javier Barros Sierra me pidió dijese a Ud. que sus sueldos estaban a su disposición cuando quisiera cobrarlos. Lo importante, sin embargo, es su decisión para regresar a la Universidad y reanudar sus necesarias enseñanzas".

A continuación me habló de su obra, de lo que había escrito, y me entregó un testamento manuscrito, sin certificación notarial, en el que me exponía sus deseos últimos. "Quiero que Ud. —dijo—, se encargue de que mi obra sea recopilada. Esta obra y los discípulos que uno puede formar son lo que un hombre como yo puede de-

jar a la posteridad. Pida a Vera Yamuni que organice mis manuscritos, todos mis inéditos, ella los conoce aún mejor que yo". La familia del maestro, poco después de su muerte, me hizo entrega de los manuscritos de clase que deposité en el Instituto de Investigaciones Filosóficas. Al cumplirse los diez años de su muerte la Universidad, bajo los auspicios de la Coordinación de Humanidades, dará satisfacción a su voluntad reeditando su obra ya publicada y editando lo que quede aún inédito.

"¿Dígame Zea —preguntó en otro momento— conoce usted España?". "No, —le contesté—. ¿Por qué?", preguntó. "Por Ud. —agregué— no podía entrar a la España que lo había transterrado". "¿Por mí?. Déjese de cosas. Yo no puedo volver ni volvería por razones obvias —agregó. Pero Ud. está obligado a hacerlo. España es parte central de la América a cuyo estudio se ha entregado con tanta pasión, por ello tiene que conocerla. Prométame que lo hará lo más pronto posible". Se lo prometí. En 1971 hice mi primera visita a la España de mi maestro; después he continuado visitándola, encontrando en ella lo que él ya me había augurado. Hablamos de otras muchas cosas: de la Universidad, de los presos políticos, de Eli de Gortari, cuyo hijo trabajaba bajo su dirección. "¿Qué puedo hacer por De Gortari, cuyo hijo veo a menudo lleno de congoja? ¿Hay algo que pueda hacer, ver al Presidente de la República, a quien sea?".

Por la tarde de ese mismo día José Gaos moría en El Colegio de México, presidiendo el examen de grado de otro más de sus innumerables discípulos. La noticia me llegó a la Dirección de la Facultad. El maestro Gaos, pese a su promesa, no volvería a llenar el vacío que había dejado en esta Facultad. Quedaba su obra, sus discípulos, lo aceptasen o no como maestro. El hombre que había llegado a México para poner sus tiendas y trabajar como lo había hecho en su patria, había ya cumplido con lo que consideraba su misión. En tierra mexicana, que veía como prolongación de su tierra española, había puesto sus semillas y éstas daban fruto, y no sólo en México sino a lo largo de toda América, nuestra América, sobre la que trabajó y enseñó a trabajar a quienes fuimos sus discípulos.

**M**uchas veces he vuelto mis recuerdos hacia atrás, hacia el pasado inmediato en que conocí a José Gaos, bajo cuya orientación me fui formando hasta el día en que, habiéndome doctorado, me prohibió asistir a cualquiera de sus clases. "Ya no tiene nada que aprender de mí, le toca a usted seguir solo y está ya bien preparado para hacerlo. Si pone el pie en alguno de mis cursos, con todo dolor tendré que correrlo delante de los demás alumnos". "¿Y a sus conferencias públicas?", —le

pregunté. "Eso es otra cosa, aunque no creo que aprenda ya mucho". De esta forma quedé impedido para asistir a sus cursos y seminarios sobre Hegel y Marx, lo cual he lamentado toda mi vida.

A Gaos lo conocí cuando inició en 1939 su curso sobre *Introducción a la Filosofía* en la Facultad de Filosofía y Letras, situada entonces en Mascarones. Un largo curso que duró varios años y que seguí sin perder ninguna clase. Empezó por los griegos. Explicaba todo con una agudeza y entonación que no puede ser recogida en las publicaciones. De este largo curso viene a ser un resumen su libro *Historia de nuestra Idea del Mundo*. A su curso asistían profesores universitarios como Justino Fernández, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo y otros muchos ya destacados en diversas disciplinas universitarias. Había pedido, al finalizar una de sus lecciones, un trabajo sobre Heráclito. Le entregué el mío con los del resto de los asistentes. Una semana después comentó los trabajos de Justino Fernández, O'Gorman y Gómez Robledo, a quienes él ya conocía, pero pidió que se identificase quien firmaba como Leopoldo Zea. Me identifiqué y me preguntó: "¿Ha estado usted en España?", "Nunca", -le contesté. "¿Qué extraño! -repu-so-, porque su interpretación, que es original, concuerda con la expuesta por Xavier Zubiri en Madrid, interpretación que nadie conoce fuera de su cátedra porque no la ha publicado. En su trabajo, Zea, no sólo realiza Ud. esta interpretación, sino además hace gala de un amplio conocimiento de la Escuela de Madrid, que aparece bien asimilada. ¿Cómo puede ser esto posible, si no ha estudiado en Madrid con ninguno de nosotros?" "Será -contesté-, porque he leído mucho a Ortega". "Quizá, pero aquí encuentro algo más que la sola lectura de Ortega". Poco después pidió un trabajo sobre Aristóteles.

Algún tiempo después, al terminar una de sus clases, me abordó y me preguntó, "¿Zea, qué hace usted, a qué se dedica?". Le expliqué. "Estudio en la Facultad de Derecho por las mañanas, en la tarde asisto a la de Filosofía porque es algo que me interesa especialmente. Por la noche trabajo en la Oficina de Telégrafos como mensajero". "¿Pero a qué hora duerme entonces?", -preguntó sorprendido. "Un día -contesté- me toca guardia hasta las doce de la noche y me voy rápidamente a dormir; otro hasta que amanece, y de allí salgo para la primera clase a las siete de la mañana en Derecho; y otro descanso, que es cuando repongo el sueño acumulado". "Pero se va a morir, hijo, esto no puede seguir así". Algunas semanas después recibía un mensaje, citándome, de don Daniel Cosío Villegas, Secretario General de La Casa de España en México, después transformado en El Colegio de México y de la cual era presidente Alfonso Reyes. Asistí a la cita con Cosío Villegas, quien me dijo: "Tenemos entusiastas referencias respecto a Ud. de parte del Dr. José Gaos, el cual nos ha pedido le demos una beca para que se dedique estrictamente a la filosofía. ¿Cuánto gana en Telégrafos?" "Ciento cuarenta pesos". "Le vamos a dar ciento cincuenta. Pero, -agregó- no sólo tendrá que dejar Telégrafos, sino los estudios de Derecho para dedicarse exclusivamente a la filosofía bajo la dirección del Dr. Gaos. Antes de contestar tómese unos días y

piénselo bien. No olvide que si resulta un mediocre en la filosofía habrá hecho una mala elección y habrá perdido su tiempo". "No tengo que pensarlo, -le contesté- acepto el ofrecimiento y las condiciones desde ahora". "Bien, es su propio porvenir el que se juega; queda Ud. ya incorporado a esta institución".

**Y**a bajo la dirección de Gaos, además de seguir sus cursos, se planteó la inmediata necesidad, una vez terminados los estudios que se exigían para obtener el grado de maestro, de elegir el tema de la tesis. "¿Sobre qué piensa hacer su tesis?" -preguntó Gaos. "Me interesaría mucho, -le dije-, hacerla sobre los sofistas griegos". "Querido Zea, estoy seguro que haría un buen trabajo, pero no aportaría mucho en ese campo. Le falta el conocimiento del griego además del instrumental y los elementos con los cuales cuentan los estudiosos europeos. Se trata de hacer una tesis, y una tesis implica un aporte al tema tratado. ¿Por qué no toma un tema mexicano, alguna corriente filosófica y su influencia, por ejemplo, el liberalismo o el positivismo?."

*Querido Zea, le recibí su nueva  
autobiografía. Estas autobiografías tendi-  
ticas son particularmente instruc-  
tivas y a esto me lo parece mucho.  
Dada nuestra a algunos jóvenes  
el valor a interesarse por la filo-  
sofía concreta de la cultura, su  
uso de este libro me parece  
un ferocismo filosófico  
ya bizantinizado, declinante.  
Muchas gracias y un abrazo de  
tu*

*Zea*

En este campo, por poco que aporte, siempre será un aporte porque hay poco, o nada, sobre estos temas. Además, si sale un buen trabajo, como estoy seguro que saldrá, su carrera en el campo filosófico estará asegurada". Acepté la sugestión del maestro y me dediqué a trabajar sobre *El Positivismo en México*. Con el primer tomo alcancé la maestría, con el segundo el doctorado. La realización de estos trabajos me puso en una relación más estrecha con el maestro Gaos. Cada sábado, a las cinco de la tarde, debía llevarle una parte de la tesis, que discutía conmigo hasta las seis en que llegaban Justino Fernández, Edmundo O'Gorman, los arquitectos de la Mora y del Moral y otros más para saborear un sabroso té con exquisitas golosinas que preparaba Angela, la esposa del maestro. Yo participaba de este festejo semanal después de pasar la prueba particular del análisis que hacía el maestro de las partes de la tesis. Nunca me dijo que alguna parte de la misma fuera mala o estaba de más. Cuando no le satisfacía algo plenamente me decía: "Su trabajo, como siempre, está bien analizado o interpretado, pero podría aun mejorarlo si analiza o aclara mejor esto o lo otro". Así, a lo largo de dos años fueron surgiendo mis dos primeros libros sobre el positivismo en México.

Con Gaos aprendí dos cosas: que el maestro, cuando lo es auténticamente, ha de saber estimular al discípulo, ha de ayudarlo sin sentir celo alguno por el progreso que alcance. Este progreso es, precisamente, expresión del éxito del maestro. Y también aprendí que el discípulo no tiene por qué negar al maestro para ser original. Ni al maestro estorba el discípulo ni al discípulo el maestro. He tenido, también, la experiencia de destacados maestros que terminaban bruscamente su ayuda al discípulo e inclusive su relación, si éste mostraba indicios de personalidad e independencia. Surgían los celos abiertos, sin ocultamientos, pensando que, acaso, podían ser desplazados por quienes ellos mismos habían ayudado a formar. De igual forma he conocido discípulos que, al crecer, nada querían saber del maestro que había ayudado a su crecimiento quizá porque temían se hiciese patente lo que le debían y por ello se anulase su originalidad. Gaos me decía: "Yo fui formado por Ortega y por Morente; no sé cuánto debo a cada uno de ellos; no sé lo que es de cada cual y lo que es aportación mía en mi obra. Lo importante es que soy, y que en mí están ellos; pero lo están en la forma en que han sido asimilados y que es a través de esta asimilación que puedo expresarme a mí mismo". Gaos se sentía a su vez, prolongado y justificado en sus discípulos, no por lo que repitiesen de él, sino por lo que pudieran haber hecho con lo que él les había entregado. Se sentía justificado en la medida en que su magisterio ayudaba a crear algo nuevo, algo que sólo sus discípulos podían hacer posible a partir de lo que él les había entregado.

**P**or mi parte he tratado siempre de reconocer lo mucho que debo a sus enseñanzas, como lo que debo también a Caso, Ramos, Vasconcelos y otros, sin sentir que esta deuda implique disminución de lo que, en alguna forma, considero es mi propia aportación. No tengo por qué negar a mis maestros, porque al negarlos me negaría a mí mismo. Y lo que se dice de un

maestro se puede, también, decir de la propia experiencia biográfica e histórica. Es necesario asumir la propia historia para crear, a partir de ella, y sobre ella, el futuro de esa misma historia. Así me enseñó Gaos a ver mi historia, la de México y la de la América Latina como punto de partida de una historia universal que también es mía. Así aprendí a buscar en las expresiones concretas de nuestra historia los elementos para hacer la historia de las ideas de ésta nuestra América: el propio Gaos dedujo de estos mis trabajos, una filosofía de la historia americana que me conminó a desarrollar. Desarrollo que intenté, en homenaje suyo, en el libro que lleva ese nombre: *Filosofía de la Historia Americana*. Tampoco me han estorbado mis alumnos o discípulos; no me he sentido disminuido cuando ellos se han transformado en maestros. No he sentido celos frente a los maestros a quienes debo algo, ni frente a los discípulos que pueden acrecentar lo mucho, o poco, que pude haberles entregado.

De sus maestros y discípulos ha hablado Gaos en sus *Confesiones Profesionales*, un importante libro en que expone sus satisfacciones y sus decepciones, aunque más de las primeras. Su gran magisterio lo realizó en México. En México fue formando grupos de discípulos alentándolos a tomar los caminos que considerasen más justos y adecuados a su modo de ser, a su personalidad. Y así como se preocupó por mí, para que obtuviese los medios que estimulaban mi inclinación hacia la historia de las ideas en América y la búsqueda del sentido de esa historia, igualmente se preocupó porque sus diversos discípulos obtuviesen los medios para encontrar y realizar sus



vocaciones. En sus *Confesiones* habla de parte de ellos, a los que habría que agregar otros muchos. Entre estos últimos los jóvenes que formó en el campo de la historia en El Colegio de México, en donde continuó su magisterio al retirarse, como protesta, de la Universidad. Varias veces Gaos solicitó mi ayuda, tanto en mi puesto en Cooperación Intelectual de la Secretaría de Educación Pública, como en el de Relaciones Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para que éste o aquel discípulo suyo pudiese estudiar en algunas de las más destacadas instituciones universitarias europeas, tanto en Francia, como en Inglaterra o Alemania. Pero fuerte decepción sintió cuando algunos de éstos, sus más inteligentes discípulos, o alumnos, hicieron del instrumento filosófico que habían recibido en esos lugares la meta última de sus afanes. Lo que debería ser un instrumento para una mejor reflexión que, como toda filosofía, realiza sobre su realidad, se transformó en la filosofía misma, en la filosofía por excelencia, en un dogma frente al cual esa realidad carecía de importancia. También alcanzó satisfacciones al ver cómo esas mismas filosofías podían estar puestas al servicio de un más amplio y seguro conocimiento de la propia realidad. Admiraba a quienes no juraban por maestro alguno, ni se preocupaban porque su filosofar llenase o no determinados requisitos. El mayor de los requisitos, —lo mostraba la historia de la filosofía—, era la autenticidad en la reflexión, no el preocuparse de si se estaba, o no, de acuerdo con esta o aquella filosofía, la cual había surgido, precisamente, de un acto de reflexión auténtica sobre una determinada realidad abstracta o concreta.

Gaos me enseñó, igualmente, a distinguir al profesor de filosofía, al profesional de la misma, del filósofo. Al comentar un ensayo mío, *La filosofía como compromiso*, escribía, "Esta filosofía de la historia de Occidente en general y de la historia de la filosofía occidental en especial, porque no se trata de nada menos, resulta, por obra de la novedad y profundidad del punto de vista desde el cual se contempla la historia, ella misma nueva y profunda —cualquiera que sea la problemática de las tesis que la intentan—, como quizá ponen de manifiesto mejor que nada el nuevo Sócrates y el nuevo Descartes de Zea, innegablemente certeros en importantes detalles e irresistiblemente sugestivos en otros detalles y en el conjunto". De palabra me había dicho: "Me gusta mucho su interpretación de esas figuras centrales de la filosofía occidental, nada ortodoxas por lo que se refiere a la interpretación escolar. En este sentido son muy discutibles. Pero ello me indica que está usted actuando como filósofo, cuando hace de la filosofía instrumento de su propio reflexionar sin importarle que coincida o no con el punto de vista de los profesionales de esta filosofía. Esto hizo Nietzsche con la filosofía griega; esto ha hecho Heidegger con el pasado filosófico. Retuercen la filosofía, poniéndola al servicio de su propio y original reflexionar. Querido Zea, con estos anticipos está usted condenado a ser un filósofo; pero también, como tal, a ser negado por quienes escriben la historia de la filosofía, por sus profesionistas que pretenden decidir sobre quién hace o quién no hace filosofía, de acuerdo

con ésta o aquella pauta, tomada de la misma historia de la filosofía y negando, con ello, esa misma historia".

A esa condena, a la que me ví sometido desde el día en que Gaos me "descubriera" en una de sus clases, la condena aceptada, cualquiera que fuera el resultado de la misma, ante Daniel Cosío Villegas, se sumaron las demandas que me fueran también hechas por mi maestro para que continuase la línea que ya me había marcado al escribir mis trabajos sobre *El positivismo en México*, y en los cuales se hacía ya expresa una interpretación de la historia de esta nuestra América. Gaos había insistido ante El Colegio de México para que me pusiese a hacer una historia de las ideas en América Latina como la que había hecho en México. Debía empezar por la historia del Romanticismo y el Positivismo en Latinoamérica. Alfonso Reyes me propuso así a la Fundación Rockefeller como candidato para hacer una historia de nuestras ideas que ya, un tanto superficialmente, habían realizado algunos estadounidenses. Surgió así el trabajo titulado *Dos Etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, después notablemente ampliado y publicado con el título de *El pensamiento Latinoamericano*. De este trabajo dedujo Gaos una filosofía de la historia de esta nuestra América, la cual consideró yo estaba, igualmente, condenado a escribir. Esta ha sido mi última y más reciente publicación. He aceptado la condena; la condena que implica, por supuesto, la duda sobre si lo que hago es o no es auténtica filosofía, de si cumplo o no con las normas del buen reflexionar del profesionalismo filosófico. Un crítico estadounidense escribía, al hablar de esa filosofía de la historia que apuntaba ya en algunos de mis libros: "Se ha dicho que la filosofía de la historia es filosofía pobre y mala historia". Confieso que no me ha preocupado mucho el que se me califique, o no, como filósofo. Pienso que otros, mayores de lo que yo pretendo ser, tampoco se preocuparon por saber si eran o no filósofos de acuerdo con las normas de su época, y que simplemente reflexionaron sobre su realidad, dando a la filosofía su más original expresión, esto es, el de afán de saber. Todo ello lo aprendí al lado del maestro José Gaos, por el que no juro, pero al que tampoco niego. Sé, por sus propias palabras, que estoy condenado a realizarlo a él realizándome a mí mismo. Condena que es para mí un gran compromiso que quisiera aún cumplir en su mayor plenitud.



---

---

## FRANCISCO MIRO QUESADA

---

---

### *La filosofía como aventura personal*

#### Una conversación inolvidable

“**L**a filosofía es una aventura personal, cada filósofo no hace sino confesar sus experiencias más íntimas, sus emociones más profundas...”. Quien así hablaba era, en esos momentos, la figura más sobresaliente de la filosofía en México, el maestro más famoso, el renovador del horizonte filosófico en el país: José Gaos.

Quedamos apabullados...

Corría el año de 1950 y se realizaba en México un importante congreso interamericano de filosofía. La delegación peruana había llegado plena de entusiasmo y expectativa. Viajamos desde Lima, Luis Felipe Alarco y yo. En México estaba Augusto Salazar Bondy que estudiaba, en ese entonces, en el Colegio de México, bajo la dirección de Gaos, precisamente. Era una época extraordinaria en la filosofía mexicana. Las enseñanzas de Gaos comenzaban a dar sus frutos. Leopoldo Zea había ya publicado los primeros dos libros de su famosa trilogía sobre el positivismo en México. Había formado el impresionante grupo *Hyperión*. Comenzaba a hablarse con un énfasis y una agresividad que nos desconcertaban, sobre filosofía de lo mexicano, la mexicanidad del mexicano, la necesidad de hacer una filosofía propiamente nuestra. Hombres como Uranga y Portilla rompían lanzas contra la “filosofía de invernadero” que imperaba en América Latina y nos hablaban de los “pelados y decentes”, del ser del mexicano como des-ser, de la zozobra y la condición quebradiza. Era la época en que Luis Villoro, joven imberbe aún, escribía sobre los indios y el padre Sahagún. Sobre todos ellos planeaba, majestuosa, la figura de Gaos.

Naturalmente, Alarco y yo queríamos conocer a Gaos. En aquella época era en realidad muy famoso y no sólo en México. En España y en los demás países de América Latina se le consideraba uno de los discípulos de Ortega y Gasset que había sido capaz de llegar, siguiendo la vía del maestro, a una posición personal. Era para nosotros, además, el maestro europeo, el hombre poseedor de una formación teórica prodigiosa, era el paradigma del filósofo de vocación y profesión.

Lo primero que hicimos fue hablar con Zea para que nos llevara a una de sus clases. Cuando entramos al aula fue como si entráramos a un templo. Allí estaba el maestro, que profería ya sus primeras palabras. Su figura era inolvidable. De estatura mediana, con esa calvicie española tan dolicocefala, réplica de la calvicie orteguiana, de mirada aguda y reposada, ademanes equilibrados. Daba la impresión de tener una hosca seguridad en sí

mismo, pero era, sin embargo, definitivamente ajeno a la pedantería.

La clase fue sobre Hegel. Gaos estaba dando un curso sobre la *Fenomenología del Espíritu*. Habló sobre la relación entre el amo y el esclavo. Palabras pausadas, lenguaje claro, pero sin concesiones. Un gran maestro. Al final de la clase sabía mucho más sobre Hegel que cuando había entrado.

A la salida, Leopoldo Zea nos presentó. Gaos fue, como lo era siempre con las personas que se interesaban seriamente por la filosofía, afable y acogedor. Nos invitó a tomar un café a un pequeño restaurant que quedaba en las cercanías de la vieja Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Augusto Salazar Bondy que también había asistido a la clase, Luis Felipe Alarco, Leopoldo Zea y yo, rodeamos a Gaos con la expectativa imaginable en esas circunstancias. Esperábamos que Gaos hablara, que nos revelara cosas vertebrales sobre la filosofía. Pero el maestro no hablaba. No era de los que pontificaban. Quería, más bien, que habláramos nosotros, y naturalmente, hablamos. Sobre todo yo que siempre he sido insostenible cuando estoy con algún pensador que admiro. Necesito hacerle hablar, siento el deseo imperioso de que exponga sus principales ideas, de discutir las con él. Nada de actitudes agresivas, simplemente pienso que, si es un pensador de vuelo y su pensamiento me interesa tengo que aprender de él. Desde luego, si encuentro opiniones que no me convencen, lo punzo. No para mortificarlo. Ni siquiera objeto, simplemente le hago preguntas para que aclare su pensamiento. Pero si sus respuestas no me convencen, pues, insisto. Y así me puedo estar interminables horas. Insostenible.

Gaos era una maravilla. Respondía a todas las preguntas. Y aunque se daba cuenta de mis intenciones (creo que eran, además, las mismas de mis acompañantes, incluso Salazar y hasta Zea que era, en aquella época, sumamente lacónico), respondía sin alterarse. Siempre he sido racionalista pues he considerado y sigo considerando que la filosofía es una actividad racional, y que la razón es lo único que tiene el ser humano que le permite entenderse con los demás, (en caso de que pueda entenderse pues a veces es imposible hacerlo ni aunque se utilice la razón. La diferencia es que, cuando se deja la razón de lado, las dificultades para entenderse son infinitamente más grandes). Ahora comprendo que puede concebirse a la razón humana como una entidad histórica cuya evolución va conduciendo progresivamente a una mayor amplitud de contenido y a una mayor eficacia de fundamentación, y que sin embargo se puede seguir siendo racionalista. Pero en aquella época no lo com-

prendía. No había aun recorrido el campo lógico y filosófico-matemático que hay que recorrer para comprender esta fundamental posibilidad. Por eso detestaba el historicismo y tuve que atacarlo. Con respeto desde luego, pero rompiendo lanzas.

La discusión se fue prolongando y se fue haciendo cada vez más radical. Hasta que Gaos lanzó su sobrecohedora frase: "La filosofía es una aventura personal". Al principio todos quedamos como si nos hubieran dado una mazada en la cabeza. Luego comenzamos a hablar todos a la vez. Que hay verdades que nos vienen desde Grecia, que Kant hizo aportes definitivos, que la fenomenología revela las esencias, etc, etc. Pero Gaos se mantenía impasible, olímpicamente seguro de su posición. Mientras tanto, para mis adentros, me hacía una pregunta angustiada: ¿la largo o no la largo, la largo o no la largo? Hasta que, por fin, no pude más y la largué. Con voz insegura y tartamudeante, aterrado de que el maestro pensara mal de mí, hice lo que no quería hacer. Pero la dinámica de las situaciones existenciales escapa, a veces inexorablemente a nuestro control:

—Bueno Maestro, pero, si las cosas son como Ud. dice, la filosofía no sirve para nada.

—De manera general estaría de acuerdo con Ud. —contestó Gaos sin la menor inmutación. Pero creo que es útil al filósofo que se confiesa; la filosofía le produce el alivio que produce toda confesión.

—Pero, entonces ¿por qué se ha dedicado Ud. a la filosofía? ¿nada más que para confesarse? Mejor habría sido que acudiera a un cura.

—Bueno, —replicó sonriendo Gaos—, lo que sucede es que hay lo que se llama *vocación filosófica* y yo la tengo,

como la tienen, también, ustedes. Y esa vocación no se puede resistir. No es vocación de confesión, es más bien vocación de aventura, solitaria, aislada de todas las demás aventuras, que lleva inevitablemente a su confesión, que, en último término es lo mismo que ella. Pero que es un impulso irresistible.

—Perdone maestro,— dije, ya con mayor seguridad, pues su posición me parecía tan absurda que no podía aceptarla ni aunque fuera el Papa—, pero si creyera eso de la filosofía, jamás me habría dedicado a ella.

Gaos calló unos instantes y luego con la misma cordialidad con que me había saludado en la presentación replicó:

—Eso es cuestión de gusto. Pero tengo la impresión de que Ud. es uno de esos demonios condenados por Dios a dedicarse a la filosofía. Creo que la habría elegido de todas maneras aunque pensara como yo.

—Sí, pero es que yo no puedo concebir que el filósofo no llegue a ninguna parte, que sólo pueda esperar describir su aventura, relatarla. Si nadie puede repetirla ¿para qué relatarla?

—Me parece, me parece,— dijo Gaos con los ojos llenos de humor—, que Ud. tiende a confundir un poco la ciencia con la filosofía. No, no se asuste. Eso no es malo. Esa actitud corresponde a determinado temperamento, a ciertas emociones constitutivas, y es muy útil para el filósofo. A los filósofos de mentalidad científica les gusta rematar lo que hacen, les apasiona culminar trayectorias... Sólo que a veces hacen ciencia sin saberlo...

Quedé nuevamente asombrado de la serenidad de Gaos, de su capacidad de soportar observaciones de aprendices, de su respeto por todo lo que fuera opinión



humana. Tal vez este respeto se derivaba de su posición filosófica, o simplemente de su sentimiento generoso. Probablemente de ambos...

### Los reencuentros

**P**asaron los años. Mientras vivió no nos encontramos muchas veces. Pero nos encontramos y cada encuentro fue de cordialidad y simpatía crecientes. El primer reencuentro fue en 1958. Fue en la calle, increíble, cerca de Sanborn's. El mismo me dio la voz.

—¡Miró Quesada, qué hace en México!

—He venido, maestro, —(nunca dejé de llamarlo así, y mientras vivió todos lo llamaron siempre así, porque en realidad era imposible no hacerlo)—, a ver a los amigos. Estuve en Estados Unidos. México quedaba cerca... Además, quiero comprar algunos libros que no se encuentran en Lima, por ejemplo el de Meinecke.

—Ah ¡qué bien! de manera que ahora se interesa Ud. más por cuestiones históricas.

Y luego, con simpática malicia:

—No me dirá que se ha vuelto Ud. historicista.

—No maestro, nada de eso. Lo que sucede es que ha habido una mayor comprensión entre Zea y yo. Ahora él acepta que la filosofía científica, que la lógica, la epistemología, también son importantes. Y yo me doy cuenta que la filosofía no puede comprenderse sin su historia. Me doy cuenta, además, que es deber ineludible del filósofo latinoamericano meditar sobre su propia realidad, lograr a fondo su autognosis, como diría Ud. Porque es la única manera como podemos afirmarnos, liberarnos, hacer que nuestra filosofía responda a exigencias reales...

—Esas son cosas de Zea, —replicó riendo—. Pero a propósito de lógica, mire Ud. lo que llevo en la mano. Casi me caigo de espaldas al ver que tenía mi libro de lógica, que había publicado poco antes de mi primera visita a México, cuando lo conocí. Creo que rara vez me he sentido más halagado.

—¿Qué hace Ud., maestro, con ese libro?, es demasiado elemental...

—Pues, verá Ud. Yo soy profesor en una institución de cultura superior, algo así como un "finish school" de calidad, donde vienen a estudiar muchas señoritas. Es muy agradable enseñar allí. Y estoy dictando un curso de lógica. Su libro es muy pedagógico, me sirve muy bien de libro de texto.<sup>1</sup>

—Pero yo creía, maestro, que a Ud. la lógica no le interesaba.

—Pues se equivocaba. La lógica siempre me ha interesado y he hecho mis pininos en lógica matemática. Por eso he leído su libro y lo estoy utilizando.

—Como Ud. es historicista creí que esas cosas que pretenden alcanzar conocimientos universales y necesarios le parecerían superfluas.

—Qué mal concepto tiene Ud. de mí. Por Dios, hijo, ni siquiera debe llamarme historicista. Después de todo el historicismo es, como cualquier otra posición filosófica, una posición personal. Pero la ciencia, la matemática, la lógica me interesan, porque, precisamente, mediante

ellas se puede lograr lo que no se puede lograr mediante la filosofía: conocimientos trasmisibles, con valor universal y necesario.

Esta respuesta me iluminó sobre un aspecto importante del pensamiento de Gaos. Para Gaos, filosofía y ciencia son de índole completamente distinta. Desde luego, el maestro entendía por ciencia, la matemática, la lógica y las ciencias naturales. Las ciencias sociales no podían pretender alcanzar ni la trasmisibilidad cognoscitiva ni la eficacia práctica de las primeras.<sup>2</sup>

Quedamos en vernos, pero no lo volví a encontrar. Sin embargo al poco tiempo recibí sus *Confesiones Profesionales*, en el que desarrolla a fondo las tesis del subjetivismo y de la calidad confesional de la filosofía. La dedicatoria que contenía es otro de los grandes halagos que recuerdo en mi carrera intelectual.

Volvieron a pasar los años. Como he tenido la suerte de venir muchas veces a México, país por el que siento un profundo afecto y en donde tengo amigos entrañables, lo pude ver, siempre como de casualidad, dos o tres veces más. Pero sólo tuvimos ocasión de conversar algo la última vez, poco antes de su muerte.

Fue en el Colegio de México donde había ido a buscar unos datos bibliográficos. Recuerdo que estaba en una de las mesas de lectura sacando extractos de un libro muy poco conocido pero que considero fundamental en la historia del pensamiento revolucionario de Occidente: *The law of freedom* de Gerhard Winstanley, el ideólogo de los famosos "diggers" que tuvieron participación tan importante en la revolución de Cromwell. Tenía la hipótesis de trabajo de que en los planteamientos de Winstanley debía haber algún tipo de fundamentación racionalista de las tesis sostenidas. Y con júbilo acababa de encontrar un pasaje que verificaba ampliamente la hipótesis. Siempre he creído que el racionalismo y la revolución política están, en Occidente, estrechamente unidos.

Después de hacer los apuntes necesarios, me dispuse a salir. Y cuando estaba cruzando la puerta de la biblioteca me di de narices con Gaos. Allí, parados bajo el umbral, platicamos unos minutos. No mucho tiempo, pero sí mucha sustancia. Después de estrecharnos las manos con verdadera efusión, la conversación recayó sobre lo inevitable: la filosofía.

—¿Qué estaba haciendo en la biblioteca, Miró Quesada?

—Pues, estaba buscando un dato sobre Winstanley, un autor poco conocido que presenta un gran interés en la historia de la filosofía política.

—¡Ah, que bien! Y ¿qué dice la filosofía científica, cómo va la lógica?

Los reencuentros anteriores, salvo el primero, habían sido fugaces, casi protocolares. Pero siempre habían tenido las mismas características: me había preguntado por mis trabajos de lógica. Desde nuestro primer encuentro en las calles de México, tuve la impresión de que Gaos tenía mucho interés en el desarrollo de la lógica en América Latina. Más aún, cuando hablaba de estos temas expresaba una especie de admiración reverencial por las ciencias exactas. Tal vez por un proceso de compensación. Por lo mismo que no creía en la filosofía, que

era lo suyo, creía en lo que no era suyo; creía en la ciencia porque veía en ella, debido a su comunicabilidad y a su validez universal, algo de lo que hubiera añorado, en el fondo de su corazón, para la filosofía. Creo, además, que fuera de la simpatía personal que se establece entre dos personas de manera espontánea y, a veces, misteriosa, el aprecio que me tenía Gaos se debía principalmente a que dedicaba una buena parte de mis esfuerzos filosóficos al cultivo de la lógica y de la filosofía matemática. A pesar de que sabía que uno de mis intereses era la historia de las ideas y la filosofía de lo americano, y alguna vez le envié algunas separatas de artículos sobre estos temas, nunca me preguntó por mis trabajos histórico-filosóficos.

Respondiendo a su pregunta, contesté:

—Viento en popa, estoy trabajando en firme.

—¿Qué está Ud. haciendo?

—Acabo de terminar un libro sobre teoría de la razón.

—¡Caramba, qué temazo! Espero que no regrese Ud. a las ingenuidades del racionalismo clásico.

—No, por cierto. Ud. sabe que no será así. Lo que quiero es encontrar algunas constantes racionales en este caos tremendo que se ha formado con la proliferación de las nuevas lógicas.

Sonrió con satisfacción y exclamó:

—Ya ve Ud. Hasta la lógica parece ser una aventura personal.

—Sí, claro que sí, pero una aventura que, a pesar de todo, no es tan subjetiva como parece. Esto es, precisamente, lo que estoy tratando de hacer. Estoy tratando de encontrar ciertas invariantes, ciertos principios universales en los diversos sistemas de lógica. Apenas he co-

menzado a desbrozar el camino, pero creo que ya estoy encontrando algunas cosas.

—Eso es apasionante, —replicó Gaos. No dudo que Ud. encontrará alguna cosa. Pero no olvide que la lógica no es filosofía sino ciencia. Por otra parte, yo nunca he negado que no puedan encontrarse cosas comunes entre los filósofos. Justamente ése es el problema: explicar cómo, a pesar de la comunidad de temas e ideas, las diferentes filosofías se reducen a relatar experiencias personales.

—Me parece, maestro, que Ud. y yo estamos siguiendo direcciones exactamente contrarias. Ud. parte de las invariaciones y quiere demostrar que son aparentes, que en el fondo, todo es variación. Yo parto de la variación y quiero demostrar que, en el fondo, todo es invariación.

Rió de buena gana y me dijo:

—*Cum grano salis* podría aceptar su juego de palabras. Pero con dos condiciones. Primero, no olvidar que la lógica es ciencia y no filosofía, y segundo, que no me calunnie acusándome de querer demostrar algo.

Un apretón de manos, un abrazo cordial y no nos volvimos a ver. Pero tuvimos noticias. El me envió su libro principal *De la filosofía* y yo le envié, con timidez, debido a la poca maduración de las tesis que contenía, *Apuntes para una teoría de la razón*. Se lo envié porque, a pesar de sus numerosas lagunas y un par de errores técnicos que hasta ahora me avergüenzan, daba en él los primeros pasos de mi aventura filosófica. Sabía que Gaos me perdonaría las fallas y que trataría de ver lo que realmente estaba haciendo. Para mí era el comienzo de una trayectoria apasionante, de un camino que no podía prever hasta donde me conduciría; para él, el comienzo de una confesión personal.





¿Qué podría decirse hoy, a los diez años de su muerte, sobre el concepto que tuvo Gaos de la filosofía?

Lo primero que se puede decir es que debe tomarse muy en serio, se acepte o no se acepte su tesis. Porque la posición de Gaos es una posición límite y, como tal, paradigmática. Gaos llega a las raíces, a las últimas consecuencias, como diría Steinbeck a *the end of the search*. Y las posiciones verdaderamente radicales, tienen una ventaja: al exacerbar ciertos rasgos, ciertas características del conjunto, permiten comprender mejor el mismo conjunto del cual se diferencian. Todo radicalismo es una exageración. Pero toda exageración permite ver con claridad la relación entre lo exagerado y la totalidad de trasfondo. En la antigüedad existieron muchas posiciones parecidas a la de Gaos. Protágoras, en su famosa frase: "el hombre es medida de todas las cosas", inicia una tendencia que se ha perpetuado a través de los siglos y que no morirá nunca. Porque el escepticismo es elemento constitutivo del alma humana y como tal, mientras haya hombres, habrá escépticos.

Pero lo interesante de Gaos no es su escepticismo, sino la manera como él lo expresa. Porque el escéptico clásico reduce la filosofía a demostrar que ella es imposible. En cambio Gaos, a pesar de su escepticismo, hace filosofía, estructura todo un sistema.

Al final de su vida, publicó su gran libro *De la filosofía*, en el cual, aunque termina sosteniendo la misma tesis que expresa en sus *Confesiones* y que afirma desde muy joven, desarrolla una serie de tesis filosóficas del mayor interés, efectúa análisis teóricos profundos y originales, en algunos aspectos, de notable rigor semántico. Gaos, tal vez no con su palabra, pero sí con su vida sostiene que la filosofía se reduce a la experiencia personal, pero que sin embargo vale la pena tener esta experiencia. Vale la pena porque a pesar de su imposibilidad, la filosofía es un esfuerzo denodado por romper la soledad. No se consigue esta salida, en último término la soledad no se rompe, pero el haberlo intentado tal vez produzca una especie de catarsis. Hay, por eso, una enorme diferencia entre el escepticismo griego y el escepticismo de Gaos. El primero es frío, puramente conceptual, siente satisfacción consigo mismo. El segundo es humano, emotivo, dramático, nostálgico, es un escepticismo a pesar de sí mismo. Y es tal vez por esta razón, el escepticismo más radical a que haya sido capaz de llegar un ser humano. Porque el escepticismo clásico es un sistema filosófico. Rechaza la posibilidad del conocimiento necesario y universal, pero lo hace con argumentaciones filosóficas, desplegando, orgulloso, argumentos y contra argumentos. Nada de eso encontramos en Gaos. Vive tan intensamente su escepticismo, está tan convencido de la imposibilidad que tiene el filósofo de salir de su subjetividad que ni siquiera se da el trabajo de dar argumentos. Con una sencillez impresionante da todo por sentado. A veces uno piensa en lo trágica que debió haber sido la vida intelectual de Gaos, en las profundidades insondables de soledad, de abandono, de visiones de la nada en

que, algunas veces, hubo de transcurrir su existencia. Sólo hay un pensador en los tiempos modernos que debió de haber tenido experiencias parecidas y que llegó a un escepticismo tan radical como él: ¡Wittgenstein!. Wittgenstein viene de la lógica y de la matemática y desemboca en el escepticismo total. Gaos viene del historicismo, de la filosofía humanista y desemboca en el mismo río. Para Wittgenstein el filósofo debe ser un terapeuta, debe ser el médico que abra la tapa de la botella para que se escape la mosca que está adentro. Para Gaos la filosofía es una confesión personal. Al confesarse, el filósofo tal vez cure. Impresionante paralelismo...

¿Cuál es el origen de este escepticismo, cómo llega Gaos a los abismos en que vive filosóficamente? Desde luego, Ortega tiene que ver en el asunto. Pero si hubiera permanecido fiel a las enseñanzas del maestro podría haberse mantenido en la fe filosófica. Ortega, en efecto, fue un relativista, pero un relativista relativo. A su manera creyó en el conocimiento absoluto. Y durante toda su vida, sin dudar ni un solo instante, estuvo convencido de que la filosofía era una disciplina de extraordinaria utilidad y de vastos alcances. Para él la filosofía permitía alcanzar resultados comunicables y definidos. Un ejemplo de esta posibilidad era su propia filosofía.

Decimos que Ortega creía, a su manera, en el conocimiento absoluto, porque teóricamente distinguió siempre entre el conocimiento científico-natural (al cual unía el conocimiento lógico-matemático), y el conocimiento histórico. El conocimiento científico-natural supone clásicamente la existencia de una razón universal y suprahistórica. Pero la historia de esta misma ciencia muestra que la famosa "razón pura" de Kant no es tan pura como parece, sino que está contaminada por la trama de la vida. La razón físico-matemática no es sino una de las posibles manifestaciones de la vida humana, y esta vida puede desarrollarse en una dirección en la cual la "razón pura" no tenga ni siquiera sentido. Por eso los principios de la "razón pura" evolucionan a través del tiempo, puesto que su existencia no es sino un producto de la manera como los hombres tienen que enfrentarse a los problemas que plantea su existencia. Pero la historia es hecha por los hombres y, como tal, su conocimiento permite comprender por qué los hombres han tenido que inventar algo tan fantástico como la "razón pura". Por eso cuando se narra la historia, cuando se narra de manera que se comprenda por qué la cultura y la sociedad humana de alguna región del globo son como son, el conocimiento que se adquiere *resulta absoluto*, no depende ya de las circunstancias históricas. Estas circunstancias pueden favorecer o entorpecer su constitución, pero una vez que se constituye ya no es relativo, no depende de la aplicación de principios que se creen universales pero que sólo tienen vigencia en relación a una determinada situación histórica. Su validez cognoscitiva depende exclusivamente de que narra acontecimientos que realmente existieron y que permiten comprender que, después de ellos, hubo otros acontecimientos. El conocimiento histórico no hace hipótesis universales como el científico natural. Sólo narra, descubre conexiones de hechos que iluminan el sentido de otros hechos. No depende, por

eso, de ninguna circunstancia.<sup>3</sup>

Pues bien, Gaos no aceptaría estas conclusiones. Porque no se trata ya de historia sino de filosofía de la historia, y de filosofía de filosofía de la historia. Porque la historia es una ciencia social y, como hemos visto, Gaos no considera que estas disciplinas merezcan el nombre de ciencias.<sup>4</sup> Este sólo hecho debe mostrarnos la medida en que Gaos se alejó de Ortega al desarrollar su propio pensamiento. Pero lo notable es que se alejó, no porque rompiera con sus lineamientos fundamentales sino, porque al revés, los siguió de manera más radical que el propio maestro. Gaos no hace sino aplicar hasta sus últimas consecuencias dos ideas básicas en la epistemología de la Escuela de Madrid: el perspectivismo y el historicismo.

Según el perspectivismo el sujeto cognoscente sólo puede captar la realidad desde determinada perspectiva, lo que imprime un sello ineliminable de subjetivismo a todo conocimiento. Esta idea proviene de dos fuentes: el análisis husserliano de la incompleción perspectiva, y la teoría de la relatividad de Einstein. Desde luego, Ortega se da cuenta de que la única manera de superar estas limitaciones es mediante la formulación de conocimientos que sean independientes de los marcos del observador. Esto lo ha logrado Einstein en el conocimiento físico. Sin embargo esta invariancia depende, en último término, de ciertos principios lógicos y físico-matemáticos, y de ciertos métodos operacionales. Pero tanto los unos como los otros, son, a su vez, variables, *son relativos a determinados marcos de referencia históricos*. Por eso lo único que puede salvar al hombre de naufragar en el relativismo total, en un escepticismo sin salida, es encontrar conocimientos que sean independientes de los marcos de referencia históricos. Ortega cree hallar estos conocimientos en aquellos que se originan mediante el funcionamiento de la razón narrativa o histórica. *La teoría de razón vital es la teoría de la posibilidad de este tipo de conocimientos*<sup>5</sup>.

En cuanto al historicismo, no es sino la tesis complementaria del perspectivismo. El historicismo es un perspectivismo diacrónico, es la dependencia de los principios de todo tipo, racionales, axiológicos, políticos, etc., del repertorio de vigencias que caracterizan a la época. Este repertorio de vigencias varía a través del tiempo; por eso la famosa eternidad de los principios no es sino una ilusión.

Si se lleva hasta las últimas consecuencias esta posición, se desemboca, inexorablemente, en el relativismo total, en un subjetivismo sin salida. Porque no hay ninguna garantía de que los conocimientos que, según Ortega, son independientes del marco de referencia histórico, lo sean realmente. Ortega no se dio nunca el trabajo de demostrar la verdad de sus afirmaciones sobre el carácter absoluto del conocimiento histórico. No se dio tal trabajo *porque no se lo podía dar*. Porque consciente o inconscientemente se daba cuenta de que para que el conocimiento histórico se constituya, hay que utilizar exactamente los mismos principios que él estaba considerando como relativos. Bástenos un ejemplo. Si dejamos de lado el principio de identidad o el del tercio excluido, entonces todo lo que dice Ortega sobre la historia, todo tipo de

conocimiento histórico se derrumba, puesto que lo que fue, debido a la inoperancia del primer principio, tampoco fue; y si un documento nos prueba la falsedad de la afirmación de un historiador de que un determinado acontecimiento no existió, de allí no podemos inferir que dicho acontecimiento realmente existió puesto que el *Tertium* no funciona.

El único refugio del perspectivismo y del historicismo, es la diferencia de niveles del lenguaje. Pero esto significa, simple y llanamente, que ambos son insostenibles puesto que son relativos y, en consecuencia presuponen un absoluto. Este absoluto son los principios de la razón. Por eso, si de verdad se tiene el valor de llevar hasta sus últimas consecuencias el perspectivismo y el historicismo, se tiene que llegar, de manera inevitable, al subjetivismo radical, a considerar a la filosofía como una aventura, como una confesión del sujeto filosofante. Gaos tuvo el valor de hacer esto. Por eso, en cierto sentido, muy revelador, fue más orteguiano que Ortega, fue el único miembro de la Escuela de Madrid que de verdad fue fiel a los principios de la escuela.

### Historicismo, racionalismo y el futuro de la filosofía

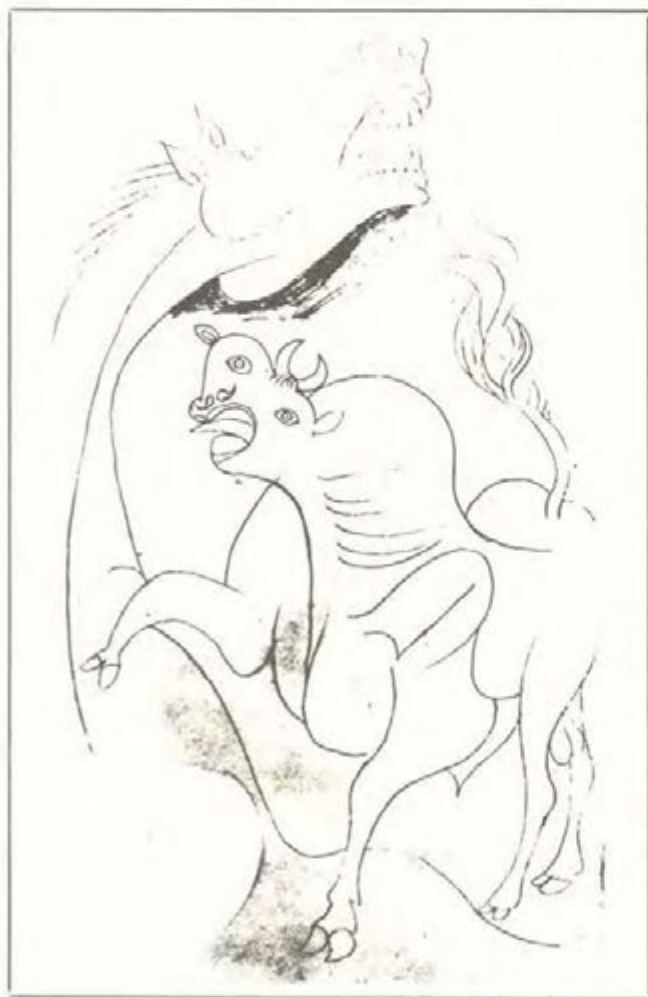
**N**o hay, pues, salida. O se es historicista o se es racionalista. Más aún, o se es racionalista o la filosofía es imposible. Sólo que ser racionalista en estos días es, para usar el británico *understatement*, ligeramente difícil. Porque lo que ha pasado en los últimos decenios, la llamada "crisis" de la ciencia, ha resquebrajado por todos lados la solidez de los viejos principios, ha dado al traste definitivamente con el racionalismo clásico. La crisis de la matemática ha mostrado que no puede confiarse en las meridianas claridades de la intuición intelectual; la crisis de la física ha revelado que los conceptos de las ciencias de la naturaleza no pueden pasar de hipótesis explicativas, que lo más que podemos esperar del conocimiento de la realidad es que no sea demasiado improbable; la crisis de la lógica y la actual proliferación de sistemas lógicos, han conducido a pensar que incluso los principios racionales que parecían no sólo los más profundos, sino absolutamente imprescindibles, pueden dejarse de lado y sin embargo la lógica puede seguir funcionando.

Todo esto es cierto. Pero si para tratar de comprender lo que ha sucedido se deja de lado el racionalismo, es decir, se deja de creer en la existencia de una facultad llamada razón que funciona mediante principios necesarios y universales, que tienen valor suprahistórico, entonces no se puede comprender ya nada. Y no puede comprenderse porque todos los argumentos utilizados para mostrar que la crisis de la ciencia conduce inevitablemente al abandono del racionalismo, se basan en los mismos principios que está negando. No sólo el historicismo y el perspectivismo, también el empirismo y el pragmatismo conducen, sin salida, al escepticismo, a la imposibilidad de pensar coherentemente sobre el mundo. El racionalismo es, por eso, indestructible.

Nos vemos, así enfrentados a un *impasse* aparentemente insobrepasable. De un lado, si rechazamos los

principios necesarios y universales de la razón, no podemos ni siquiera pensar; el conocimiento como actividad humana se torna sin sentido. De otro lado, cuando tratamos de encontrar cuáles son esos principios, tenemos que reconocer que, a través de la historia, han evolucionado; algunos han dejado de tener vigencia, otros han aparecido como novias en el misterioso cielo del conocimiento científico.

La situación descrita caracteriza al panorama de la actual filosofía del conocimiento; o sea, de la filosofía misma, porque el problema del conocimiento es central en toda problemática filosófica. Sea cual sea el problema planteado resulta, a la larga, inevitable plantear el problema de la fundamentación del conocimiento. En el pasado, desde los griegos hasta Kant, la situación fue muy diferente. Los racionalistas creían que existía un conjunto tabulable de principios necesarios y universales que hacían posible el conocimiento objetivo. Los escépticos creían que estos principios no existían. Los argumentos tanto de uno como de otro bando eran bastante ingeniosos, mas, fueran como fueran, había algo que aún no había sucedido: la crisis de la ciencia moderna. Se creía firmemente en que sólo era posible una física, la de Newton; que sólo era posible una geometría, la de Euclides;



que sólo era posible una lógica, la de Aristóteles. Ahora se sabe que esto no es así; se puede seguir el movimiento histórico que constituye esta crisis, se puede ver, a manera de un documental de cine, cómo se han ido modificando los complejos originarios de evidencias que, antaño, fueron el orgullo y el fundamento de la razón. El racionalismo clásico está muerto. Pero lo asombroso es que para describir primero, y luego, para tratar de comprender lo que ha sucedido en lógica, en matemáticas y en física, hay que utilizar determinados principios racionales que fueron, por lo menos en su mayor parte, los que utilizaron los griegos, los medievales y los modernos. Por otra parte, cuando se analiza el proceso que conduce a la crisis de la ciencia y la manera como científicos y filósofos se enfrentan a ella y tratan de superarla, se descubre que todos los recursos empleados son racionales, que el hecho de que ciertos principios hayan dejado de utilizarse en relación a la constitución del conocimiento científico, no excluye la intervención de otros, que la totalidad del proceso obedece a una especie de desenvolvimiento intrínseco de la propia razón humana<sup>6</sup>. Hay algo así como un vector que encauza, de manera racional, la evolución de la propia razón en la historia.

Hegel es probablemente el primer gran pensador que capta el problema y que intenta resolverlo. En este sentido la *Fenomenología del Espíritu* y la *Lógica* constituyen un recodo en la historia del pensamiento humano. Pero entre el planteamiento y la solución hay un abismo. Fuera de que, en su época, los recursos analíticos de que disponía el filósofo del conocimiento eran sumamente limitados, el genio de Hegel era tan grande como arbitrario y excéntrico. A sus vislumbres asombrosas siguen soluciones aberrantes y hasta intelectualmente perversas. Y aunque parezca mentira, tratándose de Hegel, extremadamente simplistas. La profundidad del problema que presenta la conciliación del carácter histórico de la razón, con la inevitabilidad de que sus principios sean necesarios y universales, es tan abismática que la solución, si es que la hay, no puede alcanzarse mediante fórmulas ingenuas como la unidad de los contrarios o la negación de la negación. Hay, desde luego, un aspecto dialéctico en el desenvolvimiento de la razón, en el sentido de que la razón cae en contradicciones consigo misma y que, alcanzado un estado que parece el definitivo, dicho estado resulta siempre rebasado. Pero la manera como la razón intenta resolver y, en algunos casos, resuelve las contradicciones y la relación entre las diferentes etapas de su desarrollo y sus respectivos auto-rebasamientos, son de tal complejidad que no pueden comprenderse mediante las leyes de la dialéctica clásica. Sólo una nueva teoría de la razón que permita desentrañar este desconcertante y abismal dinamismo, hará posible comprender qué cosa es lo que realmente sucede y hasta qué punto la razón es histórica sin dejar, por eso, de funcionar según principios de valor suprahistórico. Nos encontramos, así, ante un formidable desafío, tan grande probablemente como el que tuvieron que enfrentar Sócrates y Platón en tiempo de los sofistas. El motivo es el mismo: la racionalidad del conocimiento parecía gravemente minada, y sin embargo era evidente que sin la existencia de principios uni-

versales de validez universal todo perdía sentido, hasta la propia argumentación de los sofistas. El motivo es el mismo, pero el panorama es diferente. El futuro de la filosofía occidental depende de la manera como seamos capaces de hacer frente a esta dramática situación. Pero, sea como sea, no cabe duda de que el camino de la filosofía del conocimiento en las próximas generaciones está claramente marcado. La obra de pensadores como José Gaos han contribuido a señalarlo. Su radicalismo, su negatividad, han permitido captar con la nitidez necesaria la constelación de problemas que confieren carácter y sentido a los nuevos desarrollos del pensamiento moderno.

**Notas:**

<sup>1</sup> Gaos, como siempre hablaba con humor. Se trataba de una universidad femenina.

<sup>2</sup> Gaos aborda este tema en algunos de sus escritos, por ejemplo en uno de sus mejores libros: *Filosofía en Lengua Española*, en la parte dedicada a comentar el último libro de José Medina Echevarría. Allí expresa explícitamente que, entre las ciencias naturales y las sociales (y, a fortiori, la filosofía), existe una diferencia irreductible, porque las segundas no pueden alcanzar, como las primeras, conocimientos objetivos.

<sup>3</sup> Es probable que algunos lectores se sorprendan por lo que estamos diciendo sobre Ortega. Pero el hecho es que, a pesar de las toneladas de papel que se han escrito sobre su obra, hasta donde llega nuestra información, este aspecto de su pensamiento, que a nuestro entender es uno de los más importantes de su filosofía, tal vez el más importante, ha pasado desapercibido. Esto muestra lo mucho que hay que decir, todavía, sobre Ortega.

A quienes duden de lo que decimos sobre la concepción orteguiana

del conocimiento histórico como conocimiento absoluto, recomendamos la lectura de los siguientes trabajos: *Las Atlántidas* (*Obras Completas*, Tomo III); *Dilthey y la idea de la vida* (*Obras Completas*, Tomo VI); *La filosofía de la historia en Hegel y la historiografía* (*Obras Completas*, Tomo IV); *Pasado y porvenir para el hombre actual* (*Obras Completas* Tomo IX). Para muestra basta un botón. Ofrecemos al lector el siguiente párrafo que se encuentra al final del maravilloso ensayo sobre *Las Atlántidas*:

"La historia, al reconocer la relatividad de las formas humanas, inicia una forma exenta de relatividad... Que esta forma aparezca dentro de una cultura determinada y sea una manera de ver el mundo surgida en el hombre occidental no impide su carácter absoluto" (*Las Atlántidas*, *Obras Completas*, Tomo III p. 312-313).

Basta meditar un poco sobre lo que está tratando de hacer Ortega, para darse cuenta de que intenta encontrar un conocimiento sobre hechos humanos que no dependa del marco de referencia histórico. Está tratando de hacer, en relación a la historia, lo que hizo Einstein en relación a la física. Está tratando de hacer lo mismo que intentó también hacer Toynbee. Desgraciadamente Ortega, siempre tan perspicaz en sus interpretaciones, desbarró por completo cuando abordó el pensamiento de Toynbee y no se dio cuenta de que, por medios diferentes, los dos intentaban realizar la misma hazaña.

<sup>4</sup> Gaos. *Filosofía en lengua española*. Mexico, Editorial Stylo, 1945. p. 352 y ss.

<sup>5</sup> La diferencia entre la "razón narrativa o histórica" y la "razón vital" tampoco ha sido señalada con la debida frecuencia. Sobre este punto ver: *Dilthey y la idea de la vida* (*Obras Completas*, Tomo VI, p. 175).

<sup>6</sup> Sobre este punto ver: Miró Quesada, *Apuntes para una teoría de la razón* (San Marcos, Lima, 1963). Sobre el concepto de razón ("Revista Latinoamericana de Filosofía" No. 2, septiembre de 1976); *Heterodox Logics and the problem of the unity of Logic* (Ponencia presentada en el II Simposium Latinoamericano de Lógica Matemática, 1976. Editado en Español en: *Lógica. Aspectos formales y filosóficos* Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1978).



---

---

## VERA YAMUNI

---

---

### De la Aforística de José Gaos

José Gaos dedicó su vida preferentemente a la filosofía y a las traducciones de obras filosóficas, como lo prueban sus numerosos escritos filosóficos originales y su obra publicada de traductor; a la lectura, dado que vivió la vida y sus manifestaciones ante todo leyéndola en libros de filosofía, literatura y poesía; a la cátedra, de acción pasajera si no fuese por el testimonio escrito que hemos ido dejando sus discípulos; y a meditaciones religiosas y metafísicas, sobre todo durante la última etapa de su vida, que comunicó verbalmente, y algunas de las cuales dejó apuntadas brevemente e inéditas.

Pero Gaos no escribió exclusivamente libros de filosofía ni reflexionó solamente sobre temas filosóficos. Dejó publicados, entre otros textos, unas *Confesiones profesionales*<sup>1</sup> de su propia vida, y aforismos<sup>2</sup> sobre temas misceláneos, que descuellan en una literatura tan desprovista de memorias u obras aforísticas como es la de lengua española.

Pero además, Gaos comunicó ideas de varia índole que fueron redactadas por la que esto escribe casi inmediatamente después de escuchadas, algunas de las cuales aparecen en este trabajo. De éstas, unas son ideas expresadas en estilo breve y doctrinal, a la manera peculiar de escribir aforismos de algunos autores; otras son "pensamientos", "reflexiones", "observaciones" u "ocurrencias" variadas, modalidades también, y quizá a mayor título, del género aforístico.

No se trata siempre, pues, en este texto, de aforismos en uno de los sentidos del término, —principios de una disciplina formulados lo más concisamente posible—, como los célebres *Aforismos* de Hipócrates (s. V a.C.), en cuyo tratado de medicina por preceptos cada proposición es un pensamiento claro y sobriamente expresado, como el siguiente, muy conocido, y que va simplemente a título de ejemplo: "Es la naturaleza la que cura a los enfermos". Tampoco se trata de ocurrencias recogidas con la intención de componer con ellas una obra no aforística por el plan, como los *Pensamientos* de Pascal (1622-1662), que contiene notas acumuladas para escribir posteriormente una apología del cristianismo, aunque por el estilo pudieran ser aforismos tales pensamientos. Tampoco es el tipo de la aforística de Gaos la que integra una obra filosófica sistemática como *Parerga y Paralipomena* y los *Aforismos sobre la sabiduría en la vida*, de Schopenhauer (1788-1860), que no se comprende bien porqué se titula así, puesto que se trata de una colección de ensayos, si no es por responder a uno de los sentidos del término aforismo, al de "principios", en este caso del arte de ser feliz en la vida.

Lo que parece ser la aforística más propiamente tal, es la que consiste en ocurrencias, observaciones o reflexiones, unas veces más, otras menos concisas, y sin más sistema que el que espontáneamente pueden tener por los temas con que reiterada o sucesivamente se ocupa un pensador, incluso en el sentido del "cada loco con su tema o temas". Tal es la aforística del moralista francés Joseph Joubert (1754-1824), en *Pensées, Maximes et Esquisses*, quien fue plenamente consciente de su estilo mental y aforístico puesto que escribió de sí mismo: "Soy como Montaigne, incapaz de discurso continuado". Por eso la aforística puede ser, como en el caso de la de Joubert, la forma regular del pensador irregular. Tal es la aforística, también, que se encuentra en las *Maximes*, de Francisco VI, duque de La Rochefoucauld (1613-1680), obra aforística por excelencia, pero que resulta menos dispersa y más sistemática que la de Joubert, por tener de La Rochefoucauld un verdadero espíritu de sistema en el sentido de que su temática principal es prácticamente una sola, una pesimista pero coherente visión de la conducta humana.

A la aforística, que es pensamiento espontáneo, puede presentarla su autor para su publicación en el orden en que cronológicamente se le ocurrieron los pensamientos, ordenados por temas o siguiendo algún otro principio de clasificación. El orden cronológico de aparición de los aforismos tiene el interés de dar la biografía de la aforística misma, aunque el salto de una idea a otra distinta o no muy conectada lógicamente una con otra, la hace resultar para el lector, quizá, demasiado pesada y diluida por inconexa. El orden temático, o que sigue algún otro principio de clasificación, tiene la ventaja de darnos una exposición menos dispersa, más coherente y quizá por esto más interesante, del pensamiento de su autor, al que podría adjuntarse, cuando se conoce, además, la fecha de aparición de las reflexiones. De los aforismos ordenados más o menos cronológicamente puede darse una tabla por temas, a la manera de La Rochefoucauld, quien reconoce en sus *Maximes*<sup>3</sup> que aunque éstas tienen coherencia interna, dista de haberlas él mismo dispuesto en un orden lógico de exposición; en la primera edición de ellas se excusa en su "Aviso al lector", supuestamente escrito por el librero —en realidad redactado por La Rochefoucauld mismo—, diciendo que "hubiera sido deseable que cada máxima hubiese tenido un título del sujeto que ella trata", y que "las máximas pudieron haber sido puestas en un mejor orden", pero que él, —el supuesto librero—, "no pudo hacerlo sin trastornar enteramente el de la copia que le entregaron", y que "como hay varias máximas sobre una misma materia", aquellos a quienes

consultó "juzgaron que era mayormente expeditivo componer una tabla a la cual se podía recurrir para encontrar aquellas que trataban de la misma cosa", tabla que aparece por orden alfabético de temas al final de la primera edición de sus máximas. La Rochefoucauld tiene, en efecto, una coherencia interna en el sentido de que trata una totalidad de temas relacionados entre sí: las virtudes humanas, sistema del que él mismo es consciente, en los siguientes términos, expresados en la última máxima —la más extensa de todas, y que contrasta con el estilo breve y conciso de la gran mayoría de ellas:

*Después de haber hablado de la falsedad de tantas virtudes aparentes, es razonable decir algo acerca de la falsedad del desprecio a la muerte...<sup>4</sup>*

En efecto, la temática que liga a la mayoría de las máximas entre sí puede conceptuarse diciendo que se trata de una visión de la conducta humana, caracterizada por esconder defectos y limitaciones bajo el nombre de virtudes, y por la hipocresía, lo que equivale a una visión pesimista de la manera de conducirse los hombres, que las máximas siguientes resumen:

*Los vicios entran en la composición de las virtudes, como los venenos entran en la composición de los remedios. La prudencia los junta y los temple, y se sirve útilmente de ellos contra los males de la vida.<sup>5</sup>*

*El nombre de la virtud sirve al interés tan útilmente como los vicios.<sup>6</sup>*

*La virtud no iría tan lejos si la vanidad no la acompaña-se.<sup>7</sup>*

*El interés, al que se acusa de todos nuestros crímenes, merece a menudo que se le alabe por nuestras buenas acciones.<sup>8</sup>*

*Tendríamos a menudo vergüenza de nuestras más bellas acciones si el mundo viese todos los motivos que las producen.<sup>9</sup>*

*Por malos que sean los hombres, no osarían parecer enemigos de la virtud, y cuando quieren perseruir, fingen creer que es falsa o le suponen crímenes.<sup>10</sup>*

Por último, dentro de esta serie, también a título de ejemplo de coherencia interna por la temática, de las *Maximes* de La Rochefoucauld entresaco la siguiente regla útil para conocerse: fijarse en lo que se suprime o disfraza al hablar de sí:

*Lo que hace ver que los hombres conocen sus faltas mejor de lo que se piensa, es que jamás se equivocan cuando se les oye hablar de su conducta: el mismo amor propio que los ciega de ordinario, los ilumina entonces y les da vistas tan justas que les hace suprimir o disfrazar las menores cosas que pueden condenarse.<sup>11</sup>*

De las máximas de La Rochefoucauld puede sacarse una lección general y principal, que es la de esforzarse en no dejarse engañar por las falsas apariencias ajenas ni propias, en el supuesto de que el conocerse bien a sí mismo es tan útil para la vida como el conocer bien a los demás.

La aforística de Gaos, a diferencia de la de La Rochefoucauld, no versa sobre un sólo tema principal, ni Gaos se propuso dejar, en su aforística publicada, como lo hizo el moralista francés, una tabla de sus aforismos por materias que pudiera revelar el espíritu sistemático y me-

tódico, característico de Gaos, como lo prueban, entre otros, *De la filosofía y Del hombre*. Los aforismos de Gaos son pensamientos polifacéticos, en buena parte de observación fiel de la vida (como algunos de La Rochefoucauld), de reflexión sobre varias clases de realidad (como no lo son los del escritor francés), muy de experiencia auténtica de la vida misma de Gaos. Son, con gran frecuencia, formas de despersonalización de lo personal, o de generalizaciones de lo particular. Por ejemplo: "Repugnan", dijo Gaos en una ocasión, en vez de "me repugnan", "la ingratitude y la deslealtad tanto en la vida pública e internacional como en la privada", dando así forma universal a lo singular o personal. Puede decirse que la aforística de Gaos es confesión en forma de aforismos que reflejan mucho más directamente su propio sentir que los de La Rochefoucauld. Algunos aforismos son interpretaciones directas del pensador hechas por él mismo, y pueden dar lugar, con mayor facilidad que las máximas del escritor francés, a una interpretación del pensador y del hombre de carne y hueso que fue Gaos. Esta aforística se ha clasificado aquí, por razones de orden ya mencionadas, y de claridad para el conocimiento de la aforística de Gaos, en "Aforismos sobre México y España", "Aforismos que son confesiones directas", "Aforismos sobre la experiencia misma de la vida", y los "de la experiencia final de ésta", y por último en aforismos que se han llamado aquí "contrarios entre sí". Todos pertenecen, para dar alguna cronología, sin excepción, a los diez últimos años de la vida y del pensar de José Gaos.



Los siguientes pensamientos de Gaos versan sobre una misma temática, y reflejan el sentimiento de despego que Gaos decía sentir por su tierra natal, España, y por contraste, el sentimiento de agradecimiento, simpatía, interés y afición que sintió por México, patria de destino, como solía llamarla. Hay que aclarar que el sentimiento de despego que Gaos afirmaba sentir por "la patria de origen" no fue nunca por la España Republicana, dado que decía con frecuencia, y lo confirmó con su vida de "transerrado" desde su partida de la tierra natal hasta la muerte, que a una causa tan decisiva en su vida como fue la de la República española había que serle fiel, merecía el deber de serle fiel, le sería fiel, sin ostentación o jactancia, hasta la muerte.

El despego que Gaos decía sentir por la España tradicional pudo haberse debido a una infancia opresa, reprimida y reprimida por severos abuelos, los maternos, en Asturias; llegó a Valencia, a casa de sus padres, para convivir con ellos una vida más independiente, durante la adolescencia, a la edad de quince años. Ciertamente que este despego pudo también haber estado motivado por una juventud sentida como "complejo de inferioridad y segundón", según solía decir, antes de su nombramiento de Rector de la Universidad de Madrid a una edad relativamente temprana, nombramiento que le fue otorgado, según repetía con alguna humildad, por ser tiempos difíciles y peligrosos para los españoles, los de la guerra civil. Pero creo que la falta de afición o interés que "confesaba" sentir por España se debió ante todo a un sentimiento de derrota, al haber sido vencida la causa en la que creyó siempre sinceramente, la de la República española, sentimiento no anulado por el gusto con que cambió España por México ni por la convicción fuerte y sincera de lo benéfico del cambio. En México, en efecto, vivió éxitos profesionales y vitales, y agradeció a México y a los mexicanos, siempre y sinceramente, el haberle brindado tal posibilidad, independencia y prioridad, y se sentía orgulloso de haber tenido este país por "patria de destino", a la que llegó a querer más de lo que quiso nunca a la tradicional de origen.

*Estoy tan satisfecho y orgulloso de México y de ser mexicano, me he empatriado tanto en México y me parece tal esta patria de destino, que me he expatriado de mi patria de origen hasta el extremo de no interesarme ni el problema ni siquiera la cultura de España como me interesan los de otros países.*

*La verdad es que me he desentendido de España y su tradicional problema: tan satisfecho estoy de México y de ser mexicano. El ideal de los españoles europeizantes, últimamente el de los republicanos, es lo que está realizando México. El ideal de una nueva España ideal de los españoles liberales socialistas, republicanos, lo está realizando la antigua Nueva España que es México.*

*El amor a la patria de origen es como a los padres: aceptación de un azar de la naturaleza. El amor a la patria de destino puede ser como a una esposa o una amante querida de veras: elección reiteradamente confirmada.*

*Antes de morir quisiera expresar a México mi gratitud*

*por haberme aceptado y tratado como ciudadano distinguido de una patria de la que me siento orgulloso, por su historia, particularmente la del tiempo que llevo en ella, y su personalidad, y por lo a gusto que he vivido en ella, como pienso que no hubiera vivido en ningún otro país, desde luego no en el de mi patria de origen.*

*México es el país político-socialmente ejemplar de hoy, y es una suerte y un orgullo ser mexicano, pensando que México es el producto de dos factores de los que uno han sido los españoles que no pudieron convivir con sus compatriotas.*

*Parece haber desaparecido la idea de una patria ideal, distinta de la nativa, que parecen haber tenido tantas gentes de los dos pasados siglos, por ejemplo, de Francia o Inglaterra. Pero para un español como yo vuelve a haber tal patria. Es el México de hoy.*

*Si no temiera ser injusto con los muertos por la República, pensaría que el caso de España es superlativo de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece, de que los españoles ven en Franco al gobernante personal, autoritario, ordenancista y reaccionario que es su ideal, por lo que siento de raíz ser español y la fruición de no serlo, quizá, por raza, y de haberme podido hacer mexicano.*

*Mi única razón, para no pensar decididamente que España tiene el Franco que se merece es el recuerdo de la mayoría electoral pro-República, de los que lucharon por ella y de su derrota por la ayuda internacional a Franco.*

*He resuelto permanecer fiel a mi clase. ¿Por qué no aplico a España la misma resolución que a la burguesía a la que pertenezco? Porque no hay nada, políticamente hablando, que sea a la clase lo que México a la patria. Quisiera no haber sido español de España. Puedo ser mexicano de origen español.*

*Es más estimulante ser mexicano que ser español. Pero México, ¿no debe algo a España?*

*Soy mucho más sedentario que viajero. Arraigo, pero no he arraigado en la patria nativa, sino en la de destino. Es que ésta tiene de la nativa lo suficiente —lengua, cultura— y tiene además lo que no tiene la nativa, lo que me va, o viene, personalmente e idiosincráticamente, y libertad.*

*El haberme desarraigado de España con tanta facilidad y arraigado en México tan a gusto ¿no será prueba de lo poco español que era, a pesar de lo asturiano que me pensaba? Podría ser mi genealogía étnica (patria chica) la galaico-bretona o celta. El natural que me movió a reaccionar contra la educación y lo español, gustando de lo extranjero irreligioso, bien pudiera ser indicio de haber patrias étnicas más profundas, anteriores a la de nacimiento por localización, que moverían a reconocer patrias ideales en culturas distintas de la cultura de la patria de nacimiento.*

*¿Por qué sentiré la aversión que siento por España, a pesar de la mayoría que estoy convencido éramos los partidarios de una nueva España? ¿Por qué nos venció la vieja? ¿Por lo que tenemos de común todos los españoles y por lo que siento de aversión en mí mismo? Y que no tendría México, pues que lo prefiero tanto a España —y a cualquier otro país—. La comparación entre ambos puntualizaría de qué se trate.*

*La mayoría de los mexicanos están mucho más unidos*



en la construcción de un gran país justo que lo estuvimos los españoles bajo la monarquía y bajo la República. Son más patriotas y sus políticos mucho mejores en el sentido de la política y en el del patriotismo. Qué preferible haberme hecho mexicano a haber seguido siendo español.

España y México tienen los regímenes que se merecen, y doy gracias a Dios de que haya un pueblo hispánico para los españoles que quisimos hacer de España precisamente lo que está haciendo México.

Los veinticinco años de régimen de Franco, únicos en la historia de España, parecen revelar que España encontró el régimen que le va mejor y que los republicanos estábamos equivocados en desear a nuestros compatriotas el que deseábamos para nosotros y hemos encontrado en México, donde debimos haber nacido y donde por buena ventura aún hemos podido nacionalizarnos y no sólo jurídicamente.

Las patrias de Gaos, tal como lo expresara en más de una ocasión:

*De oriundez paterna: quizá Bretaña, Galicia.  
De origen, nacimiento y educación: Asturias.  
De destino, elección, dilección: México.  
Intelectual en general: ideología, literatura, pintura: Francia  
Filosófica: Alemania.*

Las patrias de Gaos, y el viaje deseado que ya no quiso ni pudo hacer por miedo a sus cardiopatías.

*Patrias chicas: Asturias y Levante.  
Patrias ancestrales: Galicia y Bretaña.  
Patrias intelectuales: Francia y Alemania.  
Patrias ideales: Escandinavia.  
Patria de destino: México.  
Viaje imaginario: a Italia.*

*Si la circunstancia no se salva, no se salva el yo —qué destino feliz haber la circunstancia mexicana para un yo español.*

*Si no hubiera México, más quisiera ser el bretón que quizá soy por el "Gaos", que el asturiano que soy por madre, nacimiento, ambiente y educación infantil.*

*¿Por qué los mexicanos piensan pertenecientes a la literatura mexicana a Fray Alonso de la Veracruz, Cervantes de Salazar, Sahagún, Balbuena, Palafox, Gorostiza y no me pensarían perteneciente a ella? También yo he vivido largamente en México y espero morir en él, he madurado en él, he hecho en él mi obra; y sobre el que quiero a México como si fuese mi patria, me siento mexicano.*

Tal fue el último aforismo sobre el tema de México y España que la que esto escribe escuchara de boca de Gaos, año y medio antes de la muerte de este "transterrado" que amó sobre la patria de origen, la tradicional España, la de destino querida de veras, México.

#### Confesiones directas

**A** continuación transcribo algunos aforismos agrupados así por ser confesiones directas de actividades o modalidades de la personalidad y del pensar de Gaos, que él mismo interpretó y describió, en primera persona, como propias de él.

*Algo he hecho por la cultura mexicana. O mi mayor afán sería frustráneo, y no me resigno. Pero cuanto he hecho, por justo agradecimiento, el qué agradecer a su vez es sólo de la cortesía mexicana.*

*Soy un mexicano de origen español. Como español, colono intelectual de Francia y Alemania; como mexicano, colono cultural de los Estados Unidos. Arquetipos de mi situación: Aristóteles el estagirita en Atenas, Polibio en Ro-*



ma, Séneca el provincial hispano en Roma, Spinoza el judío ibérico en Holanda, Leibniz el alemán escritor en francés, y sobre todo, Santayana el español en los Estados Unidos.

No tengo mi clásico. Por la mónada sin ventanas sería Leibniz; pero no por la fe en la Mónada fulgurante de las demás y el optimismo. Por el pesimismo, sería Schopenhauer; pero no por el religiosismo del budismo y el nirvana. Por el agnosticismo del Misterio podría ser Hume; pero no por la atomización del yo. Por la superación del pesimismo, por la afirmación de uno mismo a pesar de todo, podría ser Nietzsche; pero no por la metafísica del devenir inocente, en lugar del puro agnosticismo del Misterio. Por el enfrentamiento de mí en soledad al Absoluto, sería Kierkegaard; pero no por la concepción cristiana del Absoluto en lugar del Misterio. En conclusión, parece que mi clásico tengo que ser yo mismo.

Obsérvese que esta última conclusión es consecuencia de una idea de Gaos, la de la subjetividad personal de toda filosofía, que tanto afirmara de viva voz, y por escrito, el filósofo.

### La experiencia de la vida

Es bien sabido que en todo libro, y mayormente quizá en el de aforismos, pone el autor a disposición de sus lectores su experiencia de la vida y su personalidad. Incluso los libros integrados en su mayor parte por exposiciones y referencias históricas, críticas y polémicas, por explicaciones más o menos didácticas, por porciones de relleno y ligazón, son obras expresivas del sujeto. Sin embargo, no puede afirmarse que sea exactamente lo mismo expresar la subjetividad por las solas ideas ajenas apropiadas o transformadas, que por las ideas propias que salen de la experiencia misma de la vida. Las siguientes revelan algunos aspectos de la experiencia de sí mismo de Gaos, o de su relación con otros, ideas disfrazadas por la forma general o de despersonalización de lo particular, subjetiva o personalmente experimentado.

*Para cumplir lo que se promete, no hay que prometer más de lo que se está seguro de poder cumplir; trivialidad, pero qué necesario recordarlo para no cometer la falta de consideración que es el no cumplir lo que se promete, y más aún el prometer a sabiendas de no cumplir.*

*El ser celoso de la respetabilidad puede ser compensación de un complejo de inferioridad. El ser íntimamente indiferente al juicio ajeno no puede ser más que obra de la confianza en sí mismo.*

*La lección más útil que los coléricos de buen fondo pueden aprender de su propia experiencia es: las resoluciones de la cólera no serán ratificadas por la ecuanimidad; son expresiones de la cólera, no de la razón ni de la voluntad movidas por el buen fondo.*

*Casi siempre es inútil y hasta contraproducente decir a los demás lo que no les diga su propia conciencia.*

*Es para dudar si la conciencia moral nos la dió Dios para beneficiarnos y salvarnos, o el Demonio para hacernos desdichados y destruirnos.*

*El mayor de los males es la conciencia moral del bien y*

*del mal, que con sus remordimientos no deja vivir.*

*Hay que ser valiente no sólo para esforzarse, sino también para resignarse. La fortaleza es doble: la del esfuerzo y la de la resignación.*

*Hay mentiras para defenderse y mentiras para no ofender; únicamente las primeras son el vicio de la mentira.*

*Las mentiras para no herir a los demás no son reprobables, como las en provecho propio.*

*Se escribe "recordado amigo" a aquel a quien no se ha recordado en mucho tiempo.*

*Cuando el dinero no es lo que más se estima, no es desprendimiento, ni prueba de particular afecto, hacer regalos en vez de otras atenciones y sacrificios.*

*Rarísima, la mujer capaz de compenetrarse con el intelectual en la dedicación exclusiva de éste a su obra.*

*Triste, la condición humana. Hace lo debido mucho más por la fuerza y el temor que por el agradecimiento y el afecto.*

### La experiencia final de la vida

Hay aforismos, en Gaos, además, que son como los anteriores; surgen de la experiencia, pero de la final de la vida: concepción de la experiencia de la soledad, de la enfermedad, de la falta de ilusiones, de la vejez sentida como acosadora a veces, y como la edad feliz para el intelectual, otras, según las circunstancias. Algunos más son concepción de la serenidad vital, superación de pasiones, de afectos, tranquilidad y satisfacción finales.

*Se nace de la nada a la convivencia. Se muere de ésta a la nada. Se vive conviviendo con una soledad resabio de la prenatal y pregusto de la postmortal.*

*El intelectual, cuanto más viejo, menos tiempo le queda para su obra, más absorción de ésta, menos dedicación a los demás, que le corresponden; más soledad.*

*El irritarse y enojarse y el irritar y enojar al prójimo afecta para mal a la salud propia o ajena. Y se malbarata el "don" de la salud.*

*Si se quiere librarse de los padecimientos de una enfermedad incurable y larga, hay que darse cuenta de ella y suicidarse antes de no poder ya hacerlo, y quedar a merced de la crueldad humana disimulada bajo la "resignación a la voluntad de Dios", el "luchar por la vida mientras la haya", y el "respeto a la vida".*

*Los quejumbrosos, aún con motivo, como la enfermedad, más que mover a compasión, se hacen odiosos.*

*El infarto es la enfermedad de la voluntad de poder. Esta voluntad está destinada a la contrariedad, y ésta es una de las causas de la constricción de las coronarias. La humildad y más aún la renuncia a la propia voluntad, el mejor preservativo contra el infarto.*

*El dolor del infarto no es ni punzante, ni quemante, ni lacinante, ni dislacerante, ni desgarrador... es estrujante.*

*¿Quién sufriría la vida si no fuese por la interrupción periódica de ella que es el sueño? Y si lo mejor de la vida fuese el sueño, ¿qué razón mayor contra la vida? El sueño es una anticipación diaria tan placentera, tan reconfortante, de la muerte, como para hacernos aceptar ésta.*

*Si se vive de ilusiones, como al viejo no le queda ninguna, se muere.*

*Ver a los jóvenes discípulos adultos con canas, y saber que los personajes más importantes del mundo, el Papa, el Presidente de los Estados Unidos, el último Premio Nobel de Literatura, son más jóvenes que uno: qué impresión de paso del tiempo, sin haberlo sentido pasar por uno mismo.*

*La vejez es una bestia obtusa y fiera que va acosándole y acorralándole a uno.*

*Se muere quien no tiene fe bastante en la prolongación de su vida para prolongarla efectivamente y quien tiene una fe que le mueve a querer la muerte.*

*Quien ve que va a morir, debe morir de una manera que deje a quienes le quieren, no abatidos, sino animosos para seguir viviendo.*

*La vejez sin achaques dolorosos y cabeza despejada, es la edad feliz para el intelectual, que queda en franquía para sus auténticos placeres, los del espíritu.*

*Oh, la serenidad del atardecer y del atardecer de la vida. Obra hecha, pasiones superadas, un declinar en afectos, un lugar de retiro bello y apacible. La vida está madura para finar en punto de madurez y satisfacción, y sin embargo quiere, quiere prolongar esta madurez.*

*De cuando en cuando pienso que nunca he vivido tan a gusto como ahora. Qué a gusto tengo que vivir para pensarlo, a*

*pesar de ser lo corriente pensar que ningún tiempo pasado fue mejor, y de la vejez y la enfermedad. ¿De qué está hecho este gusto? De la casa, el emérito, los afectos, y lo que hago.*

### Contrarios entre si

**L**os aforismos de Gaos, de temática variada y polifacética (como puede verse por los incluidos en este trabajo), muestran que no son siempre la expresión de un sistema, como los de La Rochefoucauld, sino del pensamiento circunstancial, oscilante como las circunstancias o los sentimientos o la vida misma. Por eso puede haber entre éstos algunos contrarios entre sí. Gaos mismo, tan afanoso de sistema en filosofía, y de no contradicción en todo, incurrió alguna vez en pensamientos contrarios entre sí, por razones circunstanciales, como se verá para terminar.

*Homenajes que no haya merecido en la vida no los quiero póstumos.*

*Únicamente tras la muerte llega la hora de los elogios con que se compensa la mezquindad por la que no se hacen en vida.*

*Los homenajes póstumos son, en el mejor de los casos, una manera de tranquilizar la conciencia de la mezquindad o*



*indiferencia de no haber dado la satisfacción de recibirlos en vida.*

*Todo lo público me horroriza, desde el Estado hasta el aparecer fotografiado o mentado en el periódico. Sin duda soy más sensible a las malas repercusiones de la publicidad que los políticos, los artistas e intelectuales y las gentes de sociedad en general. Naturalmente, me gustaría la gloria, pero grave, discreta, saboreada a distancia.*

*Puesto que no hay inmortalidad del alma, no tiene sentido hacer nada para la posteridad, sino únicamente lo que guste en vida. Pero en vida gusta pensarse leído por los pósteros como por los contemporáneos. Gusto vanidoso, vano, habiendo o no inmortalidad. Pero a este gusto no deben sacrificarse otros.*

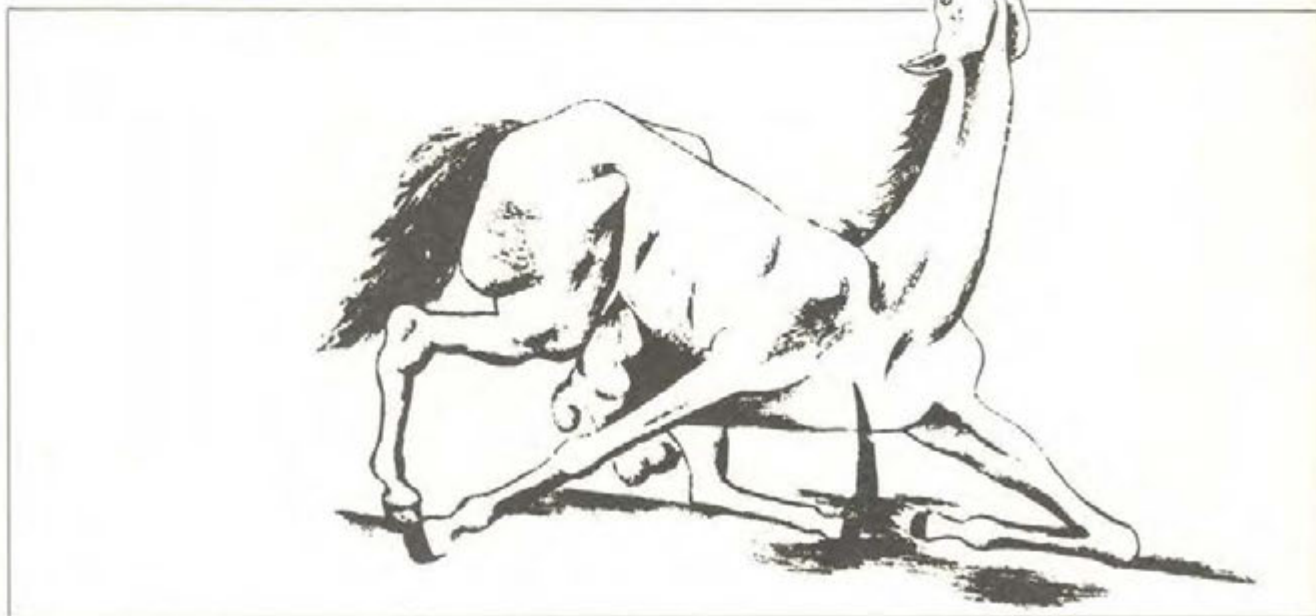
*Yo tengo cierta fe en mí, pero codefinida por la opinión ajena sobre mí y la esperanza de que el juicio definitivo de la posteridad resulte concordante con el mío.*

Los tres primeros aforismos fueron expresados muy circunstancialmente, en un momento de abatimiento sentido por Gaos, debido al poco caso que creía que de él hacían sus discípulos y contemporáneos; según pensaba, leían, estudiaban y escribían muy poco sobre él. Resultan contrarios a los tres últimos, en los que confiesa su gusto por la gloria, por el pensarse leído por contemporáneos y pósteros, y su esperanza de que el juicio definitivo de la posteridad resultara concordante con la fe que él mismo tenía en su propia obra, así como con la petición que muchas veces hizo en vida a la que esto expone de escribir una biografía, complementaria de su propia autobiografía, solicitud que llegó a formular de su puño y letra en la dedicatoria que puso en la segunda página de su libro *Museo de Filósofos*, el año 1960: "Para Vera, futura biógrafa de un pequeño filósofo". El pensamiento de Gaos, sistemático y metódico en filosofía, y en general, que no incurrió en contradicciones, no pudo escapar por lo menos una vez, a la regla de oscilación característica

del pensar circunstancial, que eleva a conceptos lo particular, los sucesos o los sentimientos personales, siempre variables, como la vida misma, incurriendo así en juicios contrarios entre sí. Pero puede decirse con sinceridad que para él, que terminó no queriendo creer en la inmortalidad, valió lo que vale en vida, tuvo fe en su pensamiento, y valieron los juicios favorables a su obra que creía que postularía sobre ella la posteridad. Esta esperanza en el juicio favorable de la posteridad sobre su obra se va volviendo cada vez más realidad, con el paso de los años, por los testimonios y trabajos que sobre él, sus actividades y su obra vamos dejando por lo pronto, al menos, sus discípulos. Pero esperamos mucho más, a saber, la llegada de otros estudiosos de su obra filosófica, y no sólo de la aforística, que puedan ser jueces más imparciales, más que nosotros por la cercanía, quienes la justificarán más definitiva y desinteresadamente en todo el valor que tiene, por más lejanos en el espacio o en el tiempo, o en ambos.

## NOTAS

- 1) México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- 2) José Gaos, *10%*, Tezontle, 1957.  
José Gaos, *11%*, Caracas, Editorial Arte, 1959.  
José Gaos, *Cena de los aforismos*, México, Alcantara, 1959.  
José Gaos, *12%*, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1962.
- 3) La Rochefoucauld, *Maximes*, p. 268. Texto establecido por Jacques Truchet, París, Ediciones Garnier Frères, 1967. Las citas de las máximas que se incluyen en este trabajo están todas tomadas a la primera de las cinco ediciones que aparecen en tal texto.
- 4) Máxima 504, p. 113-114-115.
- 5) Máxima 182, p. 46-47.
- 6) Máxima 187, p. 48.
- 7) Máxima 200, p. 50.
- 8) Máxima 305, p. 76.
- 9) Máxima 409, p. 96.
- 10) Máxima 489, p. 110.
- 11) Máxima 494, p. 111.



## Recuerdos del Seminario de José Gaos

“Somos lo que hacemos y decimos y lo que otros nos hacen hacer y decir”, apuntó José Gaos en alguno de sus múltiples escritos. Sobre lo que le hicimos hacer y decir y sobre lo que él hizo hacer y decir a unos estudiantes que trabajamos bajo su dirección en los últimos años de su vida, escribo algo ahora que la ocasión se presta para recordarlo.

La fama de Gaos como riguroso profesor y difícil escritor había llegado hasta nosotros antes de iniciar, en febrero de 1964, el curso de ingreso a la maestría en historia en El Colegio de México. De la dificultad de sus textos nos convencimos muy pronto, pues en la primera clase que tuvimos con Luis González y González, profesor de *Introducción a los Estudios Históricos*, se nos encargó la lectura y comentario de las “Notas sobre la historiografía” de José Gaos.<sup>1</sup> La tarea resultó trabajosa; si veíamos ideas claras en ese artículo, tuvimos que luchar con una puntuación y una economía del lenguaje muy extrañas, para entender lo que era el resumen de un curso dictado por Gaos muchos años antes.

A finales de ese primer semestre de 1964, se nos anunció que Gaos impartiría una clase de *Filosofía de las Ciencias Humanas* a varios grupos de estudiantes en el auditorio de El Colegio durante el segundo semestre. Nos asustamos un poco pero nos resignamos a escuchar al dificultoso autor de las “Notas sobre la historiografía”.

Pero lo que no sabíamos y fuimos viendo y aprendiendo gratamente, era que el Gaos expositor completaba y justificaba al Gaos escritor de manera admirable. En efecto, los textos que leídos por nosotros resultaban difíciles de entender, eran perfectamente comprensibles en el fraseo con que los reproducía su autor. La palabra, el acento, la modulación de la voz y el ademán servían a Gaos para entregarnos en clase verdaderas piezas acabadas; piezas en las que había vueltas y revueltas sobre el tema principal, sobre parte de éste, o bien sobre alguna palabra y hasta sobre una sílaba que al ser destacadas, cobraban un sentido propio y servían para aclarar la idea fundamental expuesta en cada sesión de clase. Esto nos incitaba a pensar, a discutir entre nosotros y a admirar —con mucho temor reverencial— al autor de piezas tan cabales, quien concluidas las dos horas de clase (de seis de la tarde a ocho de la noche, los jueves), salía solo a abordar un taxi, o a esperarlo si no había llegado.

Nadie se atrevía a acercarse a él para hacerle alguna pregunta o para pedir aclaraciones sobre lo sugerido en clases. Esto fue experiencia repetida por más de dos meses, pero al fin hubo que saltar la distancia que nos imponía aquel temor reverencial pues desde la presentación

del curso, Gaos había advertido que juzgaría nuestro aprovechamiento atendiendo a las preguntas que debíamos hacerle al final del curso sobre lo ahí desarrollado. Y esto porque, según él, costaba más y valía más hacer una pregunta inteligente que dar una buena respuesta, desde el momento que una pregunta inteligente lleva ya en sí la posibilidad de una buena respuesta. Las preguntas debían hacerse al final del curso; las que pudieran ocurrirnos en una sesión de clase eran, en realidad, preparación para otra u otras sesiones, en las que aquellas preguntas posiblemente se resolverían. Y así lo vimos, pues entre las que se nos habían ocurrido y habíamos anotado en previsión del trabajo final, muchas fueron desarrolladas y contestadas en clases sucesivas.

Había, pues, una estructura lógica admirable en aquel curso. También había, es cierto, recursos retóricos y mañas de experto expositor que sabía captar la atención de su auditorio. Sí; pero qué bien y qué positivamente se usaban estos recursos! Años después he leído en los textos de Gaos frases y períodos completos escritos mucho tiempo antes de aquel y de otros cursos que le escuché; pero la verdad es que al reproducirlos en clase daba la impresión cabal de estarlos creando para el auditorio que entonces tenía enfrente. Y este hecho, que tiene sin duda un valor didáctico ejemplar, ha sido criticado positiva y negativamente por quienes han escrito sobre él después de su muerte, ocurrida el 10 de junio de 1969<sup>2</sup>. Lo positivo es lo que más resalta para mí ahora que lo recuerdo: la capacidad de re-creación y de sorpresa es un elemento fundamental en la enseñanza: la comunicación entusiasta no está reñida con el cuidado en la elaboración de las clases; al contrario, estos ingredientes son los que hacen de la exposición algo verdaderamente útil en la enseñanza y la verdad es que los echamos mucho de menos en la actual experiencia universitaria de nuestros días.

En fin, al terminar aquel segundo semestre de 1964, los estudiantes hicimos las preguntas y se las entregamos por escrito a Gaos, tal como él lo había indicado, en la última de las sesiones dedicadas a la exposición. Las dos últimas reuniones las dedicó a considerar las preguntas. Lo hizo ordenándolas temáticamente; respondió a aquellas en que la respuesta era posible y cuestionó las que no podía responder entonces, ya que, según nos lo hizo ver, para contestarlas era necesario entrar en el campo de la Antropología Filosófica (tema de un gran curso que iba a desarrollar al año siguiente, 1965, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y que se publicaría como libro después de su muerte)<sup>3</sup>. Los ocho “prehistóricos” —como nos decían a los estudiantes del curso de ingreso— ha-

biamos logrado presentar a Gaos algunas preguntas que él juzgó entre las mejores y más a propósito para considerarse en el posible curso de Antropología Filosófica; así que entre satisfechos e inflados, solicitamos por medio del director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio, Luis González, que Gaos nos diera ese curso, y Gaos aceptó y vino a darnoslo el segundo semestre de 1965.

El horario fue igual, los jueves por la tarde de seis a ocho, pero el desarrollo del curso muy distinto: lectura y comentarios de un capítulo de *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger, durante la primera hora de clase, y comentario de los trabajos que sobre lo leído y apreciado por nosotros en la primera hora de clase debíamos presentar, en escritos de "no más de tres cuartillas", cada semana, para discutirlos durante la segunda hora. Curso duro y laborioso, pero lleno de entusiasmo, que se fue afirmando con el trato más cercano y familiar. En el breve descanso que hacía Gaos entre las dos horas de clase, hablábamos con él de muchas cosas, desde las cuestiones del curso mismo (curso que, sin decirnoslo Gaos había transformado en un seminario), hasta las de poesía (uno de nuestros compañeros, Guillermo Palacios, era poeta y andaba ya publicando líneas ininteligibles en revistas de poesía y literatura), pasando por las de música, pintura, viajes, lugares de España y de México, etc. etc., y esto seguía a la hora de la salida, cuando acompañábamos a Gaos al taxi o a esperar al "amigo taxista" que a veces tardaba algún tiempo en llegar.

En las clases y en las pláticas Gaos traía ejemplos y recuerdos de su Seminario de Historia de las Ideas. A propósito de algún problema que surgía en el comentario del texto de Heidegger, se hablaba del caso de la tesis de Luis Villoro, de la de Leopoldo Zea, o de cualquier otro que hubiera tenido que encarar lo que ahí o en nuestros trabajillos se planteaba. Admirábamos a aquellos discípulos de Gaos pues mal que bien, nos considerábamos aprendices de un oficio en el que ellos habían dado prueba de cierto dominio al elaborar tesis que, en la mayoría de los casos, se habían convertido en libros; libros agotados por aquel entonces y que teníamos que andar sacando de las bibliotecas para leerlos, y para descubrir en ellos el entusiasmo con que los autores habían definido y desarrollado "temas claves" en la historia de la cultura mexicana e hispanoamericana. De esa manera, Gaos nos hacía sentir que íbamos formando parte de una tradición académica que se señalaba por los buenos frutos logrados en un campo que prometía muchos más.

Así, Gaos nos indicaba la posibilidad de que algunas de las cuestiones planteadas en clase podrían desarrollarse con más propiedad estudiando ciertos aspectos de la historia de México; y esto nos animó a cuatro compañeros a pedirle que reabriera en El Colegio su Seminario de Historia de las Ideas, que por aquel entonces funcionaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, como una continuación de lo que allá y en El Colegio había iniciado muchos años antes. (Queríamos que Gaos nos dirigiera la tesis de maestría en historia, pues ya algunos de nuestros compañeros habían elegido tema de tesis en el seminario del doctor Silvio Zavala, en el que colaboraba

la muestra María del Carmen Velázquez). Gaos aceptó, y los jueves por las tardes del primer semestre de 1966 empezamos a trabajar con él en vistas, ya no a un curso o seminario general, sino con la intención de elaborar un trabajo propio, cuyo tema tendría que irse definiendo sobre la experiencia ganada por cada uno de nosotros.

Nadie más consciente que Gaos del valor de la experiencia para quien se dedica a las ciencias humanas, cuyo objeto es, precisamente, esa experiencia; sólo que determinada de una u otra forma, según la ciencia de que se trate. La historiografía la define como "pasado" o como transcurso comprensible y explicable; ejemplar, también, como lo señaló Gaos al narrarnos la historia del seminario del que ya formábamos parte.

En efecto, de las dos horas de seminario, la primera la dedicó a platicarnos lo que había ocurrido desde su fundación; y esto con el fin de que "viéramos cómo había trabajado" y para advertir las posibilidades que su experiencia nos ofrecía y la que nosotros podíamos ofrecer con la nuestra. Así empezó el recuento de sus labores en la historia de la filosofía, cuya investigación se le había impuesto como necesaria para desarrollar su "Filosofía de la Filosofía" —idea y término tomados de Dilthey, pero asumidos como empeño y concepción personal de la Filosofía—. La historia de la filosofía había que emprenderla a través de sus manifestaciones más obvias, es decir, tomando como punto de partida los "textos" o "cuerpos de expresiones verbales" en los que se manifestaban las ideas filosóficas, haciendo el análisis de los mismos, hasta llegar a su comprensión y explicación. Gaos era un historicista que conocía y utilizaba bien la fenomenología (una de sus "prisiones" en el intento de lograr la libertad en el campo de la filosofía, que él había aceptado como morada y destino). En Gaos se aunaban, pues, la perspectiva histórica y el método seguro y útil para el análisis de textos, monumentos y, en fin, de cualquier expresión de ideas que habían de historiarse —había más, pero esto fue lo que consideró entonces necesario traernos para aquel seminario.

Luego nos relató su salida de España, su llegada a México en 1938 y las experiencias, tanto de allá como de acá, que le hicieron tomar la decisión de establecerse en México. En España, la guerra civil y su desempeño como rector de la Universidad de Madrid habían puesto un alto a sus labores de "profesor de filosofía"; en México, la hospitalidad y la comprensión de un grupo selecto de mexicanos apoyados por el gobierno mexicano, abrían a los intelectuales españoles una casa, la Casa de España en México para que continuaran la labor que allá no podían realizar mientras la República triunfaba sobre la rebelión militar, que se había transformado en guerra civil y en anuncio de una conflagración mundial. Venían los intelectuales españoles en plan de permanecer poco tiempo en México: este era el supuesto, pero los hechos fueron haciendo que se dejara de lado, pues los años de 1939 en adelante fueron mostrando que la reconquista republicana de España era imposible. Ni el triunfo de Franco ni los compromisos que las naciones aliadas contrajeron durante y después de la Segunda Guerra Mundial se prestaron para favorecer a la causa republicana. "Pese a

eso —decía Gaos—, muchos de mis compañeros de emigración no han deshecho el equipaje, pues han vivido y viven con la esperanza de volver por su fueros de un día a otro. Y en esto han pasado ya más de veinticinco años (el relato lo hacía en 1966). La intención es digna y merece respeto; pero lo cierto es que han vivido y viven en espera de algo que no ha venido ni vendrá, y esto les ha impedido dedicarse a labores de las que son muy capaces, y en las que realizarían mucho de lo que pueden hacer por los demás y por ellos mismos, pues siempre es frustrante no poder desempeñarse en la profesión que uno ha elegido...” Luego platicaba de cómo, a diferencia de esos compatriotas suyos, él sí había “deshecho el equipaje” al llegar a México, pues a poco menos de tres años de su arribo al país, se había dicho a sí mismo que “aunque las cosas hubieran cambiado en España”, él ya había decidido quedarse en México, país en el que no era un desterrado, sino un “transterrado”, porque había encontrado “una patria de destino”.

Su “empatriación” en México obedeció, más que nada, al hecho de haber encontrado aquí un campo propio para realizar la vocación que había definido desde su “patria de origen”. Había que oírlo platicar cuando recordaba sus primeras experiencias en México.

A poco de su llegada se encontró con que se le acogía y se le comprendía como expositor de filosofía; con un conjunto de personas “formadas” que se allegaron a él, compartiendo intereses, materiales y campos de investigación y de enseñanza. Sobre todo encontró una serie de manifestaciones de la cultura mexicana que incitaban al investigador y al filósofo. Allá en Morelia —donde dio unas conferencias pocos días después de haber arribado a México— encontró en la Biblioteca del Colegio de San Nicolás el ensayo de Miguel Hidalgo sobre el método positivo para el estudio de la Teología, texto que le interesó sobremanera, pero que dejó en manos de un teólogo y

humanista mexicano, pues reconoció que no tenía el dominio de la teología necesario para estudiarlo en forma. Allí mismo encontró también las obras de Nietzsche, glosadas por un médico, que resultó ser nada menos que el maestro de Samuel Ramos, autor de un libro, *El perfil del hombre y la cultura en México*, que le había llamado la atención en España, años antes de que imaginara o pensara venir a México. Las casualidades y ocurrencias de su primeros días en México se fueron afirmando con el trato de Alfonso Reyes, Alfonso Caso, José Vasconcelos (a quien consideraba genial, “pues había intuido y resuelto problemas que la filosofía europea planteaba laboriosamente en las universidades”), entre los mayores; Larroyo, O’Gorman, Justino Fernández, Robles u otros profesores, entre los más jóvenes, que asitían a sus clases y con los que discutía y elaboraba trabajos.

De hecho, su Seminario de Historia de las Ideas ya se había esbozado en los cursos y conferencias de la Facultad de Filosofía y Letras; pero se perfiló claramente cuando Leopoldo Zea, autor de buenos trabajos en aquellos cursos, fue rescatado por Gaos de las labores de empleado en Telégrafos de México, para hacerlo el primer becario de El Colegio de México (institución que sucedió en 1940, a la Casa de España en México) a fin de que se dedicara plenamente al desarrollo del trabajo intelectual.

A partir de la aparición de Zea, Gaos empezó a relatar la aventura intelectual de cada uno de sus discípulos. La idea era aprovechar la necesidad de elaborar una tesis de filosofía en la Universidad para ahondar en la historia del pensamiento mexicano. Zea, con su “espantosa” puntualidad y buen sentido elaboró el primer gran trabajo sobre historia de las ideas en México que Gaos dirigió. El positivismo fue tratado en una obra ambiciosa y señera en ese campo, dividida en dos libros, *El positivismo en México* (1943) y *Apogeo y deca-*



dencia del positivismo en México (1944), que sirvieron a su autor como tesis de maestría y de doctorado, respectivamente.

Ya entonces, al platicarnos eso, Gaos nos hacía ver cómo la unidad de la empresa intelectual debe predominar sobre la división o los límites formales que imponen los *curricula* académicos. Si como intelectuales nos proponemos la resolución de un problema que planteamos, esto no debe obstaculizarse con "finales" de cursos o de "carreras"; al contrario, éstos deben servir como instrumentos, como etapas a la empresa que nos proponemos realizar. Los cursos o las clases deben ceder, a medida que se logra una formación, el paso a los seminarios. Y era un seminario lo que Gaos estaba continuando con nosotros. Por él habían pasado autores de tesis —luego libros—, cuyos accidentes, dificultades y posibilidades nos fue platicando. Recordaré aquí a Monelisa Pérez Marchand, quien después de una larga y cuidadosa investigación en el Archivo General de la Nación desplegó ante Gaos, abrumada ya por la abundancia de material, "dieciséis mil papeletas", fichas de trabajo, que sólo con un buen sentido histórico se encauzaron para definir lo que serían las *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*<sup>4</sup>.

Descubrimiento de textos interesantes, catástrofes ante la "reorganización y cambio" de la Biblioteca Nacional, de los archivos, luchas con los bibliotecarios, definición de temas en procesos ininterrumpidos de trabajo, rechazo de cuartillas elaboradas bajo el dictado de modas intelectuales, todo esto fue pasando ante nosotros cuando Gaos nos exponía, "por el revés", libros de prestigiados y admirados maestros universitarios que habían trabajado con él en el seminario. Todo esto era ejemplar de lo que se podía y debía hacer; también de lo que no se debía hacer ahí donde la experiencia mostraba pasos falsos en la empresa intelectual.

La segunda hora del seminario la dedicó Gaos a darnos una técnica para el manejo e interpretación de textos. Llevó algunos bien conocidos por él, pues o los había utilizado ya en alguna obra, o los había dado a conocer en alguna antología. Los leyó y fue haciendo las operaciones que la interpretación requiere: primero la ubicación del texto, haciendo la crítica de la autenticidad; luego, "un inventario de ideas", es decir, lista de las ideas o conceptos conforme van apareciendo en la lectura, advirtiendo cuáles se repiten, cuáles se desarrollan, cuáles se expresan excepcionalmente, cuáles se sacan en claro bajo expresiones vagas o encubridoras de propósitos que había que tener presentes ya desde la ubicación y primera crítica del texto. Luego jerarquizar o establecer el orden e importancia de las ideas o conceptos advertidos, según su frecuencia y relación en el discurso estudiado.

Tras esas operaciones había que volver sobre los propósitos del autor o autores del texto estudiado; descubrir e interpretar la situación en que se había elaborado, las implicaciones de la actividad de sus autores. Es decir, se trataba no tanto de encontrar ideas, sino más bien de descubrir y comprender a los autores o utilizadores de éstas para enraizar aquellas ideas en un medio histórico que era el que se pretendía explicar.

Eso resultaba bastante fácil al trabajar con textos "ideológicos", es decir con aquellos textos cuyo objeto era precisamente la expresión de conceptos o juicios, como los discursos científicos, filosóficos, políticos, etc. Pero de ahí había que pasar —y lo fuimos haciendo— a textos menos o nada ideológicos, como las meras descripciones, menciones ocasionales de sucesos, estados de ánimo, etc., alejándonos así de la historia de las ideas propiamente dichas, para pasar a la historia de las mentalidades o estratos psico-sociales de distintas épocas, expresados en las más diversas manifestaciones, que podían consistir ya no en textos o "cuerpos de expresiones verbales". Así, había que conocer e interpretar instrumentos técnicos, obras "de arte", construcciones, monumentos de cualquier índole en los que, a veces, habían más ideas que en los textos propiamente dichos.

**G**aos trabajó frente a nosotros con textos y con ejemplares de monumentos que, al no ser "transportables", describía con gran propiedad; pero al mismo tiempo, cuando hacía esto último, nos ponía en guardia frente a lo que de "ideológico" pudiera haber ya en su descripción de monumentos y construcciones.

Primero utilizábamos todos el mismo texto y entregábamos un trabajo de análisis e interpretación, que él criticaba y comparaba con el de los demás y con el que hacía él mismo frente a nosotros. Luego, a medida que nuestros posibles campos de investigación para la tesis de maestría se fueron definiendo, ya en los finales del segundo semestre de 1966, cada uno de nosotros fue seleccionado ciertos materiales que llevábamos al seminario para leerlos y criticarlos entre todos. Paralelamente a esos trabajos sobre documentos históricos, tuvimos que hacer un ensayo bibliográfico sobre los escritos de historia de las ideas y de la cultura en el campo de nuestro especial interés, acotado por épocas o períodos de la historia de México. El resultado de esto se manifestó en escritos de treinta o más cuartillas, algunos con cuadros y comparaciones pretenciosamente "estadísticas", que fueron criticados y, también, echados por tierra al apreciar más detenidamente los escritos listados y agrupados en los distintos renglones que habíamos elegido para desarrollar el trabajo.

Al lado de las labores sobre textos históricos y trabajos historiográficos de México, Gaos logró interesarnos en otras lecturas que nada tenían que ver, aparentemente, con las "calificables" en el seminario, pero no por esto menos relacionadas con la ocupación o interés del mismo. Nos recomendó la lectura de obras ejemplares en la historia de las ideas y de la cultura, entre las cuales señaló algunas que era un verdadero placer leer y que debíamos adoptar como "libros de cabecera". También nos pedía bibliografías o listas de libros que, siguiendo nuestros propios intereses, leíamos "por nuestra cuenta". El trabajo no reñía ni tenía por qué reñir con las actividades de ocio. Había, eso sí, que hacer consciente toda la experiencia que íbamos logrando; así se unificaría la labor, así podríamos, cuando fuera necesario, utilizar esa experiencia en el trabajo formalmente —pero nada más eso, formalmente— definido como académico. (Todavía recuerdo el entusiasmo con que nos comentó alguna novela



que nos veía entre las manos, algún disco o partitura de música. Sin hacer objeto de crítica intelectual estas "distractions" nuestras, señalaba algún paralelo, alguna posibilidad de estudio o de aprecio en la historia).

**P**ara 1967, cada uno de nosotros andaba, si no con un tema definido, si por un campo más o menos acotado que pretendíamos cultivar para cosechar, por lo pronto, una tesis de maestría en historia. Entonces se acabaron las reuniones de los jueves por las tardes y empezaron las sesiones de trabajo individual. Había que fijar, ahora sí, un tema de tesis. La cuestión no era fácil porque ni los materiales que manejábamos ni los asuntos que pretendíamos abordar se ajustaban a los modelos destacados en la historia del seminario y en las lecturas hechas alrededor de éste.

Pero, bien visto, ese hecho había sido y seguía siendo la historia del seminario. Cada tesis había hecho y tenía que hacer su historia particular, y a ésta tenían que irse integrando autor y director. Historia que cada uno de nosotros deberá recordar y contar alguna vez. Por lo pronto, recordaré aquí rasgos generales del curso de nuestros personales trabajos, acudiendo a la experiencia propia y a los comentarios que en más de una ocasión hemos hecho los que trabajamos en nuestras tesis con la dirección de Gaos.

En primer lugar se nos impuso una seguridad en la valoración de lo que hacíamos, pues el Maestro jamás permitió que la sesión individual de trabajo fuera interrumpida o suspendida por algún requisito o llamado para otra cosa. Así, cuando las autoridades del Centro de Estudios Históricos o de El Colegio citaban a una junta de gran importancia a la hora que nos correspondía asistir al seminario, Gaos objetaba y pedía que se cambiara la hora, aduciendo que tenía que ver el trabajo de tesis de algún estudiante. Y si en alguna ocasión, por motivos de salud, preveía que iba a faltar a la hora convenida nos lo avisaba con gran anticipación, dándonos otra hora para discutir lo que en aquella teníamos que llevarle.

Gaos era muy consciente de la dispersión que nos imponían los quehaceres de los cursos que aún llevábamos, de los apuros por los que pasábamos para continuar la tesis y para cumplir con los trabajos "finales" de cada semestre. Pues bien, en esto se mostró como un buen empresario intelectual al hacernos ver lo que para la tesis —ya fuera materialmente o sólo como comparación— podríamos sacar de esos trabajos. Además, durante todo el tiempo que duró aquel seminario de tesis tuvo buen cuidado de percatarse del interés que teníamos cada uno en los distintos cursos y de aprovechar nuestras predilecciones sobre las distintas materias para desarrollarlas en el trabajo de tesis. De esta suerte, algunos de los apuros por trabajos a los finales de semestre se convirtieron en simples etapas del trabajo personal.

A algunos que mostramos siempre inseguridad frente a los logros de nuestras investigaciones y elaboraciones de escritos supo hacernos ver lo positivo. "Mire usted —me dijo cuando le presenté lo que consideraba pobrísimos resultados—, ahí tiene ya la parte central de la tesis, porque con esta documentación y el comentario que me ha hecho ha definido usted una realidad que hay que explicar históricamente; así que, a partir de nuestra próxi-

ma reunión me trae por escrito lo que aquí me ha dicho y lo que se le vaya ocurriendo. Si la investigación y los razonamientos se han realizado con rigor, no hay por qué dejarlos pasar en una conversación..."

Supo muy bien enseñarnos a dominar el pánico frente al papel en blanco, y la decepción y corrección infinitas sobre la primera cuartilla. "Es mejor tener algo escrito para ver qué es lo que falta, sobra o hay que enmendar, que partir una y otra vez de cero ..." —solía decirnos a los más inseguros.

La unidad y la continuidad del campo de investigación fue algo que nos enseñó a percibir y a tratar de lograr en nuestros trabajos. Algunos tuvimos que enfrentar el dilema de elaborar dos tesis al mismo tiempo; pues bien, de lo investigado para una podría salir y beneficiarse la otra, deslindando sobre una investigación distintos temas o puntos de vista. A la postre —así lo ví con claridad, pues tuve que hacer eso— lo realizado para una tesis iluminaba y definía mejor el tema de la otra. La relación entre ambos trabajos era recíproca y se desarrollaba en un campo que se había acotado y asumido como empresa personal y continua.

**H**e tratado de recuperar en este escrito el testimonio de una experiencia, haciendo hacer y decir a Gaos algo que los que trabajábamos con él en sus últimos años consideramos nuestro y muy personal. Pero, si esto es cierto, también lo es que Gaos, previsor como nadie, definió muy bien lo que quería y hacía. Ahora, al terminar estas cuartillas me encuentro con uno de sus tantos libros, *La Filosofía en la Universidad*, donde al discutir las reformas en los planes de estudio en el campo de las humanidades allá por los años en que se inauguró la Ciudad Universitaria, echa mano de su gran experiencia de maestro, para entregar, como proyecto, la posibilidad de una historia como la que nos platicó e hizo compartir en su Seminario de Historia de las Ideas. Y esto, claro, sólo lo pudo hacer porque fue un hombre que supo definir y realizar su vocación como profesión.

## NOTAS

<sup>1</sup> Síntesis de un curso semestral de Teoría de la Historia dado en El Colegio de México, publicado en *Historia Mexicana*, vol. V, núm. 4, abril-junio, 1960, p. 481-508. Puede verse también en: José Gaos, *De antropología e historiografía*. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1967, p. 283-318.

<sup>2</sup> Luis Villoro: "Dos notas sobre José Gasos", *Revista de la Universidad de México*, vol. V, núm. 9, p. 8-9 Emilio Uranga: "José Gaos: personalidad y confesión", *Cuadernos Americanos*, año xxviii, vol clvi, septiembre-octubre, 1969, núm. 5, p. 130-156.

<sup>3</sup> José Gaos *Del hombre (curso de 1965)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1970. 590 p. (Publicaciones de *Diánoia*).

<sup>4</sup> Publicado por El Colegio de México en 1945.

<sup>5</sup> Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, núm. 8, México, UNAM, 1956.



---

---

# OSCAR ZORRILLA

---

---

## Soneto

*Me reduzco al silencio del silencio  
y me dejo llevar por el amado.  
Nada tengo que hacer: enamorado  
acepto la presencia que presencio.*

*Así el misterio cúmplese, en silencio  
se unen Causa y objeto enamorado.  
En reposo percibo ya al amado,  
presencia grata y fina que presencio.*

*Temo entonces con torpes descripciones  
caer en error o conducir a ello,  
pues del dulce sentir las expresiones*

*son vanidad, engaño de lo bello:  
decir y descifrar son ilusiones  
cuando Amor es deleite y gozo dello.*



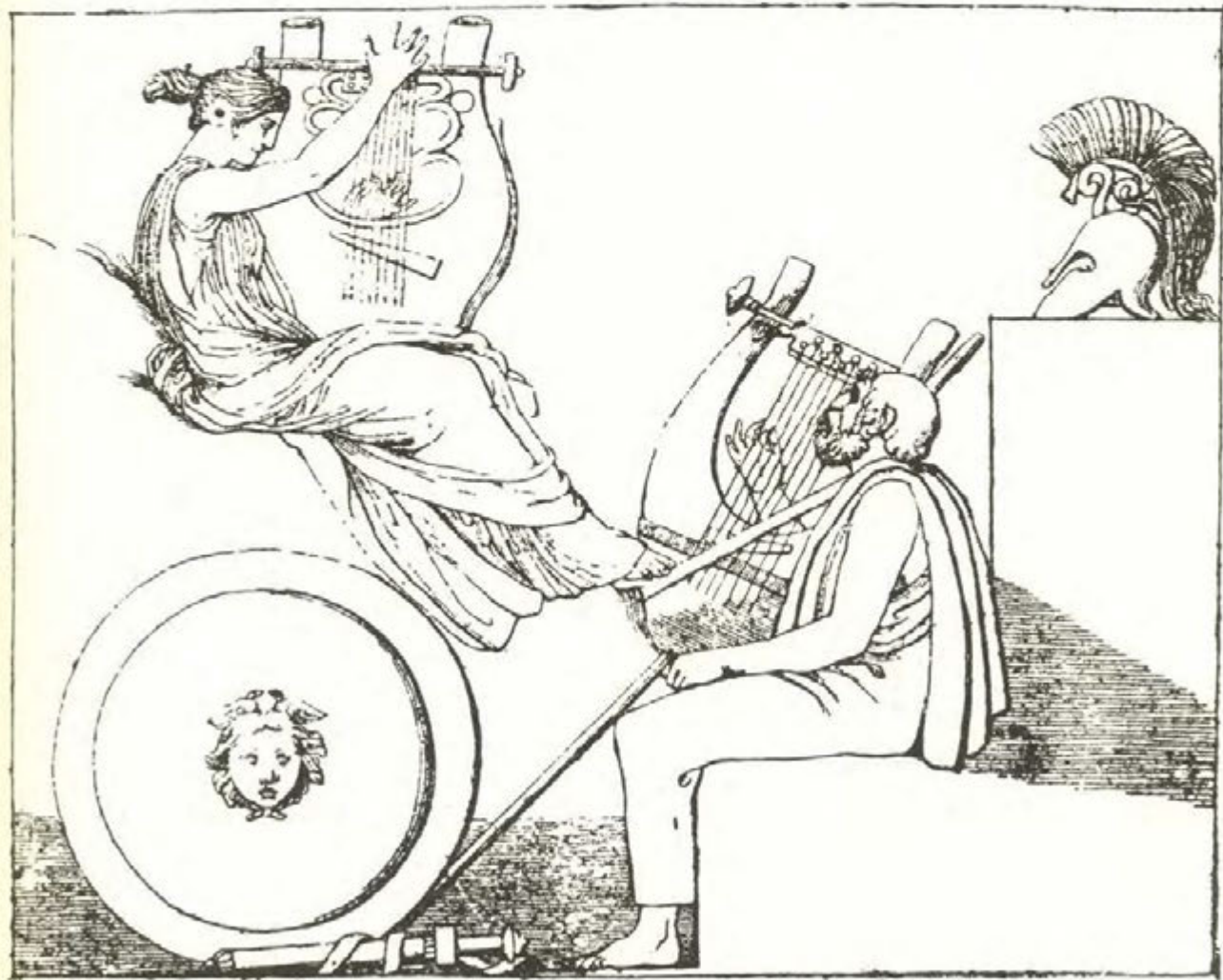
# HOMENAJE A ALFONSO REYES

(1890-1959)

**A** los 20 años de su muerte, la obra del gran polígrafo mexicano no se aprecia todavía con la amplitud y profundidad que merece. La Facultad de Filosofía y Letras organiza para noviembre de este año un "Coloquio Alfonso Reyes", en reconocimiento a la labor que durante mucho tiempo realizó en ella, y a fin de destacar y valorar diversos aspectos de una obra que ocupa ya un lugar de honor en la historia de la cultura mexicana. Mien-

tras tanto, Thesis. Nueva revista de Filosofía y Letras, con la publicación de este trabajo de Ernesto Mejía Sánchez — el más tenaz estudioso de la obra de Reyes y compilador de sus Obras Completas —, quiere dar una llamada de atención sobre la importancia de la obra alfonsina.

*José Antonio Matesanz*



## ERNESTO MEJIA SANCHEZ

### Una antología impersonal de Reyes

**E**n raras ocasiones el devoto de un autor clásico, el erudito especialista según el dictamen corriente, puede ofrecer un volumen tan de su gusto y tan accesible al del público intermedio, que es la inmensa minoría preferida por el poeta, como la actual antología\*. Los editores y el incómodo antólogo han estado, por esta vez, en acuerdo cordial y tácito y ambos anticipadamente confían en que el lector leal también lo esté. En una colección de obras escogidas de la literatura mexicana el nombre de Alfonso Reyes es imprescindible; aun en la nómina más estricta (Nezahualcōyotl, Sor Juana, Ruiz de Alarcón, López Velarde, Octavio Paz), echaría de menos su falta. Estamos, pues, de conformidad con su presencia; es más, de justicia la reclamariamos en cualquier tono. El verdadero problema comienza ahora: ¿qué piezas escoger en una obra "disputada por la calidad y la extensión"?

Porque la obra de Alfonso Reyes es, en verdad, obra vastísima y de óptima calidad dentro de las parcelas en que suele clasificársela y estudiarla. Max Aub, de obra no menor y variada, encuentra hasta "trece Alfonsos Reyes" en una graciosa "Zarzuela" que le dirigió con motivo de su sexta década, 17 de mayo de 1949. *Sale el coro de Maldicientes, en rueda, bailan y cantan con guitarra y vihuela*, y cada uno expresa su miope sentencia:

- |                      |                      |
|----------------------|----------------------|
| - Dicenle humanista. | - Dicenle ensayista. |
| - ¡Qué va!           | - ¡Qué va!           |
| - Es gran poeta      | - Es buen cuentista. |
| - Es gran poeta.     | - Es buen cuentista. |
| - ¡Qué va!           | - ¡Qué va!           |
| - Es gran prosista.  | - Dicenle ensayista. |

Pero nuestro empeño sea más serio y de buena fe, como los que acometía por todos lados el Maestro. Sin rebajarle la calidad en ningún género, sólo prescindiremos del teatro. (*Ifigenia cruel*, *Landrú*, *Egloga de los ciegos*), que siempre ha sido más para visto representado que leído, aunque no ignoramos que su *Ifigenia* es "eje fundamental del humanismo de Reyes: teoría, ejercicio, disciplina, logro moral y artístico, que luego se vierte so-

bre todo su porvenir". Limitándonos, pues, a sus narraciones, ensayos y poemas, escogemos entre ellos los más sencillos, sustantivos y representativos de su ingente labor; y aquí sencillo no quiere decir infantil o campirano y sustantivo sí vale por lo fundamental de sus preocupaciones (patria, cultura, lengua, historia, moral) y representativo por lo más logrado de su estilo.

Cada sección (narraciones, ensayos y poemas) se organiza en el orden cronológico de su redacción o escritura, no en el de su publicación, para que se vea fácilmente el proceso de los temas y su lenguaje. Esta gradación también se pretende en el orden de las tres secciones: es más asequible un cuento que un ensayo y un ensayo más que una poesía, por lo menos teóricamente. De todas maneras, se parte de lo más llevadero, como en el aprendizaje de cualquier cosa, en el entendimiento de que la pedagogía no siempre es sádica y que su fin verdadero es hacer claro y comprensible el camino que parece arduo al principio. Este Alfonso Reyes que pretendemos, un Reyes a la media calle, que hace camino al andar, que nunca es obvio, ligero u ordinario, por ser practicable aun para el no iniciado; es el Reyes que él quiso ser: llano sin ser vulgar, profundo sin ser abstruso.

Las narraciones elegidas son seis y arrancan de 1910, ya con sus dos vertientes: la una muy culta y fantasiosa, la otra muy mexicana, personal y realista; aunque en Reyes, hay que advertirlo a tiempo, estas vertientes no son opuestas sino que, a veces, se entremezclan armónicamente. De las seis narraciones, sólo dos han pasado a las *Obras Completas*, la primera y la tercera, que aparecieron en *El plano oblicuo* (Madrid, 1920) y se escribieron en México antes del viaje a Europa. Para entonces, el narrador ya está hecho; lo prueban las traducciones al inglés, francés, alemán, italiano y portugués que se hicieron de varias piezas de *El plano oblicuo*.

**L**os restos del incendio" (1910) quizá procedan de "La lluvia de fuego" del argentino Leopoldo Lugones (1874-1938), cuento de *Las fuerzas extrañas* (Buenos Aires, 1906). El cuento de Reyes parece continuar el de Lugones en la descripción del incendio. El Calvo, redactor de los "Fragmentos de un manuscrito salvado de la catástrofe" (subtítulo del cuento de Reyes) podría ser el autor-protagonista de la "Evocación de un desencarnado de Gomorra" (subtítulo del cuento de Lugones). Títulos y subtítulos son tan concomitantes, al menos, como los puntos suspensivos de los finales. Si Lugones exorna su texto con un epígrafe de la Escritura (Levítico, XXVI, 19), Reyes comienza el suyo con una cita de Aquiles Tacio (Diálogo de Leucipo y Clitofón, V, 6), que llegó a tener función paradigmática en sus *Obras*

\*Alfonso Reyes, *Antología*. México, Promexa, 1979 ("Clásicos de la Literatura Mexicana", vol. 26).

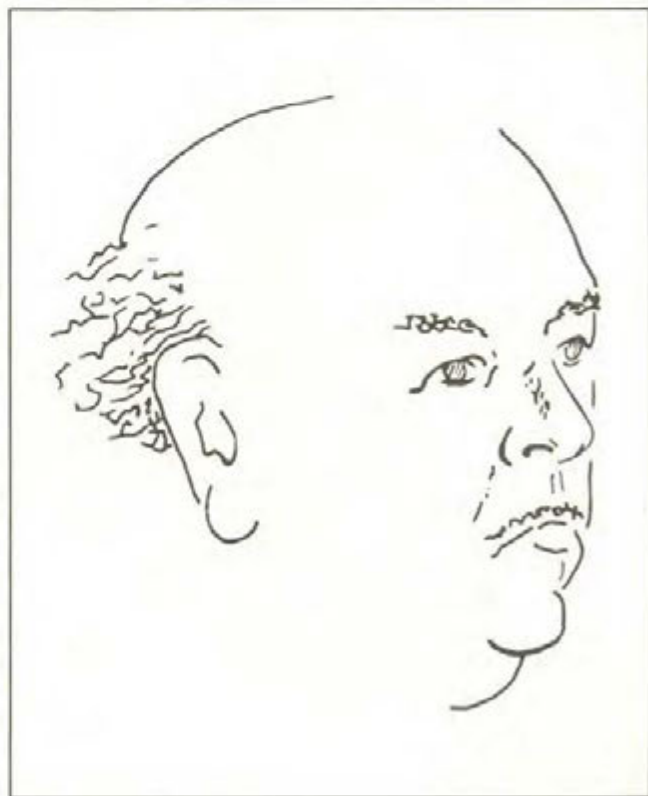
(IX, 193 y XX, 7, 31 y 181). Una frase del propio Reyes de este relato, ya lo hemos dicho en otra ocasión, alcanzó la eficacia premonitoria: "Yo no he estudiado, sino practicado, mis humanidades y mis clásicos. Y venido a ser para mis amigos literatos algo como una peste inevitable y divina".

**2** "Silueta del indio Jesús" (1910) es quizá la tercera pieza narrativa de Reyes; sólo posterior a "Lucha de patronos" (mayo de 1910) y a "Los restos del incendio" (del mismo año). Inicia la narrativa indígena de Reyes en los albores de la Revolución mexicana; anticipa *El testimonio de Juan Peña* (1923) y logra muy tempranamente aquel juicio de Amado Alonso, tan encomiástico del Alfonso Reyes "narrador de lo vivido" y tan bien valorado por James W. Robb y Concha Meléndez. Ambos relatos son, pues, autobiográficos y, naturalmente, mexicanos. La "Silueta" se publicó por primera vez en volumen póstumo: *Vida y ficción* (1970), con otros dos cuentos aquí reunidos: "Entrevista presidencial" y "Cuernavaca".

**3** "La cena" (1912) es el primer cuento de *El plano oblicuo* de 1920; fue traducido al inglés con anterioridad (*Adam*, Londres, julio-agosto de 1917) y al francés posteriormente (*Revue de l'Amérique Latine*, París, abril de 1924). "Es el mejor cuento de Alfonso Reyes según el concepto que hoy tenemos del género... es un cuento suprarrealista de los mejores que conozco", dice la autoridad de Concha Meléndez. Un cuento precursor, en muchos sentidos. Por su parte, Reyes ha insistido en el aspecto *personal*: "es una combinación de recuerdos personales, —dice— anodinos en apariencia, pero que me dejaron un raro sabor de irrealidad... Por esos días, Jesús Acevedo me contó también ciertas impresiones extravagantes de su visita a una familia desconocida. De ahí salió 'La cena', y no solamente de un sueño, como se ha supuesto generalmente... En todo caso, la invención personal tuvo aquí la parte principal..." Enrique Anderson Imbert, por el contrario, al clasificar los cuentos de Reyes "según los modos de usufructuar una herencia narrativa", sitúa "La cena" entre los cuentos que "sin indicar la fuente, utilizan elementos de cuentos conocidos. En 'La cena', el detalle final del protagonista que despierta con una flor en el ojal —flor del jardín soñado—, deriva del detalle de la flor que el protagonista de *The Time Machine* (1895), de H. G. Wells, trae de su viaje al futuro". En este punto cabría agregar la flor paradisiaca de Coleridge en su *Kubla Khan* impreso en 1816 y en otros aspectos temáticos el "Cuento de Pascuas", de Rubén Darío (*Mundial Magazine*, París, diciembre de 1911), que transcurre en una cena de Navidad y cuyo protagonista, bajo el influjo de los vinos y de un comprimido, cae en sueños extraños, oye dar unas horas, ve una rosa milagrosa y asiste a la degollación de María Antonieta. Finalmente, el doctor José Durand nos da la valoración definitiva al afirmar que este cuento de Reyes "abre la llamada nueva narrativa latinoamericana, que madura antes en el cuento que en la novela; es sin duda el primer logro pleno moderno que ofrece al lector varias interpretaciones posibles en una *forma abierta* y maneja con gran efecto el *tiempo circular*".

**4** "El testimonio de Juan Peña" (1923), escrito en Madrid, sólo se imprimió en 1930, en Río de Janeiro, con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano; edición de 250 ejemplares, que el autor recibió con disgusto por los descuidos de la imprenta (*Diario: 1911-1930*, 26 de noviembre). Circuló únicamente entre los amigos; un ejemplar privilegiado ha venido a nuestras manos, con esta dedicatoria: "A Rufino Blanco-Fombona, / lo admira y lo recuerda / Alfonso Reyes / Río de Janeiro 1931 / Laranjeiras 397". Con razón dice Concha Meléndez: "Tuve que esperar años antes que las recientes ediciones de esa narración llegaran a mí. *El testimonio de Juan Peña* se ha reimpresso en *Verdad y mentira* (1950) y en *Quince presencias* (1955)". En cierta ocasión, durante su embajada en la Argentina (julio de 1927 a marzo de 1930), Reyes leyó "El testimonio" en una reunión literaria de Buenos Aires, en la que Amado Alonso se halló presente; tiempo después el gran filólogo confiaba a Concha Meléndez cómo lo conmovió "tanto la hermosura del relato como la voz y entonación del lector". Agregó Alonso: "Es lo más bello que (Reyes) ha escrito". Esta declaración permitió a James W. Robb seguir la pista de las opiniones de Alonso sobre Reyes y formular sus propias conclusiones sobre "Alfonso Reyes, narrador de lo vivido" y seguir "En el camino de Topilejo: con José Vasconcelos y Alfonso Reyes", hasta encontrar los perfiles precisos y peculiares de esos dos grandes de la literatura mexicana.

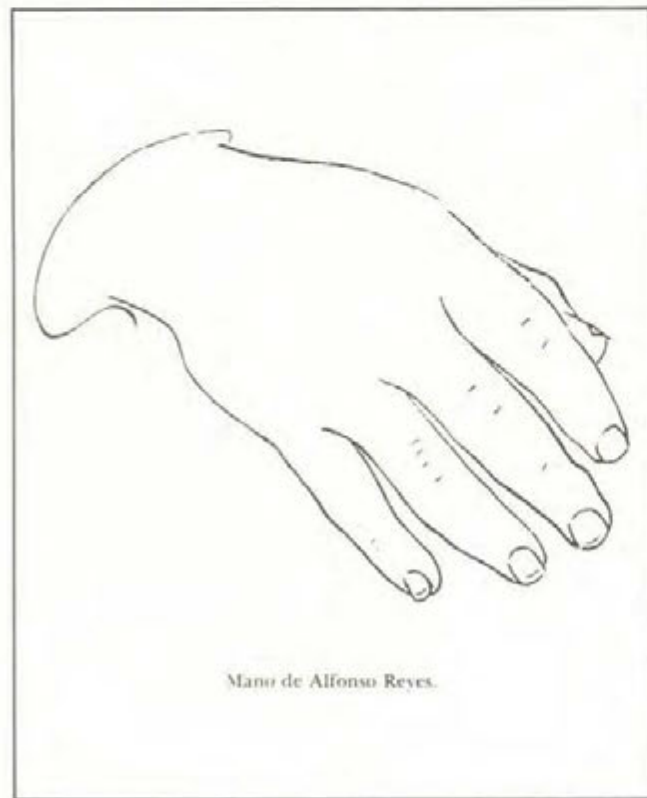
**5** "Entrevista presidencial", sin fecha, pero seguramente escrita al regreso definitivo de Reyes a México, febrero de 1939. Utiliza las experiencias de diplo-



mático en el Palacio del Eliseo (París), la Casa Rosada (Buenos Aires) y el Catete y el Itamaraty (Río de Janeiro) para confrontarlas con las que recibe en el Palacio Nacional de México, de lo más desapacibles que cabe. El espectáculo humano que presenta el patio de Palacio a ojos del recién llegado es incomparable con el de Itamaraty, que Reyes acaba de abandonar. Pero hay que declarar enseguida que la experiencia personal de Reyes está referida en tercera persona y que el protagonista es un François Pellerin, un peregrino de aquellas grandes capitales como lo ha sido Reyes. Pellerin es un franco-mexicano, que habla español por herencia materna, estudiado en Tolosa y París y asistente a los cursos primaverales del Instituto Francés de Madrid, con fama de ensayista enciclopédico menor, es enviado a México por la Asociación de Universidades para establecer cátedras de literatura francesa. Hay, como se ve, simpatías y diferencias entre el embajador Reyes y el profesor Pellerin; pero por dentro más que se asemejan; se identifican en la visión contrastada del país. "¿Sería éste el México auténtico, el México de fondo que él había estudiado en los libros de su infancia y había conocido por las reliquias de su familia? ¿O sería esto una momentánea torsión creada por los sacudimientos políticos y las pasajeras refracciones sociales?" Los temas de la cortesía y de la muerte en la sociedad mexicana son inquiridos por François Pellerin con el mismo calor y templanza con que Reyes lo hacía en sus ensayos. Sobre la muerte mexicana François Pellerin se atreve con aseveraciones y preguntas que sólo un nacional, un compatriota que ha meditado mucho sobre ella, lo haría. En fin, las últimas interrogaciones de Pellerin

son contestadas por el propio Reyes, por ejemplo: "Además, este pensamiento de la muerte ¿es característico de México según se pretende? ¿Y España, donde un escritor mexicano, precisamente, reparó en que los entierros eran la verdadera 'fiesta nacional' del pueblo madrileño?" Pues véase "La fiesta nacional" de Reyes, en sus *Cartones de Madrid* (México, 1917), donde se hallará la respuesta en el paralelo español.

**G**"Cuernavaca" tampoco tiene fecha en el manuscrito, pero no puede ser anterior a marzo de 1944, pues sólo entonces pasó Reyes una temporada en la ciudad, reposo médico aconsejado por el primer infarto del día 4. Allí, al lado de su amigo Enrique Díez Canedo, se repuso rápidamente y pudo hacer las primeras observaciones directas sobre el terreno, aunque no se trataba de un conocimiento inicial, pues uno de los sitios que atrajeron a José Dorantes, *alter ego* de Reyes en este relato, a su regreso a México, "fue Cuernavaca, a unos setenta y cinco kilómetros de la capital. Viaje cómodo y cómoda estancia. Buena carretera que, antes de trasponer el Ajusco, deja ver el panorama de México y Xochimilco, el valle y el espejo de los lagos... amenidad de la excursión". Es decir que Reyes había ya visitado la ciudad por descansos dominicales o en fines de semana o de tránsito a Acapulco —tránsito obligatorio entonces— como en enero de 1940. Esa primera temporada de 1944 se deja sentir en la fruición del relato: sorpresas del descubrimiento provinciano y cosmopolita, a la vez; vida menuda y de gran mundo, al par. Placeres de la mesa y del paisaje descritos con delectación morosa y "la farmacia, que a lo mejor posee artículos ya imposibles en México, por la dificultad de la guerra", nos indican el interés del paciente y el momento internacional anterior al 1945. Otra frase del relato comprueba que la estadía es más o menos permanente: "Siempre igual y siempre cambiante, el drama del amanecer y el anochecer vale por sí solo, visto desde aquel aéreo balcón, la estancia en Cuernavaca". Aunque el relato está referido en tercera persona es autobiográfico de Reyes y muy característico de su personal estilo, en que mezcla en un plano continuo la propia experiencia y la memoria literaria. Los años y compañeros de la Escuela Nacional Preparatoria, los escritores y artistas del modernismo mexicano, los ateneístas de la generación del Centenario de la Independencia y hasta "cierto testimonio del indio Juan Peña", que Reyes bien se sabía. José Dorantes, como Reyes, "habitado a viajar por necesidad y por afición", regresó al país tras varios lustros de ausencia, y cantaba con naturalidad "La Noisille", "Au près de ma blonde" y "Brave marin", lo que insinúa cierta familiaridad parisina, pero también recordaba alguna máxima que oyó al canciller Carlos Saavedra Lamas en Buenos Aires, detalle que lo identifica como diplomático mexicano ante la Casa Rosada. La literatura española, mexicana y francesa discurre fácilmente en su mente: Lope, San Juan de la Cruz, Darío, Juan Ramón, Nervo, Gamboa, Mallarmé y Colette. Cuerpo y alma de Reyes.



Mano de Alfonso Reyes.

Los ensayos de Alfonso Reyes ganaron muy prontamente la atención de propios y extraños. Y aunque fue poeta precoz —todo gran escritor es poeta nato— prefirió

aparecer como prosista en el libro impreso. Lo explicó cabalmente a Rubén Darío, en esta manera: "No he publicado más que las *Cuestiones estéticas*, que usted conoce, por mucho que mi primera dedicación fueron los versos. Sé que en *nuestra América* hay riesgo en publicar prosa antes que verso, pues la mayoría de los poetas se refugian, tras este accidente insignificante, para declarar que no es uno temperamentalmente poeta. Sin embargo he preferido hacerlo así, por el sencillo motivo de que sentí mi prosa más madura ya que mi verso" (México, 19 de noviembre de 1911).

Esas primigenias *Cuestiones estéticas* del ensayista se publicaron en París (1911), con prólogo de Francisco García Calderón, espaldarazo no solicitado, además de entusiasta y profético. "Este es un prólogo espontáneo —dice García Calderón en su primer párrafo—, el anuncio de una hermosa epifanía. No me lo ha pedido el autor al confiarme la publicación de su libro: me obliga a escribirlo una simpatía imperiosa". Arturo Farinelli (1867-1948) y Emile Boutroux (1845-1921) le escribieron al recibir el libro invitándolo a compartir sus añejas sabidurías. Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) lo felicitó por los ensayos sobre Góngora y Diego de San Pedro y Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) leyó esas mismas páginas con atención, aunque enfermo, pero ya no pudo comunicárselo.

Como tema de sus estudios, los ensayos de Alfonso Reyes han ocupado principal interés entre los latinoamericanos Medardo Vitier (*Del ensayo americano*) en 1945 y José Luis Martínez en 1952. Martínez estableció un fino cedazo clasificador de diez apartados que luego aplicó al conjunto del material estudiado en *El ensayo mexicano moderno* (1958). A Manuel Olguín debemos un *Alfonso Reyes, ensayista* (1956), donde parcela en cuatro grandes etapas la producción de Reyes dentro de este género y apunta los temas reiterados o persistentes en cada una de las etapas. Finalmente, el norteamericano James W. Robb, en *El estilo de Alfonso Reyes* (1966) quiere "estudiar las características más sobresalientes del estilo artístico de Alfonso Reyes, manifiestas en la totalidad de su obra literaria pero que se revelan más sorprendentemente —a nuestro juicio— en su prosa ensayística". Nuestra selección atiende las sugerencias de todos ellos, pero enfatiza en el carácter nacional y personal, tanto en el tema como en el tono, y pretende que los ensayos elegidos no tengan dificultades para la inmensa mayoría, sin por eso desechar la primordial calidad, que es la muestra de los gustos.

El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX" fue una conferencia con la que Reyes representó al Ateneo de la Juventud ante el Concurso Científico y Artístico del Centenario de la Independencia (1910). "La conferencia —escribió el propio Reyes— se publicó en folleto aparte (Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1911); y por cierto quedó incompleta. En una nota final ofrecí que la redondearía más tarde. Nunca lo hice. Algunas páginas de este folleto, por ahora olvidado y aun entiendo que superado por la crítica posterior (Torres Bodet, Carmen Millán), pasarían a la *Visión de Anáhuac*..."; desde luego no lo olvidó Reyes, pues lo incluyó

en el Vol. I de sus *Obras Completas* (1955) tal cual había salido de su pluma en 1910, aunque "varias veces intenté rehacer este ensayo", reconoció en esa ocasión.

"Visión de Anáhuac (1519)" fue escrita en Madrid, 1915; fue publicada por D. Joaquín García Monge en su colección "El Convivio" (San José, Costa Rica, 1917), a quien Reyes escribió lo siguiente, al remitirle el original: "Esto le envío, correspondiendo a su amable invitación, para que le dé hospitalidad en su preciosa colección... A esto le he puesto un nombre absurdo: *Mil quinientos diez y nueve*. Si le parece malo, puede usted poner este otro: *Visión de Anáhuac (1519)*", que fue el título que aprobó el editor. Debió aparecer a principios del año 1917, ya que el 20 de marzo Reyes recibió carta de recibo de Raymond Foulché-Delbosq, en que le hacía una observación que el autor acogió sobre la conveniencia de eliminar fuentes modernas en una obra evocadora del siglo XVI. En efecto, ya en la segunda edición (Madrid, 1923) fueron suprimidos los nombres de Fueter y Hörschelmann; del mismo modo, "Una errata. Una sola, pero lamentable, (que) se nos ha escapado en esta entrega", decía el primer editor García Monge, "descubrir" por "describir", fue admitida graciosamente por Reyes para todas las ediciones sucesivas. Sin embargo, conocemos algún ejemplar autografiado en que la errata fue salvada de puño y letra, es decir que entre 1917 y 1923 la voluntad de Reyes estuvo alguna vez suspensa, bambolean-te, entre el recto sentido y la casualidad, entre la razón y lo fatal. No es la única vez en que Reyes, mártir de los yerrores de la imprenta, acepta de buen grado la intervención creadora de la errata en su propia obra; ha contado éste y



otros casos en *La experiencia literaria* (1942). Todo esto quiere significar que Reyes en su obra más divulgada en español y más traducida a lenguas extranjeras, la más celebrada y por muchos tenida por el superior de su género, no desperdició ni siquiera el azar, menos el estudio y el conocimiento, a la hora de construir o de mejorar su *Visión de Anáhuac*. Aprovechó al principio varias páginas de "El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX" entre ellas aquella que contiene el famoso epigrafe: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire", que ha originado homenajes y polémicas y hasta el título de la primera novela de Carlos Fuentes. Las fuentes indígenas y españolas se mezclan y destilan con otras europeas y criollas, mestizas y ya mexicanas del siglo XIX; las citas y reminiscencias, desde la suya propia, a la cabeza del primer capítulo, hasta el *Cantar de Cantares*: del "polvo, sudor y hierro" a *le dard empoisonné du sauvage*; que no hace falta identificar ni traducir porque están íntimamente integradas al texto; todo construido con la precisión, armonía y movimiento de un organismo vivo.

3 "México en una nuez" fue escrito en septiembre de 1930, entre México y Río de Janeiro, y leído en Buenos Aires, en el Teatro Cine Rivadavia, durante un festival de Amigos de la República Española el 3 de noviembre de 1937. Se publicó en *Norte y sur* (México, 1944) y luego en las *Obras Completas*, vol. IX. Es una de las piezas más celebradas de Reyes por su sencillez, concisión y valentía. Entre un cardumen de hechos históricos que han provocado las más encontradas interpretaciones planta Reyes la suya, plena de generosa y gallarda serenidad. Esta apretada síntesis de la historia de México dio en su hora la nota de severo optimismo que necesitaba el país. Nada de elogios fáciles o halagos al régimen que patrocina su misión diplomática; la dignidad de la palabra trata de hacer justicia sin ruido y ni siquiera en los reproches al pasado inmediato, el vivido por él mismo en circunstancias trágicas, tienen sabor de acrimonia. Un fuerte arroyo patriótico pule las "simpatías y diferencias".

4 "Jacob o idea de la poesía", breve ensayo escrito en 1933, durante la residencia diplomática en Río de Janeiro. No es ni lo pretende el *arte poética* de Reyes, acometido otras veces aunque de manera fragmentaria, como en *Ancorajes* (México, 1951), piezas emparentadas con la presente y de fecha muy cercana, Río de Janeiro, 1934; pero contiene reflexiones muy suyas, al punto de hacerla un ensayo típico de Reyes. Ya en 1925, en París, Reyes había imaginado el ejercicio de la poesía como el "combate de Jacob con el ángel", soneto titulado "Jacob", que se encontrará en la selección poética de este volumen; fue publicado en *La vega y el soto* (México, 1946) y después en la *Constancia poética (Obras Completas)*, vol. X). Además del epigrafe de la Escritura (Génesis, XXXIII, 24-28) debió influir en el ánimo de Reyes la pintura de Eugène Delacroix (1798-1863), "La lucha de Jacob con el ángel", en Saint-Sulpice, Capilla de los Santos Angeles, inaugurada el 21 de junio de 1861 y celebrada por Ch. Baudelaire en sus *Curiosités esthétiques* (1868). Aquella conversación de Mallarmé y Degàs, sobre "los versos (que) no se hacen con ideas, sino con pa-

labras" figura también en *Ancorajes*, "Compás poético", núm. 5, páginas fechadas en Río de Janeiro, noviembre de 1930. Reiteraciones, círculos concéntricos como los de la piedra en el agua, dibujan los aspectos persistentes de Reyes.

5 "El vendedor de felicidad" está fechado en México, mayo de 1943. Divulgado en la prensa periódica por la Cadena "Anta", pasó al volumen de *Los trabajos y los días* (1945) y de ahí a las *Obras Completas*, vol. IX. En el ejemplar personal de *Los trabajos y los días* tiene numerosas tachaduras, correcciones y perfeccionamientos de mano de Reyes, que fueron aprovechadas en un plieguito en que lo reimprimió como felicitación de año nuevo en 1953. Todavía el año 1959, fecha de la muerte de Reyes, al pasar a las *Obras Completas* tiene nuevas variantes y vueltas a la primera lectura. Todo indica el cuidado o predilección que el autor tenía por su criatura, criatura de lo más peculiar de Reyes, que anda entre dos aguas, que parece cuento y ensayo a la vez, como que participa en gran medida de ambos. Cuando los géneros no se han delimitado voluntariamente, surgen estos especímenes curiosos, indecisos, que no admiten etiqueta fija. "El vendedor de felicidad" es realmente un apólogo, que tiene sus raíces en las más viejas literaturas y se viste a la moderna. La ciudad donde ocurren los hechos es ciudad que procede del mundo literario, irreal, y por mayor irrealidad el texto entre comillas no coincide con el del verso de Darío que Reyes quiso citar. El comienzo de "La hembra del pavo real" parece recordado entre sueños:

En Ecbatana fue una vez...  
O más bien creo que en Bagdad...  
Era en una rara ciudad,  
bien Samarcanda, o quizá Fez.

"Fue en alguna extraña ciudad", escribió Reyes. Y, por otra parte, la anécdota de Santiago Rusiñol, se presenta como extraída de la vida real, con toda la vivacidad del suceso conocido oralmente y que ya ha sido contado y escuchado muchas veces.\* Ese contrapunto oscilante ayuda a crear la sensación de irrealidad y la actitud aleccionadora del protagonista se diluye gratuitamente.

6 "De cómo Grecia construyó al hombre" comenzó siendo una reseña bibliográfica de los dos primeros libros de la *Paideia* de Werner Jaeger (1888-1961), traducidos por Joaquín Xirau y publicados por el Fondo de Cultura Económica en 1942; así apareció en *Noticiero Bibliográfico* de la editorial en agosto del mismo año. En diciembre del siguiente Reyes la corrigió y amplió, hasta darle la forma en que hoy la conocemos, la de un verdadero ensayo de divulgación, de la misma índole de tantos otros ensayos sobre la civilización griega que escribió a su regreso a México, entre 1939 y 1959. La versión definitiva, fechada en 1943, se publicó en la revista *Educación Nacional*, febrero de 1944. Pasó después a *Junta de sombras* (1949) y a las *Obras Completas*, vol. XVII. Es un ensayo bien representativo de la tarea que Reyes cumplió en los

\*Recientemente, Barcelona, 15 de mayo de 1979, Juan Ramón Masoliver y José Agustín Goytisolo me han confirmado el carácter real y oral de la anécdota.

últimos años; siguiendo autores y obras de gran autoridad, exponía con naturalidad lo ajeno y lo suyo; los recuerdos personales, como el de la visita a Jaeger "en su casa de Watertown y en su celda universitaria de Harvard" y la interpretación más rigurosa.

7 "Cartilla moral", aunque escrita en 1944, al iniciarse la campaña de alfabetización promovida por D. Jaime Torres Bodet, sólo fue impresa por cuenta del autor en el "Archivo de Alfonso Reyes", serie C (Residuos), núm. 1, 1952. El Instituto Nacional Indigenista hizo una edición popular en 1959; al agotarse esta edición, Manuelita Reyes hizo otra, también para distribución gratuita, en 1962. No se nos alcanza el porqué no fueron utilizadas estas páginas en su momento; de todos modos, una institución oficial reparó el desvío o desatención años más tarde. Es una pieza didáctica, de fácil acceso, que tanto vale al niño como al hombre maduro. Reyes siempre estuvo dispuesto a prestar el concurso de su pluma para el desarrollo cívico, siempre que no le impusieran intereses de bandería. Es buena esta ocasión para darle más lectores atentos, como lo merece el texto por su palabra y por su doctrina.

8 "Mi idea de la historia" fue redactada para el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, Monterrey, septiembre de 1949, e impresa en la misma ciudad, en edición limitada de 100 ejemplares, el mes siguiente. Reyes la reimprimió en la segunda serie de sus *Marginalia* (1954) y ahí declaró el lugar y fecha de redacción: Tecolotla, 6 de agosto de 1949, lugar y tiempo ideales para la concentración intelectual. "Se aprovecharon algunas páginas ya publicadas en *Los trabajos y los días*", reconoce el propio Reyes; ellas son las correspondientes a "la falacia apatética de la historia" (Toynbee), los párrafos referentes a fray Jerónimo de San José y su *Genio de la historia*, una cita de Menéndez Pelayo y la página inmediata, que proceden del ensayo "Sobre el escepticismo histórico". El pasaje sobre el "ifismo" (el *if* inglés condicional) se extrae del ensayo sobre "El héroe y la historia", también de *Los trabajos y los días*. Otras páginas posteriores tuvieron origen en la presente pieza: "El relativismo histórico" (*Las burlas veras*, I, 1957). Vale señalar que "Mi idea de la historia" está precedida en la obra de Reyes por el ensayo "Sobre el sistema histórico de Toynbee" (agosto de 1948) y otras "Notas a Toynbee", un poco anteriores, en las que Reyes se complace en encontrar coincidencias, anticipaciones y divergencias suyas con respecto del inglés (*Sirtes*, 1949); sin pretender la originalidad de un sistema histórico en favor de Reyes, llamamos la atención de los especialistas en este punto, como lo hizo el doctor Juan A. Ortega y Medina en su conferencia sobre "El sentido de la historia en Alfonso Reyes" (15 de junio de 1960, Facultad de Filosofía y Letras).

9 "Nuestra lengua" es uno de los últimos ensayos salidos de la pluma de Reyes. No sabemos la fecha exacta de su redacción, pero la inferimos por la nota preliminar del folleto impreso en 1959 que se refiere a hechos de no hace mucho tiempo: "El ilustre escritor don Alfonso Reyes... ha tenido la deferencia de enviar al Se-

cretario de Educación Pública unas páginas sobre nuestro idioma... Al imprimirlas y repartirlas gratuitamente entre los escolares, la Secretaría de Educación expresa su agradecimiento a don Alfonso Reyes por el patriótico deseo de contribuir a la educación nacional..."; a mayor abundamiento, el propio Reyes incluyó en último término "Nuestra lengua" en su libro *Al yunque*, aparecido póstumamente en 1960 y con la indicación cronológica de su contenido: 1944-1958. Figura ahí como segundo (y último) de los apéndices y al lado de "El drama y la epopeya", que está fechado el 13 de noviembre de 1958; es riesgo mínimo datar "Nuestra lengua" entre noviembre y diciembre del mismo año. No dormía el filólogo que Reyes llevaba dentro; una racha lingüística se hace visible en sus escritos de la década del cincuenta: "Reflexiones elementales sobre la lengua" (1952), que figura en la segunda serie de las *Marginalia* (1954); "La pareja sustantiva" (*Idem*); "Discurso académico sobre el lenguaje", pronunciado el 17 de mayo de 1957, al tomar posesión de la Dirección de la Academia Mexicana de la Lengua (*Al yunque*, 1960); "El analfabetismo" (1958), en *Las burlas veras*, II (1959); y esta "Nuestra lengua" escrita especialmente con fines didácticos y que fue aprovechada de inmediato. Debió darle mucho gusto a Reyes el impreso pobretón pero numeroso y bien intencionado; no se desdijo de él, antes lo incorporó en *Al yunque*, la continuación esperada de *El deslinde*, que fue la rúbrica final de su obra.

La poesía de Reyes siempre ha sido motivo de discusión apasionada. Hay quienes la desconocen, hay quienes la soslayan, alabando o reconociendo otros aspectos de su obra; hay quienes la estiman como cosa menor y quienes le han dedicado ensayos entusiasmados y libros de razón. Entre poetas y eruditos anda el juego o el equivoco, porque los primeros al encontrarse profetizados o corroborados en ella le han conferido los máximos galardones; los eruditos, al encontrar materia culta en sus entrañas, la consagran como el milagro de su profesión. En fin, que la poesía de Reyes ha caído en el bando elitista de las letras, en el del sumo buen gusto y en el del engreimiento cultural. En un tiempo las recitadoras, que fueron plaga, popularizaron la "Glosa de mi tierra", la "amapolita morada / del valle donde nací"; pero no se ganó mucho con eso ni Reyes ganó nada. La verdadera popularidad, la legítima, procede del conocimiento íntimo de la lectura de unos pocos, que después imponen el gusto en las antologías y las historias de la literatura. Para esto se necesita no sólo una producción regular y ascendente, sino también una publicación constante y adecuada; a Reyes, según nuestro modo de ver, le faltó lo último en modo flagrante y aun con su propia complicidad.

Ya vimos aquí, en el fragmento citado de una carta de Reyes a Darío, que Reyes fue muy consciente al publicar en primer término un libro de ensayos que uno de versos, porque sentía su prosa ya más madura. Y corrió el riesgo deliberado de que se le pusiera la etiqueta de prosista, cuando en tierra de poetas (y generales) lo urgente es demostrarse *temperamentalmente poeta* (o general). "Yo no tengo la culpa —continuaba Reyes en esa carta, a manera de excusa— de mis naturales ritmos de desarrollo, ni pre-

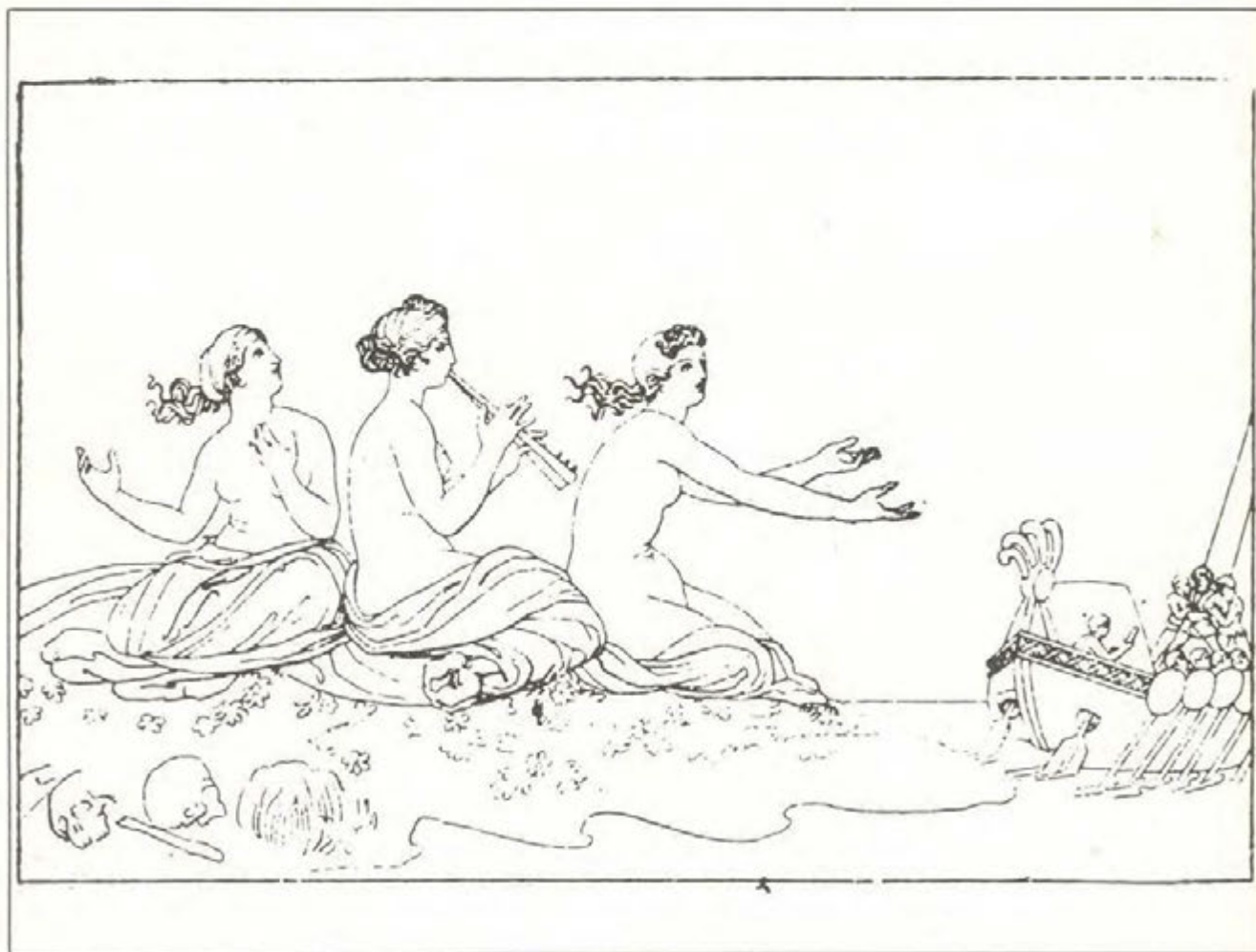


tendo dar a estos fenómenos más importancia de la que tienen. Respecto a si soy o no soy poeta, temperamentalmente, me parece que aún es prematuro que yo mismo quiera decirlo". Sin embargo, el jovencito de 16 años publicó primero versos, tres sonetos titulados "Duda" en *El Espectador* de Monterrey, 18 de noviembre de 1905, "y luego —cuenta Reyes— los reprodujo en México el diario *La Patria*, el que dirigía don Ireneo Paz, el abuelo de Octavio". Y desde luego no eran los primeros versos que escribía, sino sus primeros versos "públicos", los que veían la luz entonces.

Y sigue escribiendo versos y aun publicándolos en periódicos y revistas —como los que le solicitó Darío para *Mundial Magazine*— y... el poeta precoz se convierte en conferenciante y ensayista maduro en menos de tres años. La historia de sus libros poéticos no es menos desconcertante: al fin decide juntar y seleccionar su producción que va de 1906 a 1919 con el título modestísimo de *Huellas*. Viviendo en Madrid y teniendo allí editoriales e imprentas a la mano, prefiere que el libro salga en México (1922), lleno de erratas, por mejor seña. Mientras la prosa sigue abriéndose camino (periodismo, filología, traducciones) la poesía ocultada como adrede reaparece en ediciones de corto tiraje para las manos de los amigos.

Federico de Onís, en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (Madrid, 1934), incluye dos piezas aparecidas en *Pausa* (París, 1926), pero que ya estaban en *Huellas*: "La amenaza de la flor" y "Glosa de mi tierra". La Guerra Civil española la destierra de España y el Servicio diplomático la aleja de México; no tiene, pues, campo fijo ni propicio, hasta que juntos los ánimos dispersos se reúnen en una empresa común: *Laurel, antología de la poesía moderna en lengua española* (México, 1941), en que Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil-Albert y Octavio Paz, dan a la poesía de Reyes el sitio justo y el ámbito apropiado. Reyes figura allí entre los grandes, desde Unamuno y Darío hasta Juan Ramón Jiménez y César Vallejo, y con un número de poesías no inferior al de ninguno.

Quizá este reconocimiento hizo que Reyes volviera con optimismo a su obra poética dispersa entre los años de 1916 y 1943. La tituló *La vega y el soto*, al amparo de un epígrafe del Ldo. Tomé de Burguillos (Lope de Vega). Parcelada en cuatro secciones, sale a pública luz en 1946; pero más bien parece edición privada o particular, porque la Editora Central, que sella el pie de imprenta, no se sabe cuándo apareció o desapareció, lo que significa que la distribución del libro quedó confiada a la





discreción del autor. Caso contrario es el de la *Obra poética* publicada por el Fondo de Cultura Económica, como volumen primero de la serie "Letras Mexicanas", por más honor (México, 1952) y el de la *Constancia poética*, vol. X de las *Obras Completas* (1959). El lector más avezado tiene en ellas la suma total de una obra "disputada por la calidad y la extensión". Lector excepcional lo ha sido Conchita Meléndez en sus *Moradas de poesía en Alfonso Reyes* (San Juan de Puerto Rico, 1973), en los últimos años.

Nuestra selección de poesías de Alfonso Reyes se basa en la *Constancia poética* que Reyes dejó el propio año de su muerte, con ciertos ajustes en pro de la cronología de las piezas, que ofrecen así un camino más terso, paralelo al desarrollo emocional y lingüístico del autor. La poesía "natural y refinada" de Reyes, que dijo Eduardo Carranza, alcanza el singular acento a que estaba destinada, ya sin el estorbo de las prisas de la existencia, independiente ya de la sonrisa o el entrecejo de la persona que la produjo. Como el dios del célebre soneto anónimo, la poesía de Reyes es digna de quererle tan sólo por ser quien es, sin premio del autor ni temor al crítico.

¿Y quién o qué es y cómo es esta poesía? Preguntas difíciles para responder en pocas y aun en muchas pala-

bras, pero el que no se las hace no pasa la mar o ni siquiera oír el rumor de las olas. Poesía precoz, postergada o postrera, dibuja un amplio arcoiris de temas y tonos riquísimos, desde la cerrada intimidad hasta la objetiva entrega al paisaje, pasando por el concentrado fruto dramático. Criada en contacto con los clásicos, el simbolismo y el modernismo, pronto abrevó en la poesía popular de México y España, aprovechó los atrevimientos de la vanguardia europea, contando con el experimentado laboratorio personal que mezcló y destiló esencias universales en frascos imprevisibles. Verso libre o tradicional, con quiebros repentinos, ritmos y acentuaciones oscilantes, su música se ofrece bien encarnada en armonioso y compacto caudal verbal, consiguiendo aquella apetecible utopía del equilibrio de fondo y forma. La poesía de Reyes desborda del tomo X de sus *Obras Completas* y anega los veintitantos restantes, invadiendo, inundando cuentos, ensayos, teatro, discursos, memorias, tratados, anécdotas y traducciones con el seguro acierto de quien supo fundir alma, lengua y pluma en un objeto de rara e intensa rotundidad. Esta antología impersonal de Reyes, quiere hacer patente esa virtud, al menos esto ha pretendido un "amigo queridísimo y gran compañero de labores".

---

---

**LUIS ELÍO**

---

---

**Soledad de ausencia.  
Entre las sombras  
de la muerte. España, 1936  
(fragmentos)**

**L**os textos que a continuación presentamos son parte de una obra difícil de calificar, pero que básicamente constituye el testimonio de una experiencia personal insólita: la de un hombre que permaneció escondido durante los tres años de la guerra civil española, en un desván, completamente solo.

Luis Elío, nacido en 1896 en Tarragona, España, y muerto en México en 1968, escribe para explicar, fundamentalmente para *explicitarse*, la destrucción de su mundo.

De familia aristocrática, carlista, con gran abolengo en la historia de España, Elío vive rebelándose contra la tradición familiar. Llega a ser Juez Municipal de Pamplona y primer Presidente de los Jurados Mixtos de Navarra, que inician, en esta provincia, un intento por armonizar los intereses entre obreros y patronos.

Aprehendido en Pamplona el día mismo que estalla la rebelión militar —la capital navarra era centro de operaciones del Gral. Emilio Mola, principal organizador de la conspiración—, y a punto de ser fusilado, logra huir y

encuentra refugio y cárcel en la casa de un falangista, que paga así antiguos favores. Contra Elío pesaba la acusación de ser partidario de la República española. En aquellos momentos, y sobre todo en Navarra, eso era más que suficiente para ser liquidado sin mayores averiguaciones.

Terminada a principios de 1965, en *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. (España, 1936)*, —que próximamente publicará en su totalidad la Facultad de Filosofía y Letras— Elío revela lenta y doloridamente la herida que lo marcó para el resto de su vida. Relato de su aventura, recreación de sensaciones provocadas por el encierro, reflexión sobre el acontecer histórico español, justificación personal, lamento por la tragedia que se abatía sobre sí mismo y sobre España, desahogo de una carga de rencores contenidos por muchos años, este texto está presidido por un ¿por qué? que no encuentra respuesta, y que nos cuestiona y compromete a todos.

Francisco Noriega - José Antonio Matesanz



**M**i mente es un caos; no hay en ella una cronología de recuerdos, un ver de mis ideas que se suceden veloces, como relámpagos, sin dejar una cauda de luz, que me ilumine, que pueda retenerla en mí. No hay fornicio ni coyunda que las haga concebir, engendrar un pensamiento capaz de llevarme a la realidad, al razonar, al camino por donde debo de ir; que sea la premisa necesaria para poder actuar. Todo está entremezclado, confundido, apellucado, formando un entresijo imposible de desenredar. Hago lo que puedo, con un esfuerzo inútil que me agota.

Por eso escribo, por eso intento escribir, para lanzar a mis ideas el anzuelo de la palabra que la atrape. Bien sé que la palabra en sí, como expresión, es ya pensamiento, pero también conozco el valor de las palabras mágicas, de las que por sí solas, sin la fuerza o el prestigio de un pensar, deshacen o crean. Estas son las que yo busco. Existe lo inefable, lo que no se puede o no se sabe decir, sin indicar con ello que no haya un pensamiento en formación que está en espera de la palabra que lo nutra y lo lleve a luz. Esa magia de la palabra que llega a transformarse en pensamiento, yo sé que existe, que está guardada, escondida entre las páginas de la historia. El pueblo hebreo la aplicaba. Muchas veces no podía explicar su pensamiento, siempre vago y difícil de fijar, ocupando entonces sus palabras el lugar de sus pensamientos. Nunca pronunciaban los nombres sagrados de Adonay, Jahvé y Elohim, por considerar que el conocimiento de un nombre sagrado daba poder sobre el ser a quien se designaba.

No sé explicarme, no me entiendo, no puedo convenirme; son divagaciones a las que me obliga esta soledad. Todo es inútil, inservible; por más que escudriño tampoco encuentro esas palabras poderosas, decisivas; sólo vienen las de todos los días o las que me martillean con la agudeza de sus gritos. Volveré a la quietud, al silencio, a este silencio de mortaja del que no puedo librarme, en el que nadie me habla, nadie viene a decirme, en el que jamás encontré la voz que me acompañe.

La realidad, la imprevista e inesperada realidad, no me dio tiempo a ver, a comprender, a situarme. Un alud de angustia me sepultó en la nada. Sólo un profundo suspiro de sorpresa que se quedó trunco, prisionero de los pulmones que no le permitieron escapar. Ni un llanto, ni un quejido, ni el tembloroso agitar del miedo, ni tan siquiera una punzada precursora del dolor: nada. Cero, cero absoluto, más allá del punto de congelación.

No he debido dormir, ni comer, ni me ha urgido ninguna necesidad fisiológica. El jergón sigue en su sitio. El paquete de la comida y la botella de vino están intactos. Mi postura no ha variado; tal vez algo más arqueada hacia mis rodillas para poder escribir sobre ellas. No hay una mesa o un cajón en qué apoyarme. Si quiero seguir escribiendo, he de ir en busca del recuerdo para traerlo de la mano y que no se me pierda entre la niebla. Sí, ayer llegué; a las diez de la mañana entré en este cuarto: domingo 19 de julio de 1936.

Es una habitación cuadrangular de un poco más de tres metros por lado; no tiene ventanas, tan sólo un ventanuco, una pequeña lumbrera en el techo que debe de asomarse directamente al tejado, pero tan avara de pe-

numbra que no deja pasar un rayo de sol. Una tenue claridad, opacada aún más por la suciedad del vidrio, me ayuda a ir conociendo lo que me rodea. Este cuarto debió de utilizarse como lavadero. Frente a mí, a mi derecha, cerca del rincón, hay una piletta atiborrada de papeles, de libretas, de periódicos rotos y viejos saturados de polvo; por fortuna la piletta tiene un grifo con agua corriente. Entre esos papeles polvorientos encontré estos cuadernillos con algunas hojas disponibles. Estoy sentado casi en el centro del cuarto, sobre un pequeño cajón de madera lleno de botellas vacías. No hay una silla, una mesa, un mal catre en donde descansar. A mi izquierda, en el otro rincón, recogida y amontonada el resto de la basura; varias cajas de cartón que contienen trapos y retales, frascos, botés vacíos, y una abandonada silla rota. Todo está medio escondido por el bulto que forma el jergón, fuertemente atado por una soga, y que esconde una manta raída y una almohada sin funda que habrán de ser mi yacija y mi abrigo; he de ejercitarme en enrollarlos con la mayor prontitud para evitar toda sorpresa. Es lo único que tiene forma humana, así, ventruado, recostado sobre la pared, con cilicio de sayal y soga en la cintura semeja fraile limosnero huido del convento. Mi corazón me anuncia que nos entenderemos, que el cariño surgirá entre nosotros. Las paredes, que debieron ser blancas, carecen de todo adorno que las anime: una estampa, un cuadro, un espejo, o por lo menos un viejo calendario a quien signar cada día que muera.

Penumbra y silencio.

**N**o llega hasta mí ningún ruido, ni de la casa ni de afuera: el deslizarse de unas pisadas, el siseo de una conversación, el crujir de una puerta, la bocina de un automóvil, el quejumbroso chirriar de una carreta, la nítida canción de unos niños: "Yo tengo un castillo / matarile, ríle, ríle..."

Ya va avanzada la mañana. El sol estará encumbrándose y sigue la penumbra. No hay un generoso rayo que me traiga a mi sombra, a esa sombra negra, maciza, pesada, contorneada, la que fue mi eterna compañera. Es la primera vez que nos separamos; si estuviésemos juntos la hablaría, me aconsejaría, afrontaríamos serenamente esta situación. Debe de ser la parte del mío que me falta.

No tengo a quien pedir una taza de café que me reanime, ni puedo fumarme un cigarrillo; es tabú; es una de las órdenes prohibitivas, terminantes, inapelables; el amo no fuma, todo el mundo lo sabe, y el olor del humo podría denunciarme. Tendré que aguardar a que sea de noche, a que pase la media noche, a que todos duerman. Me pondré de puntillas sobre este cajón, abriré el ventanuco, daré dos chupadas y exhalaré el humo sobre el tejado con toda la fuerza de mis pulmones.

Las órdenes me las trasmitió Fermina, la criada, de parte del amo: moverme lo menos posible, no toser, no estornudar, no hacer ruido, no cambiar cosa alguna de su sitio. Si usaba el grifo, tener mucho cuidado en que no se mojaran los papeles y no se humedeciera la piletta; que no se marcasen en el polvo las huellas de mis dedos; no limpiar nada; el polvo y la suciedad serían nuestra garantía; había que dar la impresión de que el cuarto estaba

deshabitado; y sobre todo no llamarlos. Fermina vendría por la noche, apagadas ya todas las luces, a traerme la cena y la comida. Como en el cuarto no hay luz eléctrica, también me traería una vela para que me alumbrase en el momento de cenar.

No suben, no vienen a verme, no saben si me he muerto o si tengo algo urgente que comunicarles y que a ellos mismos les pueda interesar. ¿Qué les ha podido suceder? ¿Habrán llegado fuerzas del Gobierno y se estará luchando en las calles? Imposible, ya ganaron la partida en el primer envite. ¿Tendrán alguna noticia de los míos que no se atrevan a comunicarme? ¡Qué angustiosa incertidumbre! En casa no hay dinero, no las dejarán acercarse al Banco, hay que entorpecerlas todo intento de huida. ¿Habrán encontrado algún familiar, algún amigo caritativo que las tienda la mano, que las ayude, que las aconseje, que las guíe? Todos éramos conocidos, todos éramos amigos, no existía el odio entre nosotros. Pero ahora todo debe de ser miedo, cautela, precavido aislamiento, cuidadosa medida hasta para los más pequeños gestos; todos los ojos miran, observan, espían, denuncian. ¿Las habrán detenido? No los creo tan torpes, y bien saben que ellas pueden ser el cebo que muerda la alimaña, la alimaña perseguida que soy yo. Son pacientes para la espera y el acecho. Y ellas ¿qué podrán hacer, qué tendrán pensado hacer? ¿Creerán que he huido y las he abandonado, que estoy en la cárcel, que me han fusilado, que me asesinaron en el recodo de un camino? Me vieron salir de casa detenido, custodiado como un malhechor por hombres armados prontos a disparar. Me estarán buscando por todas partes, indagarán, preguntarán, suplicarán. ¡Qué demoníaco placer para los que envidiaban nuestra felicidad! “Y vió Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo sólo el mal”.

**A**quella mañana no recordaba la de otros años. No se vivía el alegre bullicio del adiós a las fiestas, ni se palpaba el vibrar del griterío, de las risas, de las canciones, de todo aquello que era el alma de los sanfermines, la razón de ser de los pamplonicas, el premio a su resignada espera. ¿Qué podía suceder para que todo esto hubiese desaparecido?

Hasta nuestro piso, último de la casa, sólo llegaban tímidos y vacilantes murmullos que se iban abriendo paso poco a poco, tanteando el terreno, como si caminasen sobre un precipicio cubierto de nieve y no supiesen del desfiladero en el que podían ser sepultados.

Como fintas de un combate gímnico, se comenzaron a oír los vivas y los muertas. Atisbé por entre los visillos pequeños grupos que más bien parecían curiosos espectadores en espera de un improvisado espectáculo. Sin embargo, de entre ellos había un grupo aislado y numeroso que era el que llevaba la voz cantante, dei que partían los vivas y los muertas, del que resaltaban las camisas azules de los “falangistas” y las rojas boinas de los “requetés”. Eran los que portaban, orgullosos y provocadores, una bandera monárquica saludada con los acordes de la Marcha Real.

Las calles estaban abiertas, podían hacer lo que les viniese en gana; no encontrarían ningún obstáculo que les detuviese, ni se les enfrentaría ninguna fuerza del Gobierno: la Guardia Civil, los Guardias de Asalto, la policía, el Ejército, nada. ¡Habían ganado la partida!

¿Fue mi temor lanzado al futuro, el asombro ante una imprevista y amenazadora realidad, la estúpida confianza en mi hombría de bien juzgándome libre de toda culpa la que me paralizó, lo que me impidió adoptar una rápida decisión que nos resguardase y protegiese? ¿Cómo es posible que no comprendiera, que me obcecara hasta tal extremo cuando en la misma tarde anterior, a poco de despedirme del Capitán de la Guardia Civil en la Plaza del Castillo, me llegaba al Juzgado la noticia de que sus propios soldados lo habían asesinado en el cuartel? De todos modos habría sido inútil; se nos había escapado el momento oportuno; estábamos atrapados. Llamaban en la puerta: yo mismo abrí.

Por su vestir parecía un hombre de campo. No se molestó en descubrirse ni en dar los buenos días, ni tan siquiera en mirarme a la cara. Iba en busca de un algo que no encontró y en vano vigilaba y husmeaba por todos los rincones. Con aquellos sus erizados y negros bigotes parecía un perro buccero decidido a ponerse en muestra. No rogó el favor; lo exigió:

—Vengo a que me firme este certificado de nacimiento; su Secretario ya lo hizo.

¿Para qué crear dificultades y demoras innecesarias? Le firmé el documento y le despedí.

Le debían de estar esperando en la misma escalera; no había tenido tiempo de llegar al portal y ya estaban llamando de nuevo. Ahora venían sobre seguro; no había temores a resistencias ni alborotos; se me podía cazar sin peligro. Eran dos policías de la secreta y dos falangistas que estrenaban sus flamantes camisas azules y las pistolas ametralladoras que empuñaban. Los de la secreta, que en la tarde anterior me habían visitado en mi despacho para ofrecerme sus servicios, se hicieron los desconocidos y se identificaron mostrándome sus placas:

—Venga con nosotros; queda usted a la disposición del General Mola.

Tan cerca estaban de mí, que notaba el tibio calor de sus cuerpecitos; veía sus caritas de miedo y de pena; sus manecitas que intentaban sujetarme. Se me atragantaban las palabras de consuelo y de esperanza; no tuve fuerzas ni valor para darles un beso. Cerré con un portazo. Aún no habíamos llegado al primer rellano de escalera cuando el ascensor se detuvo en mi piso; salieron de él cuatro requetés uniformados y bien protegidos con sus fusiles:

—No llaméis; ya lo tenemos.

Yo iba adelante entre los dos policías; inmediatamente detrás los dos falangistas apuntando sus pistolas contra mis riñones y, por último, los cuatro requetés. ¡Ocho hombres armados para custodiar a un hombre inerte como yo! Así desfilamos: yo, dominando el impulso de volver la cabeza y mirar hacia las ventanas de mi casa, suplicando, rezando a todo los santos que mi mujer y mis hijas no me estuvieran viendo. Las gentes acortaban su

paso, se detenían, comentaban; se entreabrieron algunas ventanas y balcones. La curiosidad me había convertido en un alfilerero de miradas.

Llegamos a la Comisaría. En un cuartito pequeño, que de ordinario servía de antesala de espera, nos aguardaba un hombrecillo desaseado, sin afeitado, con barba de varios días blanqueadas de caspa sus solapas, enrojecidos los ojos por el insomnio y el humo del tabaco de una colilla pendiente de la comisura de sus labios. Uno de los falangistas le habló al oído; el hombre sacó de sus bolsillos una libreta de ahuladas tapas negras: revisó una lista, encontró un nombre, el mío sin duda, y lo señaló con una hoja aspa de San Andrés. Ordenó a todos: —Sigan con su trabajo y dense prisa; a éste —indicándome a mí—, déjenlo en el Cuerpo de Guardia.

Así lo hicieron. Los guardias, que estaban desayunando su café con leche, tuvieron la discreción de esperar a que los otros se fueran para saludarme:

—Buenos días; ¿usted gusta?

Al vez, sin que nadie le avisase, él me había visto por su propia cuenta. Me llevaron al despacho del Comisario. Aunque apenas si nos conocíamos y nuestro trato se había limitado a las obligadas relaciones oficiales, siempre se habían distinguido éstas por una recíproca y cortés deferencia.

—No le invito a sentarse porque no podemos perder el tiempo en preámbulos. ¿Usted sabe la situación en que se encuentra? Los que le han detenido son mozos que han venido de los pueblos para que no se les conozca.

Nosotros no podemos hacer nada; no debemos hacer nada. Son las órdenes recibidas que no tenemos más remedio que acatar. Ahora han salido en busca de más detenidos. Usted ha tenido la suerte de que le detuviesen el primero. Cuando los tengan a todos, los meterán en el camión que espera en la puerta y se los llevarán con rumbo desconocido para matarlos en el recodo de un camino o detrás de las primeras tapias que encuentren. Usted sabe lo que tiene que hacer. Puede escapar por la puerta del Cuerpo de Guardias sin temor de que mis hombres le digan nada. Desde luego usted y yo no nos hemos hablado, ¿entendido?

Sin decir palabra le extendí la mano; había enmudecido de gratitud y de miedo.

Tuve que hacer acopio de una serenidad que no sé de dónde recogí. Ya en la calle, todavía frente a la puerta, me puse mis lentes oscuros para protegerme del sol. Sin apresuramientos me dirigí hacia la derecha; me estaba jugando la vida; un escalofrío serpenteaba por mis espaldas en espera de recibir la descarga de fusiles y pistolas que sin duda me amenazaba. Tranquilo, despacio; despacio, tranquilo, despacio; despacio, tranquilo... Yo mismo me quería sugestionar marcando el ritmo de mis pasos.

Era inútil y peligroso volver a mi casa o acudir en busca de la protección de amigos y parientes; no conducía a nada.

Comencé a sentir el cosquilleo de una tentación: la de jugarme el todo por el todo, al azar, a la buena fortuna,



como en un albur. Me fascinaban aquellos autobuses y tranvías que estaban circulando delante de mí y podían llevarme hasta la frontera. Todo se reducía a un gesto: levantar la mano, pedir la parada y entregarme a lo desconocido. Pero ellas me sujetaban; su recuerdo me retenía; era aumentar su desamparo si yo me escapaba. Lo que apremiaba de momento era librarme de aquellos palos de ciego, de aquellos primeros golpes de unos mozos irresponsables y desconocidos.

Debía de apresurarme por salir, por escapar de aquel laberinto de calles en las que mi huida me había obligado a meterme barzoneando a la ventura. Se iban poblando de miradas insistentes y de ojos inquisitoriales. Tenía que encaminarme hacia las afueras, buscar la arboleda en donde guarecerme, el rincón que me permitiese recapitular sobre lo que me acontecía. Necesitaba de unos momentos de calma para decidir y resolver en definitiva.

Había conseguido cruzar los carriles del Plazaola. Allí, precavido, cauteloso, detrás de la caseta del guardavía, me convencí de que no me seguían. Bajé hasta los fosos de la Ciudadela: en aquel tejar abandonado, detrás de aquellos montones de adobes, nadie podía verme: encendí un cigarrillo y me lo fumé hasta quemarme los dedos.

¿Por qué se me ocurrió su nombre? Jamás nos habíamos dirigido la palabra. Sólo recordaba que en algún tiempo debió de administrar las haciendas de mi padre, quien lo tenía en gran estima por su honradez y laboriosidad. Yo también conocía su significación carlista, su influencia y preponderancia en el Partido, en donde siempre se tomaban en cuenta sus sugerencias y consejos. Esto me hacía titubear.

Creo que fue más bien la ubicación de la casa lo que me decidió. Casi todos los días pasaba frente a ella al ir hacia mi finca. Era una casa aislada, de dos pisos, de fachada enjabelgada, sin valladar ni jardín, a unos pocos pasos de la carretera, la única habitada del contorno; lo demás eran unos cuantos solares vacíos, debidamente tapiados y dispuestos para poder edificar en ellos. Aquel aislamiento era lo que me atraía: la confianza de que nadie podría llegar hasta allí; como si la casa se hubiese convertido en una fortaleza inexpugnable.

No debía de perder más tiempo; ¡Sea lo que Dios quiera! Timidamente, temblándome la mano, dejé caer tres veces el aldabón.

La planta baja constaba de un amplio almacén, repleto de mercaderías, y de un despachito con unas cuantas sillas, una biblioteca, algunos archivadores y un escritorio sin más adornos que un crucifijo y un almanaque recordatorio de citas y negocios. Allí me recibió. Era un hombre más bien alto, de pelo canoso, algunos años mayor que yo, de mirada firme, decidida, sin concesiones. En aquellos momentos se me cayó el mundo encima; no sabía qué decir, cómo comenzar; se me amontonaron de pronto todas mis desventajas y todos mis temores. Hasta aquel instante no comprendí que yo mismo me había entregado al enemigo. No se me ocurría otra cosa que echar a correr, llegar hasta la puerta y huir. Una voz me frenó:

—Siéntese, por favor; usted me dirá.

Yo me había vuelto mudo; seguía sin encontrar una explicación razonable que aminorase lo absurdo de mi visita; una frase de simpatía y amabilidad que limase asperezas. Me sudaban las manos y la frente; sentía más temor que en la misma calle. Esta vez ya fue más seco y enérgico el requerimiento:

—Usted dirá.

De pronto, un algo se desató en mí; fue un hablar y hablar y hablar, sin resuello, a borbotones, barbullando, sin cohesión, sin establecer premisas y consecuencias; mostrando impudicamente a un desconocido la misera desnudez de mi alma, mi miedo, mi angustia, mi desesperación:

—Un grupo de requetés y de falangistas me acaban de detener en mi casa; me han llevado a la Comisaría. Allí los llevarán a todos; a todos nos van a matar; detrás de las tapias; detrás de las tapias. Me escapé de la Comisaría; cuando vuelvan a cogermme me matarán en mitad de la calle; mi mujer y mis hijas se quedarán en el mayor de los desamparos. Yo no hice nada malo; le juro a usted que nunca hice nada malo; que nunca hice daño a nadie; me van a matar como a un asesino, mancillando mi nombre para siempre. Que me lleven a un Tribunal para que me oiga y me juzgue. Haga usted de mí lo que quiera; me pongo en sus manos; protéjame; escóndame; a usted no le dirán nada...

No me interrumpió ni una sola vez; oía, solamente oía. No sé si me estaría mirando; yo no me atrevía ni a levantar la cabeza; mi conciencia estaba arrodillada ante él como ante un confesor; llorando la contrición de una culpa que no encontraba a pesar de mi afanosa búsqueda por entre los recovecos de mis arrepentimientos.

\* Contestó despacio, midiendo las palabras, pesándolas, usando la balanza como en la venta de sus mercancías, con un tono doctoral, de púlpito, que paralizaba al contrario y lo dejaba sin fuerzas para poder dialogar y rebatir:

—Es muy humano y explicable que dada su exaltación y nerviosidad no se dé usted cuenta de las consecuencias de lo que me está pidiendo. Si no escuché mal, usted pretende ¡nada menos! que yo le dé asilo en mi casa haciendo traición a la confianza que el Partido tiene depositada en mí, y precisamente en unos momentos tan decisivos como estos que estamos viviendo. Que yo me convierta en un cómplice o en el encubridor de sus responsabilidades, ¿no ve usted ahora lo imposible de su solicitud? Si le puedo decir que yo, personalmente, no conozco en su contra de ningún cargo concreto que le haga merecedor del grave castigo que quieren imponerle. Pero usted tiene que comprender que en estos levantamientos, en esta lucha para derribar al Gobierno, hay que transgredir las leyes que éste ha establecido; por eso se lucha. Hay que aguardar al día de la victoria para que la situación se normalice, y, con el nuevo orden, se vayan creando y estableciendo las instituciones necesarias para la buena marcha de la Nación. Sería injusto e imposible tratar de domeñar a esta generosa juventud nuestra que ofrece su vida por la patria, por su Dios, por su religión, por la reconquista de sus fueros; por esta juventud que se ha visto

despreciada y humillada y que tantas y tantas deudas tiene que cobrarse.

**N**i yo me atrevía, ni había medio de meter baza; comprendía lo inútil de toda nueva tentativa. Siguió perorando:

—Tampoco está usted tan exento de culpa. El mal ejemplo es el peor de todos los pecados. Precisamente usted, que pertenece a una de las familias más nobles y distinguidas de Navarra, parece que tiene a gala el presumir de su falta de religiosidad. Se ha entregado por completo al capricho de los obreros actuando al dictado de ellos. No me interrumpa, por favor; un momento nada más. Usted, que es el primer terrateniente de este término, le ha dado últimamente por repartir entre sus colonos sus casas y sus tierras. ¡Si esto no es comunismo dígame qué cosa es! Está usted incitando a otros arrendatarios, que siempre fueron sumisos y respetuosos con sus amos, a que les reclamen su parte violentamente, sin que podamos prever lo que pueda ocurrir.

¡Qué extraño! Se me había volatilizado el miedo y ocupaba su lugar un coraje irreprimible, impetuoso, embravecido por aquellos latigazos de hipócritas falsedades, de injustas acusaciones que mi verdad y mi orgullo acababa de recibir.

—Discúlpeme, señor; yo también le ruego que tenga la amabilidad de escucharme. Tal vez la historia resulte un poco larga. No se trata ahora de salvar mi vida, sino de que usted, que ha tenido la atención de recibirme, disipe sus equivocaciones y sepa a qué atenerse respecto a mí. Acaba usted de reconocer, y lo sabe tan bien como yo, la religiosidad de mis padres y de toda mi familia. Y yo me eduqué, durante siete años, en el internado de un colegio de padres jesuitas; actualmente mis hijas se educan en un colegio de monjas. No pertenezco a ningún partido político y reto a quien quiera que sea, para que prueben si alguna vez se me oyó en meeting o Ateneo, o se leyeron libelos míos en escritos, revistas y periódicos, o se me vio en alguna manifestación presumiendo de ateísmo, invitando a la subversión, a la revuelta, al desorden. ¿Resultaría tan imposible achacar esta persecución a un rencor personal que se vale de las circunstancias para satisfacerlo? ¿O es el acre sabor de la sangre lo que les atrae? ¡Presumir de mi falta de religiosidad! El Obispo anterior, Monseñor Múgica, que ahora es Obispo en Vitoria, no lo entendió así, y es de presumir que se asegurase bien en sus decisiones, y me nombró Secretario de la Junta contra la blasfemia y de la Junta Pro-Catecismo, en el Obispado se podrán encontrar las Actas correspondientes. ¿Quién si no yo instruyó y sobreseyó la causa seguida contra el seminarista aquel que en vísperas de cantar su primera misa fue sorprendido en las murallas con un niño de nueve años en una situación francamente deshonesto, evitándose, por mi mediación, no sólo el escándalo sino que todo un futuro quedase destrozado para siempre? ¿Quién si no yo instruyó y archivó por falta de méritos el proceso seguido contra el sacerdote que decía la misa de once en los Redentoristas, y que un buen día me lo llevaron al Juzgado entre los insultos y apóstrofes de la multitud, acusándole del delito de violación contra

una muchacha de diez y seis años y de la falsificación de unos pasaportes? Yo mismo, personalmente, solos los dos en un coche, me lo llevé a un convento para que allí lo amparasen; le pagué, de mi bolsillo particular, un viaje de ida y vuelta a Burgos, ya que ni el Obispado, ni ninguna orden religiosa se quiso hacer cargo de estos gastos. ¿Quién sino yo, en el proceso por el robo en la Catedral, disimulé y calló el estado de abandono en que se tenían todas las reliquias históricas y religiosas, completamente abandonadas, tiradas en un desván, sucias, rotas, sin envolver o guardar en alguna caja, sin un inventario o lista que las comprobase? Creo que en estos casos tuve bastantes oportunidades para mostrar y hacer gala de mi falta de creencias.

“Usted ha sido administrador de los bienes de mi padre, por ello le consta que esas tierras están arrendadas a los mismos colonos hace un sinnúmero de años. Yo estaba intentando cultivarlas por mi cuenta, y aunque los actuales colonos tienen mi promesa de ser ellos los preferidos cuando necesite de peones, quise darles la tranquilidad de que nunca les faltaría un cobertizo en donde guarecerse, ni un pedazo de tierra en donde pudiesen picotear unas cuantas gallinas. Indudablemente soy un irracional; a este acto mío de comunismo, mi desviada y alocada conciencia tuvo la osadía de llamarlo caridad cristiana.

“Una persona destacada de su Partido es el Cabo de re-





quetés Antonio Lizarza; a él le puede preguntar. Validos de mi confianza, él y un primo mío, oficial retirado de la Escolta Real, atendido a la ley de Azaña, mientras yo me iba a trabajar al Juzgado, ellos se quedaban en mi casa tomando mi café, bebiéndose mi coñac, fumándose mis puros y, según me doy cuenta ahora, preparando esta revuelta que puede terminar en una guerra civil. Es de presumir que, por lo menos en compensación de todo esto, si a mí y a mi familia nos hubiesen creído expuestos a una represalia, nos habrían prevenido con tiempo. Yo necesito aumentar con mi trabajo mis ingresos económicos. Por eso desempeño dos cargos. Estoy trabajando más de doce horas al día desde 1926. Son diez años, señor, en que ha habido toda clase de cambios políticos, incluso el radical del cambio de régimen, y sin embargo, yo conservé siempre mis dos puestos. Creo que es cosa de fijarse en esto.

“Mi puesto de Juez se nombra por elección, en la que interviene el Presidente de la Audiencia, los Presidentes de los Colegios de Abogados, Procuradores, Notarial y el Registrador de la Propiedad.

“Presido veintinueve Jurados Mixtos del Trabajo, llamados antes Comités Paritarios, y siempre he sido elegido por el voto unánime o mayoritario de patronos y obreros. Bien sabe usted que durante todo este tiempo no ha habido una huelga, ni un disturbio, ni una manifestación obrera. Ahora mismo, y para las vísperas de San Fermín, se había anunciado un paro general en las industrias, comercios, construcción, etcétera. No ha pasado nada; mi intervención y esfuerzo personalísimos lo han evitado.

“Si son esos advenedizos de falangistas los que necesitan más datos, que le pregunten a su jefe José Antonio Primo de Rivera. El podrá decirles que es amigo mío; que nos conocemos desde hace años; que más de una vez hemos cruzado nuestras espadas en la sala de armas de Lanchó y Afrodisio, en la Plaza del Ángel, en Madrid, recibiendo sus clases de esgrima; que él es el abogado que lleva mis asuntos ante el Tribunal Supremo; que yo, en unión de mis primos los Ansaldo, le hice compañía durante toda la noche precursora del desafío a sable que tenía pendiente con el capitán de aviación Rexac, en el de la Mañueta, pudiendo, más tarde, librarle de toda responsabilidad al dar por concluso el expediente que se abrió al efecto.

“Podría seguir hablando, pero no quisiera cansarle más. Sea usted bondadoso conmigo y permítame salir...

Se hundió mi cabeza entre mis rodillas. Mis fuerzas se habían agotado. Era el naufrago que llegaba a la orilla. Ya no me importaba nada de nada.

Por las cercanías de la casa debían de rondar grupos de mozos bullangueros; sus risotadas los delataba; o eran unos inconscientes e irresponsables o estaban ignorantes de lo que acontecía en la ciudad. Alegres y contentos daban salida a su adiós a las fiestas. Sus gargantas, rotas por el alcohol y las griterías, desentonaban todas aquellas canciones, himnos y estribillos, exclusivos de los sanfermines, que tardarían un año en volver.

El amo se levantó y comenzó a pasearse por el despa-

cho. Eran pisadas desproporcionadas, nerviosas, como si telegrafiasen la indecisión de sus pensamientos. Yo, inmóvil, le seguía a todas partes con el rabillo del ojo. El amo se paró de pronto, se acercó a la mesa y pulsó el timbre que había sobre ella, con agresividad:

— ¡Fermina!

— Mande, señor.

— Oye, ven un momento.

Aunque ya entrada en años, Fermina era más bien alta, esbelta, musculosa, fuerte, no podía negar su ascendencia vasca; sólo había un ceño en su tersa frente que quedaba disimulado por el claro azul de sus ojos. Respetuosamente esperó.

— Si alguien viniese a registrar la casa, yo no sé nada de este señor. Puedes decir, si lo sorprenden, que acababa de llegar; que te engañó haciéndose pasar por amigo mío y que aquí me estaba esperando. Llévalo al lavadero, ciérrala y tráeme la llave.

No dije nada; me callé; ni le di las gracias. Aquel inesperado final de telón rápido me había dejado perplejo, anonadado. Seguí a Fermina como un autómata de pasos inseguros. Subimos muy pocos escalones. El pasillo era estrecho, con un amplio ropero y un ventanal al fondo. Un leve empujón sobre mis hombros me obligó a entrar en este cuarto; las órdenes se iban cumpliendo al pie de la letra: cerró la puerta, dio doble vuelta a la cerradura y se llevó la llave.

**N**o tengo la culpa de continuar bajo este agobio de sufrimientos, pero soy un pusilánime, un cobarde, un esperanzado sin esperanza, tal vez un presuntuoso de dignidad que repele lo que considera sería una felonía cometida contra la generosidad que me está brindando el amo. Pero la técnica es sencilla: así están el barrote que cruza el tragaluz, una camisa de la que pueden sacarse cuantas tiras sean necesarias para confeccionar un nudo corredizo, y un cuerpo y un cuello dispuestos a balancearse en los aires bailando una danza de maldiciones.

Hay algo más, pero tan íntimo, tan profundo, tan mío, que se resiste a quedar escrito en un papel. No es por rubor o por precaución, al contrario, estoy orgulloso de ellos, no sólo los amo con todo mi corazón sino que los respeto y los admiro. Ellos son la única dicha en mi continuo lamentar, venerada en el santuario de mi alma, donde radiantes y poderosos vivirán inmortales sin riesgos de olvidos y perdones. Ellos son el fruto de mi matrimonio con esta injusticia que me atenaza y que me acosa: el odio y la venganza. Nunca esperé concebirlos. En mi constante sumisión, en mi hombría de bondad, en mi respeto y adhesión a la moral y a la ley, no tenían cabida; no los había podido descubrir ni en el gesto ni en las palabras, ni en las acciones de los hombres que los tenían escondidos cuidadosamente en espera de su oportunidad. ¡Y cuán bellos aparecen! Siempre serán jóvenes; ya no podrán separarse de mí; ¡Pppssstt, silencio! dejadme gozar en toda su intensidad de los acariciantes y prometedores dolores de este parto.

Ya es cerrada la noche y el amo y Fermina habrán cenado. Ahora me toca a mí. Se acentúan mi sobresalto y



mi inquietud. Son los instantes aguardados con tantas ansias a lo largo del día. Fermina puede darme noticias de los míos, de lo que está sucediendo en el resto de España, de si el amo le dió algún recado para mí capaz de florecer alguna esperanza. Bien sé que son vanos mis empeños; que se repetirá lo de todas las noches, pero necesito vivíroslos una vez más para convencerme. Se abrirá la puerta y en ella quedará enmarcada Fermina con el paquetito de la comida en una mano, y en la otra la achatada y panzuda botella verde de cuello estirado, todo mocososo por la cera de la vela, y que nos sirve de candelero.

— Buenas noches, señorito. No, no hay nada nuevo, pero no debe de ponerse nervioso el señorito; cualquier noticia que pueda interesarle la sabría el amo antes que nadie y él se la diría. Confíe, señorito, confíe. Ya sabe que la Virgen del Camino nos protege. No sabría decirle, señorito; apenas si sé leer y no tengo tiempo de entretenerme en los periódicos; el amo no me dice nada.

Lo de todas las noches. Inútil e imposible el insistir. Ahora viene la segunda parte: como si previamente estuviese convenido, Fermina se hace la distraída y me deja salir del cuarto. Ya sabe adonde voy; es la única oportunidad en todo el día; voy a su mismo retrete que está en el pasillo. Será una nimiedad, una estupidez si se quiere, pero cuando de nuevo me presento ante Fermina siento

en mis mejillas el calor de la vergüenza. Hago como que ceno, con prisas, deseando que me vuelvan a dejar solo. No tengo que esforzarme en disimular; la comida es la de siempre: filete o tortilla y queso o alguna fruta.

- Que descanse, señorito.
- Igualmente y gracias, Fermina.

Volvieron a cerrar la puerta. Siempre me cierran la puerta como si estuviesen temerosos de que se escapase mi soledad.

Extiendo la colchoneta sobre el suelo; me envuelvo en la manta y aunque intento acostarme cuan largo soy, para relajar músculos y articulaciones, siempre acabo arrebujado y encogido. Este podría ser mi momento de abstracción, de quietud, de meditación, pero es algo imposible para mí, como si desconociese su sentido, sin que puedan alejarse de mí pensar las mismas ideas siempre bullentes y en sazón. Sólo se me permiten mágicas escapadas hacia lo fantástico, lo irreal, lo imaginario; son ensañaciones. ¿No puede haber hermandad en el hombre? ¿Necesariamente lleva en sí la maldad y necesita del crimen y la violencia para sobrevivir? ¿No conoce la palabra y los hechos del amor y del consuelo?

\*\*\*

**¡Y**a va! ¡Que ya va! Los impacientes gritos de Fermina no conseguían acallar, ni tan siquiera amortiguar, los fuertes golpazos del picaporte de la puerta de la calle que parecía venirse abajo, ni los irritados murmullos que los acompañaban. Me sobresalté con angustioso sobresalto que de inmediato se convirtió en pánico. Estaban llamando a la puerta para entrar en la casa porque sabían que yo estaba allí. Lo revolverían todo, lo registrarían todo hasta encontrarme; me detendrían, me llevarían con ellos. ¿Qué pasaría después? No podía ni quería contestarme. Instintivamente busqué dónde refugiarme en aquel pequeño cuarto, sin darme cuenta que era el cepo que me retenía, que me sujetaba para ponerme en sus manos. Como siempre me empapé en sudor, aparecieron las náuseas, el temblor iba adueñándose de mi cuerpo. Entró Fermina; parecía tranquila; algo más adusto el gesto de su cara; más brillo en su mirar, un tenue rubor en sus mejillas; sus palabras, como siempre, pausadas, inalterables:

—Que no le vean nervioso, señorito; el amo no está en casa; son tres de la falange que vienen a registrar; no hay más remedio que abrirles la puerta; yo procuraré entretenirlos abajo lo más que pueda; tome estas tenazas y este destornillador y haga como que está arreglando la llave de la luz, la del descansillo de la escalara; levante bien el brazo para taparse la cara.



No sabía explicar mi estado de ánimo. Estábamos en plena acción; ya se confundían las voces de Fermina y las de los falangistas que estaban dentro de la casa y pronto empezarian a moverse, y sin embargo yo me encontraba relativamente tranquilo; es decir, envuelto en unas sensaciones que no eran, ni con mucho, las que esperaba sentir. Mi miedo era un miedo, un temor indefinible, impreciso, desconocido, que no sabía localizarlo en un hecho o en una amenaza realizable y posible. No podía comprender el por qué de todo aquello, que fuese yo el protagonista de aquella pesquisa, de aquella persecución con el fin de cobrarme una culpa de la que no sabía acusarme mi conciencia; me resultaba el juego de una fantasía o de una pesadilla; era como si todos nos estuviésemos preparando para el ensayo general de alguna obra de teatro. Lo que sí era una realidad inmediata, y que de momento absorbía toda mi atención, era el arreglo de la llave de la luz; lo había hecho tantas veces en casa, era tan conocido y guardado dentro de mí, que surgió al exterior sin ningún esfuerzo; realmente era un electricista que estaba componiendo una llave eléctrica.

Oí las primeras pisadas en la escalera; alguien la subió con dos o tres trancos, pasando a mis espaldas, sin fijarse en mí; llegó al pasillo donde estaba mi cuarto abierto de par en par; una rápida mirada le debió convencer de que allí no había nadie. Con la misma premura y resultado volví a sentirle detrás de mí inspeccionando las habitaciones del amo, y luego reunirse en la planta baja con sus compañeros que debían de estar buscando por el almacén en donde por el amontonamiento de sacos y cajas de mercaderías era más propicio el escondite.

Las voces se habían normalizado; su tono era el de un diálogo común y corriente y hasta el adiós que cerró la puerta me pareció amigable.

Me volví a mi cuarto y allí me derrumbé; había sido excesiva mi tensión nerviosa para mi escasa resistencia:

—¿Lo ve, señorito, cómo todo ha salido bien gracias a Dios? ¿Le subo un poco de vino o todavía le queda en la botella? Un buen trago no le caerá mal.

El amo llegó a casa más pronto que otras veces. Hubo que contárselo todo con el mayor detenimiento. Como era natural todo su coraje lo desfogó conmigo:

—¿Usted ve a lo que me expone? No sé por qué me metí en esto; por demasiado bueno. ¿Qué será de mi reputación, de mi nombre y prestigio, de mi adhesión a la causa si llegan a descubrir que lo tengo a usted escondido y protegido en mi casa? Esto tiene que terminar y de una vez por todas. Yo no quiero perjudicarlo, pero ya puede usted ir pensando en alguna y pronta solución.

Nada podía decir y ni siquiera hice el intento de replicarle; me callé; tenía razón y además creía adivinar que en aquel desahogo había más ira contra el atrevimiento y falta de respeto de falange al registrar su casa, que contra mí mismo.

Pero el amo debía de conocer aquel juego y no se contentaba sólo con palabras. Tal vez él mismo había ordenado y dirigido algún registro y sabía el modo de proceder en aquellos casos. Los primeros registros eran como

fintas, tanteos para hacerse presentes y dar confianza al que estuviese escondido, quien se despreocupaba por una temporada. Contando con esa confianza, volvían a presentarse de improviso, a las pocas horas, generalmente de noche, para que el brusco despertar aumentase el temor, confundiese las ideas y desarticulase todo disimulo.

Ya he dicho que en el pasillo, al fondo, a la izquierda de mi cuarto, había un amplio y antiguo ropero de roble. Lo que no supe, hasta el momento en que Fermina trajo la escalera, es que la altura del armario no permitía ver la especie de trampa que al levantarse comunicaba con el desván, en el que una gruesa viga sostenía el tejado. Allí me obligaron a esconderme. Eran tantas las rendijas, que a pesar de la manta que me llevé apenas si podía defenderme de aquel viento helador. Además, debía de permanecer inmóvil, sentado sobre la viga, sin hacer ninguna presión sobre el suelo que por ser de cartón alquitranado podría agrietarse en cualquier momento; esta forzada quietud aumentaba el frío y la incomodidad.

Enseguida los vi, allí estaban seguros y al alcance de la mano; dos fusiles y una buena dotación de municiones. Todo lo tenían dispuesto desde hacía tiempo. No les bastaba con la traición del ejército, preparado para dar el zarpazo en el momento oportuno, sino que, además, se contaba con la adhesión incondicional de una mayoría de la población civil tradicionalmente levantisca, reaccionaria y agresora, bien pertrechada para poder lanzarse a la calle impunemente. Y todo esto en las mismas narices de unas autoridades republicanas estúpidamente confiadas, ineptas, negligentes, y quién sabe si hasta desleales. Nos lo teníamos bien merecido. Estas mismas gentes habían visto llegar a la República sin que nadie las molestase, sin una amenaza o peligro que las obligase desde sus primeros ataques en los corrillos y periódicos.

He pasado una noche imposible de olvidar. Aquella forzada inmovilidad me tenía aterido, sin poder atrapar una relativa tranquilidad que me sosegase de tantas inquietudes.

Era ya muy pasado el medio día cuando vino Fermina con la escalera para ayudarme a salir de aquel escondite y volverme a mi cuarto. El amo ya había estado en casa, y por lo que Fermina me dio a entender se encontraba tranquilo y satisfecho con las explicaciones y excusas que le habían dado en la Junta, prometiéndole que aquello no volvería a suceder.

**N**unca podré explicarme y comprender el mecanismo de mis reacciones ni lo inoportuno de mis sentimientos. Después de las angustias y temores pasados, cuando más seguro podía estar para aprovecharme de unos momentos de tranquilidad, era cuando con mayor fuerza volvía a revivir todo lo sucedido. Y no me bastaba con la verdad del recuerdo; yo mismo me iba excitando, ensombreciendo aún más la realidad pasada, creando fantasmas corpóreos, que no habían existido, que me llevaban a un estado de espanto y desesperación imposible de domeñar.

Se hallaban frente a mí, los palpaba, les hablaba, distinguía perfectamente sus camisas azules de falangistas y

sus rojas boinas de requetés; habían abierto las puertas empuñando sus pistolas y me contemplaban amenazadores, socarrones, bien confiados de que me tenían en sus manos, de que esta vez no podría escapar.

No perdían el tiempo, iban a lo suyo, tenían prisa. A empujones me obligaron a bajar las escaleras; conduciéndome casi a rastras atravesamos el prado y la carretera; me llevaban al solar de enfrente de la casa, el de las tapias blancas; ¿acaso no me lo había advertido el Comisario? "Los matarán en el primer recodo del camino o detrás de las tapias de algún solar".

Trabajaron de prisa; bastó con un solo tiro; un tiro certero; en mitad de la nuca; allí caí yo, sobre inmundicias, ortigas y malezas; con el labio desprendido, la mandíbula desencajada que pronto convirtió a mi boca abierta en un libatorio negruzco por las procesiones de hormigas, de abejorros, de avispas, de moscardones que iban a libar el licor de la muerte. Los ojos desorbitados, fuera de sus cuencas, blancos, blancos, sin pupilas, sin párpados, faltos de una mano de amor que los cubriese y los cerrase, fijos en vastedades que no podían ver. El aletear de los hambrientos se acercaba; los círculos de su vuelo se iban estrechando, estrechando, cada vez más espesos; eran los buitres, los cuervos, los grajos de picos rojos y de uñas largas y negras; sus jubilosos graznidos llamaban al ban-



quete: igual que fui para los otros, también ahora era presa segura.

Se lanzarán sobre mí como una lluvia de flechas; me picotearán; me desgarrarán, me mancillarán; comerán de la carne de mi cuerpo convertida en carroña, de la podre de mi cuerpo. ¡No, esto no! ¡No quiero! ¡TENGO MIEDO! ¡Las tapias, no; las tapias, no! ¡Enterradme en un puñado de tierra sembrada de eternidades: una cruz de redención!

—Señorito, ¿le pasa algo?

—Nada, Fermina, gracias.

Lo que me estaba diciendo Fermina, por más que lo repitiera una y otra vez, no podía ser verdad; era una quimerista que se inventaba aquella fantasía para entretenerme mientras cenaba. La noticia me entontecía, no se atrevía a pasar de mis oídos y penetrar en mi cerebro con todas sus consecuencias. Comencé a dudar cuando Fermina me juró y perjuró que la noticia se la había dado el amo. Era una noticia increíble, pero por lo visto cierta; una noticia escueta, sin añadidos, falta de detalles que facilitasen las deducciones y comentarios. Se había captado repetidas veces, en la radio del casino, la emisión de la radio de Bayona, en Francia, que hacía saber que yo me había suicidado y que mi cadáver había aparecido en el hotel X. Mis dudas se iban debilitando y ya intentaban apoderarse de la noticia como verdadera. Después de todo ¿por qué no podía ser cierta? ¿Era tan imposible que algún amigo mío, residente en Francia, sabedor de la persecución de que era objeto, se decidiese a emitir una noticia que necesariamente habría de desorientar a mis perseguidores? Y por lo que me decían, había cumplido con su cometido al ser creída por todo Pamplona, quien la comentó como justo castigo a mis perversidades, aunque también hubo el caritativo y valiente que se atrevió a externar una piadosa conmiseración por este trágico fin de mi vida.

Lo más extraordinario es que hasta las mismas autoridades estuviesen convencidas, llegando al extremo de autorizar a mi mujer y a mis hijas para que se fuesen a Francia a recoger mi cadáver. Toda mi insistencia para conocer más detalles se ha estrellado contra la ignorancia, real o fingida, de Fermina, quien sólo ha sabido decirme que nuestra casa ha sido cerrada y sellada.

Esta noticia que hubiese tenido que aseosegarme pensando que calmaría la persecución y el acoso de que soy víctima, me ha colmado, por el contrario, de nuevas inquietudes y preocupaciones con su cúmulo de preguntas: ¿qué será de mi mujer y de mis hijas si han emprendido el peregrinaje de buscarme por Francia? ¿Llegarán a conocer la verdad? ¿Retornarán a España en busca del auxilio de nuestros familiares? ¿Cuál será la situación de todos ellos y el estado político en que vivan? Preguntas, preguntas y preguntas, que al no poderlas contestar sobrepasan el dolor de mi congoja y de mis angustias.

No he podido dormir en toda la noche. Está bien entrada la mañana y hasta ahora no comienzo a distinguir la forma y estructura de lo que me rodea: todo está confuso, obscurecido; informe, sin poder desbrozar mis ideas de los imposibles y absurdos que las

acompañan. Es un lento revivir, que como siempre, me sorprende sentado sobre este cajón de madera, imponderable trono de mis amarguras, jadeante, revegado, mohino, sumido en un marasmo que me inmoviliza, sin poder logizar mis ideas, con un sufrir de pesadumbre, de anodamiento, de no poder levantar la carga que pesa sobre mí. Hasta el recuerdo de ellas me rehuye. Mi pensamiento ya no puede seguirlas y acompañarlas como antes, como cuando estaban aquí, que las encontraba y veía en casa, en el paseo, a la salida del colegio. Ahora es un ver desenfocado, desvanecido, fuera del marco conocido por mí.

No las veo, no las encuentro, se han ido. Vuelvo a estar solo, más solo que nunca, perdido entre los olvidos de un engañoso recordar.

¿A qué Dios, hacedor de todas las cosas, podrán glorificar estos estériles sufrimientos míos?

Gracias a que el amo tiene sus propias maquinillas para que el peluquero le recorte el pelo, ha podido hacerme un gran favor. De él mismo ha salido; yo nunca me hubiese atrevido a decir nada. Anoche, muy tarde ya, me llamó a su cuarto de baño y sin explicación alguna me cortó el pelo al rape; la verdad es que buena falta me hacía despojarme de aquella pelambreira, aunque ahora se me cuele la boina hasta las orejas.

Y no fue esto sólo. Aunque hace ostentación de no dirigirme la palabra, no tuvo más remedio que decirme cuando me obsequiaba:

—Aquí tiene usted estas cosas que supongo le serán indispensables: una máquina de afeitar con sus hojas; una navaja con tijeritas y lima para las uñas; un peine; un cepillo y pasta para los dientes; un espejito. Todo le cabe en los bolsillos y a ver si de una vez se afeita usted esas barbas.

—Muchas gracias.

—De nada, de nada; buenas noches.

De todo corazón le agradezco lo que ha hecho por mí, pues con aquella cabellera y aquellas barbas de ermitaño, necesariamente tenía que ponerme en peligro llamando la atención de cualquiera que me viese.

También en el cuarto hay sus novedades. La buena y Fermina le ha dado un limpión de arriba a abajo. Han desaparecido todos los papeles de la piletta y todos los trastos viejos del rincón, en el que sólo han quedado dos cajas vacías más bien para despistar que para otra cosa. Allí, doblado y extendido sobre el suelo, es donde pondré mi colchón, para poder sentarme en él, recostarme sobre la pared y cambiar de la incómoda y curvada postura a que me obliga el asiento en el cajón de madera, que sigue ocupando su sitio de siempre.

En la piletta, sustituyendo a aquel montón de papeles y periódicos, han puesto ropa a medio lavar; una madera para restregarla y un buen trozo de jabón de cocina. Con todas estas modificaciones el cuarto da la impresión de un lavadero, que es lo que se pretende, y a mí me proporciona una libertad de movimientos que antes no tenía. Además, Fermina me ha dado la llave del cuarto para que sea yo quien la guarde, aunque, como es de suponer, con infinitas advertencias, prohibiciones y consejos. Así,



por la noche, después de que ya estén apagadas las luces y todos acostados, podré salir al pasillo para que se ventile bien el cuarto y yo poder hacer un poco de ejercicio dando unos cuantos pasos. Lo que se me advierte con el mayor interés, es la prohibición de acercarme a la ventana que está en el fondo del pasillo, no sea cosa de que se vea mi sombra desde afuera.

¿Será todo esto un nuevo camino a emprender?

En verdad que soy otro. Hacía más de un mes que no me lavaba y ahora recién afeitado, limpios los dientes, lavadas una y otra vez con agua y jabón las manos y brazos, la cara, la cabeza, el cuello, tengo la sensación de que también me he lavado por dentro, de que mis ideas, siempre angustiosas y pesimistas, se han dado un fresco chapuzón y están dispuestas a renovarse.

Ha llegado la noche; he salido al pasillo un tanto incitado por el remusgo de aquella aventura. La fatiga se apodera de mí; a pesar de mis esfuerzos no me responde la seguridad de mis piernas, faltas de fortaleza. No sé hacia dónde caminar; me inquietan aquellas alargadas negruras que mi temor va poblando de engendros y fantasmas.

El tic-tac del reloj del comedor llega hasta mí con toda la verdad de su sonido, sin paredes ni tabiques que lo amortigüen; jamás lo había oído tan cercano ni tan nítido. Ha subido por las escaleras pisando fuerte, desbrozando y apartando silencios importunos; adueñándose de aquella obscuridad que me encubría, como si intentase delatarme. Aquel tic-tac que era como el hálito, como

el respirar del tiempo, como el tiempo mismo; el tiempo inmovible, inmortal, sin el que nada existe ni nada puede ser. Y yo lo tenía al alcance de mi mano sin poder aprehenderlo, sin poder adueñarme de él y borrar, cambiar el rumbo de lo que ya está escrito; llegar con premura al final desconocido que me aguarda.

El deseo incontenible me empuja hacia la ventana. La prohibición edénica me recuerda: "Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis".

No me atrevo a dar un paso más. Si pudiese abrirla, respiraría con el mismo respiro de los que están afuera; absorbería el olor a tierra mojada de los prados; humedecería mi cuerpo con el relente de la noche; contemplaría el parpadeante refulgir de las estrellas. Tengo que retornar a mi escondite con el peso de la tentación. Huir de la ventana: "Ni la tocaréis, para que no muráis".

\* \* \*

¡Desdichada España! No podía ni imaginar que fuese de tal magnitud el sangriento desastre en que estamos sumidos. Sólo conozco algunas noticias y referencias a hechos ya pasados que me fuerzan a conjeturas y supuestos entresacados de este grasiento pedazo de papel de periódico en el que anoche me trajeron envuelta la comida. ¡Estamos en plena guerra civil sin otra solución que la de matarnos, despiadadamente, los unos a los otros! Los rebeldes se han apoderado de casi toda Andalucía, de Navarra, de Zaragoza, de Extremadura, y no sé de cuántas otras pro-

vincias y capitales más. Tienen sitiado a Madrid y a las provincias del norte; a los prisioneros se les ametralla sin previo juicio y a los pueblos se les bombardea hasta con aviones.

¡Qué va a ser de nosotros! Los rebeldes están instruidos, organizados y mandados por los militares de siempre: los amos y señores de nuestros destinos; los perjuros y traidores a la Monarquía y a la República; los insolentes y provocadores cuartereros de cuarto de banderas, los de fanfarría cabaretera, los privilegiados intocables; los de los desastres del Rif: la dictadura de Primo de Rivera; la destrucción de la primera República y restauración monárquica, con Alfonso XII, en el siglo pasado; las guerras carlistas en las que su ejército se nutría de las desertiones del ejército nacional; las continuas asonadas y levantamientos del pasado siglo. ¡Desdichada España!

**H**a sido un despertar de sobresalto, de presagio, en el que la corazonada avisa la desgracia que se aproxima y se escuchan los pasos del que se acerca. Apenas si debe de estar saliendo el sol. En mi cuarto todavía no despierta ni despreciza la penumbra.

El rumor llega desde lejos; son voces que suenan como el repuntar de una marea tormentosa que comienza, de una turbonada; predominan en él la agudeza de la voz femenina formando un todo que no admite la conversación ni el diálogo; es una voz orquestada al unísono que siempre dice lo mismo. Sus avanzadas deben de estar pasando

frente a la casa; van en dirección a los fosos de la Ciudadela; se percibe con toda claridad el tono mujeril que es de curiosidad, de injuria y de reniego.

El murmullo se ha convertido en expresión de turbamulta. Han debido de llegar a su destino. Los curiosos esperan el espectáculo de lo inevitable. El silencio es absoluto; ni el viento debe mover las hojas de los árboles. Ahora es un solo grito viril, uno solo, de desesperación, punzante, de imprecación, de blasfemia, contestado con una descarga cerrada de fusilería. Tiros sueltos, acompasados, de pistola; son los tiros de gracia que sujetan y aseguran la muerte: uno, dos, tres, cuatro... catorce: ¡Catorce fusilamientos!

Se abre la mañana llena de sol y por ella escapan culpas y remordimientos.

Por la noche me lo ha confirmado Fermina. Su fidelidad hacia el amo no es suficiente para acallar sus buenos sentimientos. Nada dice de los fusilamientos que son cosa de los Tribunales y ella no entiende; pero lo que no admite ni se explica es que haya mujeres tan desalmadas que vayan a presenciarlos. Y lo peor son los domingos, cuando la plaza del Castillo se llena de gente después de la salida de la misa de doce y todos están tomando el aperitivo. Es cuando aprovechan para pasear en fila a las mujeres que pasan por rojas, descubiertas del todo, cortado el pelo al rape y afeitadas las cejas. ¡Hay que oír como las insultan y qué de cosas no las dicen! Tal vez no sepa Fermina que en



las guerras civiles pasadas, a más de raparlas las emplumaban con alquitrán y las paseaban por toda la ciudad montadas en borriquillos.

¿Cómo ha formado el hombre sus conceptos del bien y del mal para que cruel o empecatado sólo se regocije con sus maldades y con el sufrir de los demás?

**D**urante mucho tiempo fueron públicas las ejecuciones en espera de que atemorizaran con su ejemplaridad. Pero, muy al contrario, se convirtieron en espectáculos de fiesta y jolgorio, de bota y merienda. En ese día era cuando más relojes y carteras se robaban, y de nada servía el severo pescozón que el padre daba a su hijo con el consabido añadido: Toma, para que te acuerdes.

Todavía no hace cien años de todo esto. Era en la época en que Pamplona apenas si contaba con una población de veinte mil almas. Lo mismo que ahora, ya se ejecutaba en garrote vil que había sustituido a la horca en los crímenes considerados como de orden civil. Las ejecuciones se llevaban a cabo en la Vuelta del Castillo.

Era una procesión macabra que recorría las calles de la ciudad. El reo iba en un carrito rodeado de cuatro o cinco curas; vestía una hopa amarilla con llamas rojas y, por lo común, para hacer más ostensible la afrenta, le cubrían con una corzoza o capirote cónico, hecho de papel y engrudado. Delante del carro, abriendo paso, iban dos filas de disciplinantes encapuchados, portadores de cirios amarillos, cantando responsos o letanías. Por último iba el verdugo, el buchín, como le llaman en germania, a pie y braceando. Todas las campanas tocaban a muerto. Personas piadosas recorrían la ciudad con una campanilla y un cepillo de ánimas, pidiendo limosna en nombre del condenado: "Por hacer bien por el alma del que van a ajusticiar".

Hoy en día, en que las ejecuciones son privadas sin más asistencia que la de aquellos previamente designados por la ley, he tenido que presenciar algunas. Es algo que jamás se puede olvidar.

El garrote está formado por una estaca o palo, más bien estrecho, firmemente sujeto al suelo. En esta estaca hay un pequeñísimo saliente en el que apenas si puede sentarse el reo, las manos esposadas y atadas a las rodillas. El verdadero garrote, el aparato con que se ahorca, queda a la altura del cuello. Es de hierro, tiene forma de estribo y se abre y se cierra para poder introducir en él el cuello de quien se va a ajusticiar. Ha de ser lo suficientemente consistente para poder resistir el empuje que recibe el cuello del grueso tornillo que movido por una especie de manubrio viene de atrás a adelante y quebrando las vértebras cervicales produce la muerte instantánea que se advierte por una rápida contracción de las atadas manos del reo. Si el verdugo que ejecuta es decidido y sereno, con una sola vuelta del manubrio basta; pero si es indeciso y se acobarda, son horriblemente trágicas y penosas las muertes de los ejecutados. El verdugo de Burgos, que tenía en su haber ochenta y tantas ejecuciones, era un buen amigo y servidor de la muerte.

Los reos entran en capilla a primera hora de la tarde. Es una capilla modesta, más bien pequeña, en la que se destacan lo sobrio del altar, los reclinatorios para las confesiones, unas cuantas sillas y dos camastros por si alguien

quiere recostarse en ellos. El tiempo transcurre con lenta pesantez. Generalmente no se habla; rara vez se hace un comentario o se formula una pregunta; no se hace otra cosa sino fumar y tomar café. El silencio no se altera por ningún motivo. En ese día los presos no salen al patio ni los centinelas dan las voces de alerta; tan sólo alguna rara vez, como una brisa, se oye el tenue bisbisar salido de un grupo de tocas monjiles que se atreven a caminar por corredores y crujiás. Conforme va avanzando el tiempo se dificulta más y más el dominio de los nervios; otra taza de café y otro cigarrillo.

El teléfono de la cárcel está conectado, permanentemente, con la Audiencia, que es de donde puede venir alguna noticia. La Audiencia, a su vez, está en continua comunicación con Madrid. Aunque el Tribunal Supremo confirmó la sentencia condenatoria, todavía no se ha dicho la última palabra; a este fin se ha reunido el Consejo de Ministros, por si estima conveniente aconsejar y suplicar de la benevolencia del rey la conmutación de la pena. Son las diez de la noche. Terminó el Consejo de Ministros sin acuerdo de súplica: ha de cumplirse la sentencia. Serán ejecutados después de salir el sol, a las seis de la mañana.

Hubo que decirselo a los reos que recibieron la noticia inmutables y silenciosos. Se van muriendo poco a poco: su frente sudorosa, el alargamiento de la nariz, el hundimiento de sus mejillas, que hacen más prominentes sus pómulos teñidos de un color amarillo verdoso, delatan la angustia de su agonía.

Pronto amanecerá. Entran en la Capilla los confesores; los reos se arrodillan en los reclinatorios; son confesiones breves guiadas por los confesores. A media voz se les oye a éstos la absolución: "Si est bene dispositus ego te absolvo a peccatis tui... Vade in pace". Este obligado "vade in pace", *ve en paz*, sacerdotal, dirigido a unos hombres llenos de vida que los van a matar dentro de unos minutos, nos emocionan a tal grado a algunos oyentes, que no tenemos más remedio que salir al pasillo, abandonando la Capilla, mientras los confesos rezan sus penitencias. Estos comulgan en la misa que se dice a continuación.

Todo lo previsto y reglamentado se va cumpliendo con la mayor rapidez. Entran los Hermanos de la Paz y Caridad; cada dos de ellos se hace cargo de un reo para acompañarlo, consolarlo, ayudarlo en aquel arrastrar de pies por el interminable corredor: junto a ellos va también el sacerdote que los confesó rezando latines y jaculatorias; una curiosidad o piedad monjil reza el rosario en un rincón.

¡Ya hemos llegado: todo terminó!

Los que nos hemos visto obligados a concurrir, firmamos el acta a toda prisa. No hay ningún diálogo entre nosotros, ni nos miramos a la cara, ni tan siquiera nos decimos adiós. Estamos ansiosos de huir, de llegar a la calle, de encontrarnos en nuestras casas. Han resultado vanas mis esperanzas de olvido y descanso. No ha habido bromuros ni calmantes que me permitan recuperar parte del sueño de la noche pasada. Se adueñan del delirio de mis visiones el terror y el remordimiento: un puño cerrado, con un monstruoso dedo índice que me señala, me persigue inexorable y pertinaz en su acusación; ¡Tú has sido!





# JOSE ANTONIO MATESANZ

## La Guerra Civil Española

**E**l 17 de julio de 1936 un grupo de militares españoles encabezados por el general Sanjurjo, el general Mola y el que había de llegar a ser "Caudillo de España por la Gracia de Dios", el general Franco, iniciaron en territorio marroquí una rebelión en contra del gobierno republicano del Frente Popular.

Fueron aquellos primeros días del conflicto días de indecisión para muchos y días decisivos para todos. Indecisión, por una parte, del gobierno republicano mismo, que turbado por facciones internas y sin saber muy bien qué hacer para enfrentar la rebelión por los cauces normales del aparato del poder legal, perdió un tiempo precioso y preciosas posiciones por no haberse decidido desde un principio a armar a todo aquel que lo pedía. Indecisión,

también, para una considerable porción de la población española, que se vió estrechada entre lealtades encontradas y que no participó o participó sólo a medias en las acciones de un pueblo claramente decidido a resistir, entusiasta de la lucha, fuese a favor del lado rebelde, fuese a favor de lado leal. Pero tanto para los decididos como para los que se negaban a decidir, fueron aquellos días decisivos, días que habrían de marcar de modo imborrable el destino personal de cada uno de los españoles, el destino de España como comunidad nacional y el futuro de Europa y del mundo entero.

Tal como mucha gente lo pensó en aquella época, y lo sigue pensando hoy, una simple y para España casi usual rebelión de militares no debería haber constituido problema grave para un gobierno bien organizado, para un gobierno fuerte, unido y acorde en sus objetivos y en los medios para lograrlo. Por desgracia, lo que el gobierno republicano del Frente Popular precisamente no tenía en aquellos momentos, era un acuerdo claro y aceptado plena y sinceramente por todos los grupos que lo componían, acerca de la meta a perseguir, y sobre todo acerca de los medios adecuados para llegar a ella. Hay quien dice hoy que la sordera del gobierno de Casares Quiroga ante las múltiples advertencias que recibió sobre la inminencia de la rebelión de los militares, fue en realidad una sordera fingida, y que el gobierno, con plena conciencia de la conspiración militar en curso, esperaba y deseaba que se manifestara abiertamente para aplastarla tal como había aplastado la rebelión militar de 1932 y tener así, ahora, motivo y oportunidad suficientes para suprimir de una vez por todas el peligro que desde un principio implicó para la República un ejército desafecto. Pero fuese que las medidas con que Casares Quiroga pensaba aplastar la rebelión no le funcionaron llegado el momento, o fuese que su gobierno fue tomado desprevenido, el hecho es que en pocos días, y a pesar de la heroica resistencia de una parte del pueblo español, los militares rebeldes se había apoderado de la mitad de España.

Durante toda la guerra, especialmente durante estos primeros días, la lucha adoptó aspectos que cualquiera que conozca así sea medianamente la historia de España puede de inmediato relacionar con el pasado español. Resulta en verdad impresionante comprobar la similitud con que un pueblo reacciona en épocas muy distantes ante peligros si no exactamente iguales, por lo menos análogos. En 1808, para no ir más lejos con esta analogía, ante la invasión napoleónica y el derrumbe de la corona de los Borbones, una buena parte del pueblo español decidió resistir, sin dejarse impresionar demasiado por el hecho de que había de enfrentarse al mejor ejército de la época. En 1808



como en 1936, rotos los órganos del aparato legal del Estado, desaparecidos o convertidos en enemigos los instrumentos represivos de la autoridad pública, por sí y ante sí el pueblo español asumió la misión de defenderse, se arrogó la representación de la soberanía original y colocó en un primer plano las unidades primarias en que su cuerpo social estaba organizado: en 1808 los ayuntamientos, las diputaciones y las juntas regionales; en 1936 los sindicatos obreros y los partidos políticos.

Los aspectos característicos que adoptó la guerra civil de 1936 permiten hacer una analogía no solamente con la guerra de Independencia o con las guerras civiles en que España se vió envuelta durante el siglo XIX, sino con su historia toda, tanto la medieval como la moderna. En efecto, la lucha armada a la que se lanzó el pueblo español a partir del 17 de julio moscó, desde un principio, esa exaltación de la personalidad que es típica del romancero español; mostró ese gigantismo del yo voluntarioso que formado y templado a lo largo de ocho siglos de guerra con los moros permitió a los españoles labrarse primero un imperio mediterráneo, después uno europeo y por último un imperio donde efectivamente el sol no se ponía. Por desgracia las infinitas acciones de heroísmo, de valor y de cobardía, de traición y de lealtad que hacen de esta guerra la última página agregada por España a su romancero, no se ejercieron en contra de un enemigo exterior; por desgracia, toda esta explosión de impresionante energía vital fue dirigida por el español en contra del español, en una encarnación más del drama eterno de Caín y Abel.

Esa gesta romanesca vivida por los españoles sobre todo en esos primeros y decisivos días de la guerra, cubierta hoy por la niebla deformante de una propaganda decidida a mitificar, por intereses políticos de todos los colores y todos los matices, la historia de la guerra civil española, más que aclarar oscurece los términos en que puede y debe verse el conflicto desde un punto de vista más estrictamente historiográfico, más general, más alejado de las pasiones partidistas.

**E**n términos militares, la rebelión logró solamente un triunfo a medias, lo que es decir que a medias fue derrotada. A fines de julio el ejército rebelde se había apoderado sólo de la mitad de España, es decir de Navarra, de parte de Aragón, de partes de ambas Castillas, de partes de Asturias y Galicia y de las principales ciudades de Andalucía. En cambio, había sido derrotado en la otra mitad, y sobre todo en las grandes ciudades, en Barcelona, Valencia, Madrid, Bilbao, Santander. Si la rebelión hubiese triunfado desde un principio en todo el territorio español, no se hubieran dado las condiciones necesarias para una guerra civil, y la situación española en 1936 se habría parecido mucho más de lo que de hecho se parece a la de Chile en nuestros días. Si, por otra parte la rebelión hubiese fracasado en todo el territorio, con toda verosimilitud podemos suponer que se habría visto libre el camino para que en toda España se llevase a cabo plenamente la revolución social que había venido incubándose por tanto tiempo.

Aunque en términos formales pueda decirse que una parte del pueblo español se levantó en defensa de la República, en términos más estrictos, referidos al contenido, al

sentido mismo que ese pueblo dió a su lucha, la razón última por la que exigió y tomó las armas, no fue que le importase en primer lugar la forma de su gobierno, sino que mucho le importaba llevar a cabo su propia revolución. En los últimos días de julio y primeros de agosto, en territorio dominado por los rebeldes estaba en curso como preocupación casi única la preparación de la guerra civil, ya inevitable y que prometía ser larga. En contraste, en territorio dominado por los leales lo que estaba en curso en primer lugar era una revolución social. La revolución, o mejor dicho las múltiples revoluciones que ese pueblo pretendía llevar a cabo de un sólo golpe eran el precio que quería cobrar por la defensa de la República, y que cobró en parte de hecho, llevándola a cabo allí donde pudo y olvidándose entretanto que enfrente había un enemigo decidido a aplastarlo.

Esta es una de las paradojas más irónicas entre las muchas que nos ofrece esta historia; el ejército, rebelado contra el gobierno legítimo con el pretexto de que en España había una revolución, lo que hizo de veras fue provocar que esa revolución estallara; el ejército, que entre las excusas que entonces dió para justificar su rebeldía usó mucho la de que entre sus deberes históricos estaba el de guardar el orden público, lo que provocó de veras fue un



sangriento estallido de desorden público. Es necesario subrayar esta vertiente en que se manifiesta la crisis española en julio y agosto de 1936: guerra civil por un lado y revolución por el otro, e insistir en que el inicio de la segunda, de la revolución, fue consecuencia y no causa (por lo menos no una causa verdadera y legítima) de la primera.

La revolución social que quiso llevar a cabo el pueblo armado en defensa de la República, constituye otro caso entre los múltiples ejemplos que nos ofrecen las revoluciones modernas, de que es preferible no iniciar un movimiento de este tipo a menos de que existan las condiciones para llevarlo a sus consecuencias últimas, y que resulta en verdad mucho peor iniciarlo y dejarlo a medias. Si los revolucionarios españoles de 1936 hubieran sido capaces —como lo fueron los revolucionarios rusos en 1917— de destruir la estructura del orden anterior y al mismo tiempo de organizar la guerra civil exitosamente, la historia de España hubiese sido muy distinta. La contradicción interna del bando leal fue, desde el principio hasta el fin del conflicto armado, la imposibilidad de armonizar la revolución que las masas pretendían llevar a cabo con las necesidades de la lucha civil frente a un enemigo decidido a borrarlas de la tierra española.

En el campo rebelde, establecida desde un principio la prioridad de los objetivos militares, no fue difícil al general Franco, habiendo muerto en un accidente el general Sanjurjo, establecer ante sus posibles rivales su supremacía en el mando. Aunque la unificación política de la España rebelde no dejó de presentar problemas habida cuenta de la heterogeneidad de los grupos que la formaban: carlistas, monárquicos, falangistas, ejército, aristocracia, clases medias conservadoras y derechistas de todos los matices, Franco pudo establecer rápidamente su mando único y pudo también, especialmente a través de una magnífica manipulación propagandística del miedo, sobre todo del miedo que muchos españoles sentían ante la revolución en curso en la España leal, lograr que media España optase activamente por él. En esta labor, es triste recordarlo, recibió la ayuda de las altas jerarquías eclesiásticas y de la mayoría de los miembros de la Iglesia española, que conscientes de la importancia que el sentimiento religioso tenía para los españoles, hicieron todo lo posible por dar al conflicto el carácter de una guerra religiosa; para usar el término que la misma iglesia resucitó, de una cruzada.

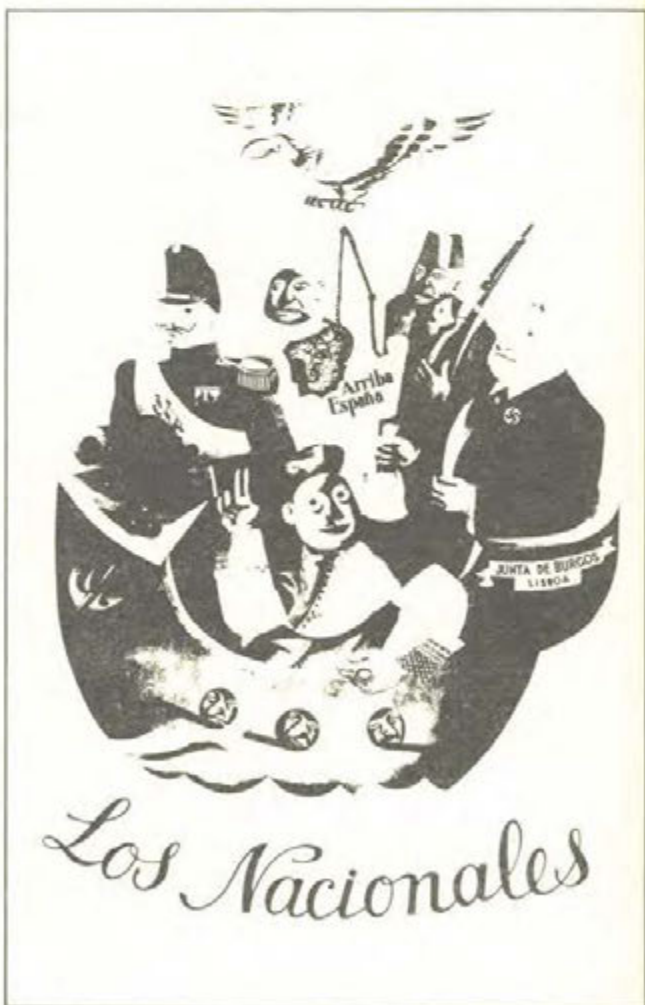
**E**n la España leal, por contraste, el proceso de unificación política fue mucho más complejo y nunca logró un carácter definitivo. El gobierno de Martínez Barrio, en los primeros días de la guerra, nació y murió en unas cuantas horas ante la exigencia de las masas, convencidas de que pretendía pactar con los militares rebeldes. El gobierno de Giral, que le sucedió, decidido a resistir a los rebeldes y a salvar lo que se pudiese tomó la medida importantísima de repartir armas al pueblo, y se enfrentó a la enorme tarea de restaurar los órganos de poder de la República, ignorados o destruidos tanto por las masas republicanas como por los militares rebeldes; a la tarea de organizar la guerra y también, triste necesidad, a la de encauzar en lo posible por los cauces legales el terror desatado por las masas.

Sin embargo, como representante de una tendencia re-

publicana, liberal-democrática, el gobierno de Giral careció del apoyo activo y entusiasta de las masas revolucionarias en armas y de los partidos políticos: es decir, careció del apoyo real de socialistas, anarquistas y comunistas.

Desde la caída del gobierno de Giral en septiembre de 1936 hasta el fin de la guerra, en abril de 1939, los gobiernos republicanos para sostenerse se verán en la necesidad de aunar el apoyo político de partidos y sindicatos a su capacidad de conducir y de ganar la guerra. La tragedia insoluble de todos estos gobiernos fue que para ganar la guerra se vieron en la necesidad de tomar medidas de organización y control que, necesarias desde el punto de vista militar, fueron resistidas y resentidas por las masas como ataques a sus conquistas revolucionarias. Pero a fin de cuentas no fue ése el principal problema de los gobiernos republicanos porque, mal que bien de 1936 a 1939 lograron organizar un ejército y lograron reconstituir, aunque fuese en términos distintos a los de 1931, el poder represivo de la República como Estado. A fin de cuentas el principal problema de los gobiernos republicanos lo constituyó su situación internacional.

Hoy es casi un lugar común afirmar que si a España la



hubiesen dejado sola, si en la guerra civil no hubiesen intervenido otras naciones, el bando rebelde y el bando leal, faltos de elementos con qué hacer la guerra se hubiesen visto en la imperiosa necesidad de negociar. España se hubiese ahorrado la guerra civil y podría haberse producido un acuerdo entre las Españas enemigas. Reflexionar en que las cosas pudiesen haber sido así en efecto, produce hoy esa tristeza característica de los buenos deseos frustrados, de las cosas buenas que pudiendo haber sido no fueron. Es un hecho que España, que no se había visto envuelta en una guerra civil desde hacía más de 50 años —todo un récord—, que no había participado activamente en la primera guerra mundial, no tenía una industria de guerra que pudiese garantizar ni a la España rebelde ni a la leal el suministro de un armamento propio abundante y suficiente. Para satisfacer esa carencia fue necesario que los dos bandos apelasen a sus respectivos amigos. Así al maremágnum producido en el territorio español por una revolución social y por una guerra civil en que intervenía entusiastamente el pueblo armado en ambas Españas, vino a agregarse la complicación de una intervención extranjera.

Una intervención extranjera que por lo que concierne a la España rebelde fue abierta, masiva y comprometida. El

prudente general Franco se había asegurado, antes de decidirse a lanzarse a la rebelión, el apoyo político y sobre todo el suministro de material de guerra de Italia, y a poco logró el de Alemania. Tanto Hitler como Mussolini, libres ya de enemigos internos, ya establecido de manera absoluta su mando único y en pleno curso la creación de sus sociedades fascistas, vieron en la guerra de España la oportunidad de fortalecer sus respectivas posiciones internacionales. Para el Führer la ayuda brindada a Franco —una ayuda modesta pero decidida—, implicaba el debilitamiento de las democracias occidentales, en cuyo grupo se había encuadrado la República española, e implicaba un paso más adelante en la ruptura de la organización europea establecida por el Tratado de Versalles. Para el Duce la intervención italiana en la guerra civil española —una intervención masiva que incluyó equipo, materiales de guerra y todo un ejército—, implicaba también el debilitamiento de las democracias occidentales; pero llevado de la ilusión de establecer el poder y el prestigio de un imperio italiano que se complacía en imaginar heredero del imperio romano antiguo, Mussolini dio a su participación el sentido de defensa de la cultura cristiana occidental contra el bolchevismo internacional.

**E**n contraste con la participación activa y abierta de Italia y Alemania en favor de los rebeldes, la República se vió abandonada de todos sus posibles aliados naturales. En Inglaterra, y a pesar de que una parte importante de la opinión pública estuvo a favor de los leales, predominó una política gubernamental —que habría de revelarse con el tiempo como una política suicida—, de apaciguamiento de las tensiones con los nazifascistas, de contemporización con sus bravuconadas: una política, en fin, decidida a evitar a cualquier costo la guerra con Alemania. Inglaterra fue la principal mantenedora de una política de no intervención en la guerra española, que al impedir por todos los medios que la República se armase para hacer la guerra habría de traducirse en términos reales en una intervención a favor de Franco.

La postura adoptada por Francia no desentonó con la de la Gran Bretaña. A pesar de que la opinión pública francesa simpatizó en gran proporción con la España republicana; a pesar de que el gobierno del Frente Popular francés tenía estrechas ligas con el Frente Popular español, a pesar incluso de que existían acuerdos anteriores que estipulaban la obligación española de comprar armamentos en Francia, a la hora de la verdad el gobierno francés decidió ligar su destino, decididamente, a la política británica de apaciguamiento de las pretensiones italo-germanas. Y Francia negó, ya no su ayuda, que nadie le exigía, Francia negó a la República española la venta de las armas que necesitaba para hacer la guerra. Francia, esto parece cierto, estuvo constantemente al borde de una guerra civil propia con motivo de la española. Desgarrada por tendencias contrarias entre sus propias fuerzas políticas internas, indecisa entre dos políticas: una, oponerse activamente al rearme alemán y al reforzamiento de las posiciones italianas, contra ella dirigidos en primer lugar; otra, contemporizar en todo lo posi-



ble con Inglaterra y permitir el avance y el engrandecimiento nazifascista, Francia optó por esta última, que resultó a la larga ser la peor. Se libró posiblemente de que los propios franceses se lanzasen a una guerra civil; en cambio alentó con firmeza las condiciones para su propia derrota en la segunda guerra mundial, de la que no pudo salvarla su amiga y aliada la Gran Bretaña.

Una actitud parecida a la de Francia e Inglaterra fue la que mantuvieron los Estados Unidos a lo largo de toda la guerra: no intervención a favor de ningún bando, que significó de hecho una intervención en contra de la República.

Una mención especial merece dentro de este triste panorama la actitud del gobierno de Lázaro Cárdenas, que respaldado y aconsejado por un grupo selecto de mexicanos simpatizantes de la República le dió su apoyo sin restricciones. México no podía, no tenía con qué influir decisivamente en el desequilibrio que en cuestión de armas había entre la España rebelde y la España leal. En términos materiales el apoyo mexicano a la República no pudo pasar de unas cuantas armas, de unos cuantos soldados; sus suministros tuvieron más bien el valor de un gesto. En términos políticos, en cambio, el apoyo que México dió a la República en los foros internacionales, denunciando en voz alta las agresiones nazifascistas y desenmascarando el sentido real de la política de no intervención, tuvo la virtud de enfrentar a las democracias occidentales a sus culpables complacencias con sus enemigos, y sobre todo tuvo el valor de recordar al mundo el papel que la ética debía desempeñar en las relaciones internacionales.

Una consideración especial pero de otro tipo merece la intervención de Rusia, por la importancia que revistió en el curso de la guerra tanto en su aspecto militar como en el político. La intervención de Rusia a favor de la España leal ha sido interpretada por muchos como una corroboración incuestionable de que la revolución española era una revolución comunista. La presencia de equipos y asesores militares soviéticos en territorio republicano fue utilizada propagandísticamente por los rebeldes y sus simpatizantes, para grabar con fuerza en la mente de los ingenuos y de los miedosos la imagen de una España bolchevique, de una España roja. No obstante, y tratando de dejar a un lado la propaganda, no se sigue que la España republicana haya sido comunista por haber recibido el apoyo soviético, como no se sigue que hayan sido comunistas Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y la China de Chiang-Kai-Shek por haber tenido a Rusia de aliada durante la segunda guerra mundial.

**P**ara Rusia la guerra civil española significó la oportunidad de establecer posiciones donde nunca las había tenido. Hay que recordar que las relaciones diplomáticas de Rusia con España se iniciaron hasta octubre de 1936; hay que recordar que el partido comunista español, además de que no fue un partido que siguiese servilmente las directrices de la Komintern, antes de la guerra no tuvo peso ni importancia dentro del conjunto de fuerzas de izquierda españolas. El peso y la im-

portancia que adquirió durante la guerra se debió básicamente a dos razones: primera, a que Rusia condicionó su apoyo político-militar a la República a un aumento de la influencia del partido comunista en la composición del gobierno. Rusia fue el único país con capacidad militar y dispuesto a vender armas a la España leal; para los gobiernos republicanos mantenerla satisfecha no era cuestión deleznable, era nada menos que cuestión de supervivencia, cuestión de vida o muerte. Pero no fue ésta la única razón por la que el comunismo logró durante la guerra una extensión y un crecimiento fuera de proporción con sus efectivos iniciales; la segunda razón que explica la importancia que adquirió, es la de que el partido comunista interpretó muy sensatamente el sentir de muchos españoles de que había primero que ganar la guerra, que para ganarla era necesario reorganizar el poder del Estado y organizar un ejército eficiente, así hubiese para ello que sacrificar las conquistas revolucionarias de las masas. En este proceso los gobiernos republicanos se vieron en la necesidad penosa de permitir a los comunistas la comisión de crímenes incalificables, tales como la supresión de los trotskistas españoles.

La conducta de la guerra por parte de los republicanos y la composición misma de los gobiernos, tuvieron que estar supeditadas a los intereses políticos de la Unión Soviética y al suministro de armas que de ella provenía, suministro que fue manipulado por Stalin como un cuentagotas, y eso a pesar de que la República pagaba sus cuentas en oro y por adelantado. Vendiendo material de guerra a la República la Unión Soviética ganó dinero; adquirió también una posición de fuerza internacional que le permitiría, llegado el momento, usarla a su favor para conseguir un entendimiento con Alemania después de que ella también hubo abandonado a la República a su suerte.

El gobierno de Largo Caballero, iniciado en septiembre de 1936 bajo los mejores auspicios habida cuenta de la popularidad del "Lenin español" entre las masas y del apoyo que le concedieron los rusos, a pesar de que logró en lo militar triunfos tan espectaculares como la defensa de Madrid y la derrota de los italianos en Guadalajara, y en lo político logros tan sorprendentes como la inclusión entre sus ministros de varios miembros de la poderosa organización anarquista, de la Confederación Nacional del Trabajo, para mayo de 1937 se había enemistado con los rusos y hubo de dejar la jefatura del gobierno. Le substituyó don Juan Negrín.

Quizá no hay entre todos los dirigentes republicanos ninguno que como Negrín haya llegado a polarizar de un modo tan total, de un modo tan absoluto, la devoción y el odio de sus compañeros de lucha. Militante del ala derecha del partido socialista, este médico que antes de la guerra sólo era conocido entre sus colegas como un buen organizador de la investigación en Medicina, como jefe del gobierno republicano se reveló como un enorme dirigente, en mi concepto el mas grande que haya producido la República durante la guerra civil. Negrín tomó las riendas del gobierno en un momento en que los desastres militares de la República, tales como la caída de Málaga, hacían pensar a todos los prudentes que la República no

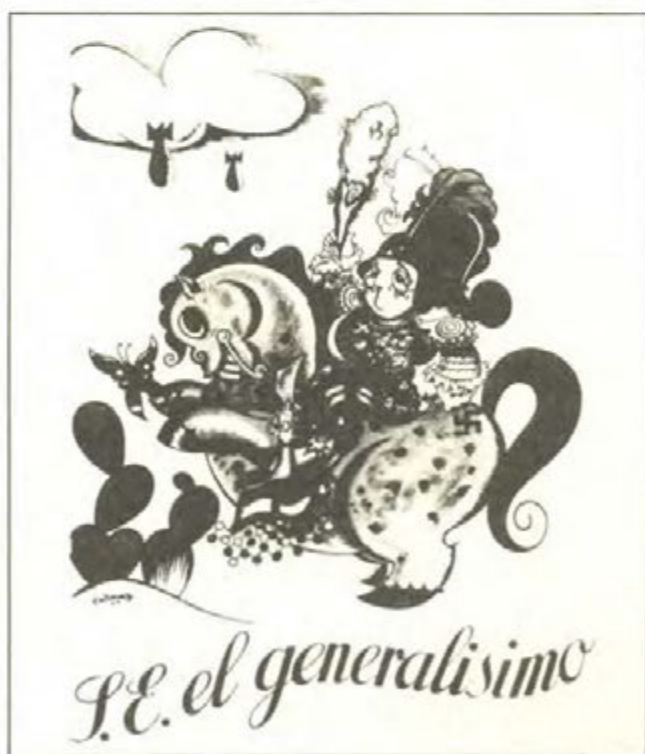


podría resistir y por lo tanto no debía resistir. Para encargarse de dirigir la lucha, Negrín necesitaba creer en la victoria, y en ella creyó con la violencia de un temperamento apasionado y enérgico. Negrín ocupó todas sus energías en reorganizar el poder del Estado republicano, en mayo de 1937 todavía disgregado y atomizado en manos de las masas, y en crear un ejército para la República unificando bajo un solo mando a todos sus defensores. Azaña lo acusa en sus *Memorias* de arbitrario, de poco respetuoso con los formulismos de la organización parlamentaria de la República, de haber desarrollado tendencias personalistas y dictatoriales; lo acusa de ser un inconsciente. Prieto le reprocha haberse identificado demasiado con los comunistas. Los catalanistas lo acusan de no haber respetado el Estatuto. Muchos, muchísimos más lo acusan de haber prolongado la guerra innecesariamente, de haber jugado ligeramente con el dolor de todo un pueblo. Sin embargo y a pesar de que todas esas acusaciones tienen su parte de verdad, Negrín sabía perfectamente que el principal enemigo de la República era el tiempo, y que la única posibilidad de supervivencia estaba en aguantar hasta donde se pudiera, hasta el límite máximo de la resistencia; aguantar, no porque se pudiese vencer a los rebeldes, cosa imposible dada la carencia de armas, sino porque sabía bien que la guerra en Europa no podía tardar en estallar y porque esperaba que entonces los enemigos de la República, es decir la España rebelde, Italia y Alemania, se convertirían en enemigos de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y forzarían a estos infieles amigos a proporcionarle las armas que necesitaba. Y porque estaba convencido de todo esto, Negrín se convirtió en el máximo representante de la resistencia a ultranza, y en el dirigente de todos aquellos que deseaban seguir luchando. La guerra civil española terminó en abril de 1939; en septiembre del mismo año, a sólo seis meses de distancia Alemania atacó a Polonia. Equivocado o en lo cierto es plausible pensar, como lo pensó Negrín, que si el estallido de la guerra europea hubiese encontrado a la España rebelde y a la España leal frente a frente y en armas, la historia de España y del mundo hubiese sido distinta. El tiempo, el principal enemigo de la República, el que habría de derrotarla, dio la razón a Negrín. Era necesario resistir para que la guerra civil española se ligase directamente con la guerra europea. Era necesario resistir, además, para que en caso dado la República pudiese negociar con los rebeldes desde una posición más fuerte, ya no la supervivencia del régimen, condenado a desaparecer, sino la supervivencia misma de los defensores de la República, amenazados por la saña que en su contra mostraban los rebeldes. El tiempo habría de darle la razón a los partidarios de la resistencia a toda costa; no fue su culpa que contra un enemigo tan poderoso no pudiesen triunfar.

**T**al como fue, la historia militar de la guerra civil española nos muestra un avance lento pero constante del ejército rebelde, momentáneamente detenido aquí y allá por los desesperados esfuerzos del ejército republicano. Detenidos por el pueblo madrileño y por las Brigadas Internacionales ante las puertas de

Madrid en noviembre de 1936, para febrero de 1937 los rebeldes se apoderan de Málaga, en junio de Bilbao, en agosto de Santander. El ejército republicano muestra ya su capacidad de lucha en Brunete, en Belchite, en Teruel, sobre todo en la batalla del Ebro, de julio a noviembre de 1938, que a pesar de su éxito inicial y del derroche de voluntad de los republicanos termina en costosa derrota; costosa principalmente porque en esta batalla la República consume sus escasos materiales de guerra y se ve así impedida, materialmente impedida de defender a Cataluña.

El 24 de diciembre de 1938, espléndidamente equipado, haciendo derroche de efectivos militares, el poderoso ejército rebelde inicia su ofensiva contra el Principado catalán. El ejército republicano, sin provisiones, sin armas, desmoralizado, se retira paulatinamente hacia Francia. En su retirada le sigue una enorme masa de población civil enloquecida de terror. El 26 de enero de 1939 Barcelona cae en manos de los rebeldes; el 9 de febrero Cataluña ha sido totalmente ocupada y en los campos del sur de Francia hay medio millón de refugiados españoles. Caída Cataluña, la zona más importante por sus recursos industriales y su situación estratégica, sólo queda en manos de la República la zona centro-sur, es decir Madrid y Valencia. Es entonces, en esos trágicos meses de febrero y marzo de 1939, que estallan abiertamente las diferencias entre los dirigentes republicanos. Roto el hilo que los unía: la esperanza de salvar a la República, los republicanos toman cada cual su camino sea para salvar por lo menos la vida, sea para hacer el último intento por proteger de la venganza franquista a tantos fieles defensores de la República que no tienen medios para abandonar el territorio español. Azaña renuncia a la presidencia. Negrín



regresa a la zona centro-sur para continuar resistiendo. El coronel Casado, por su parte, considera oportuno el momento para encabezar un golpe de estado en contra de Negrín y para organizar una cacería de comunistas. Sus motivos, ¿quién quiere dudarlo? eran positivos: tratar de negociar con Franco la vida de los defensores de la República. Pero Franco, imperturbable, no concede nada. Ha de ser una rendición incondicional, total, sin garantías para nadie. El frente de desploma y muchos infelices que hubieran querido salir de España caen en manos de los rebeldes. El 28 de marzo las tropas de Franco entran en Madrid, que nunca pudieron conquistar. El 10 de abril un parte franquista anuncia orgullosamente: "la guerra ha terminado".

"La guerra ha terminado", se dijo, y sin embargo en muchos sentidos, demasiados, la guerra continuó, y todavía continúa hoy por muy variados medios. En España misma hoy, a 40 años de terminada la contienda continúan sintiéndose violentamente los efectos de la guerra civil. Entonces, en 1939, ocupado ya todo el territorio por los rebeldes, se hizo sentir la venganza de Franco en contra de los republicanos. Se impuso un gobierno de fuerza que duró casi hasta nuestros días; se organizó el terror a escala nacional; pedazo a pedazo fue destruida o pervertida la vida anterior. Y sin embargo, España, exhausta, mostró un inextinguible deseo de vivir. Su inmovilidad misma por tantos años más que un estado de coma implicó un reposo para recuperar las fuerzas perdidas.

El costo material y sobre todo espiritual de la guerra fue enorme. Incluyó la destrucción de todo un mundo, la destrucción de la riqueza que sobre todo en hombres, en ideas, en cultura, en tolerancia había acumulado tan trabajosamente la España de la restauración borbónica y la España de la República. Lo mejor que perdió España, sin duda, fueron sus hombres; fue un grupo selecto por su valor, su inquietud, su entrega moral, que perdió la vida en los campos de batalla y en el terror desatado por ambas banderías, o tuvo que huir de España para salvar la vida. En todo caso, la pérdida fue brutal.

Con la crisis que provocó en todos los órdenes de la vida, la guerra civil puede tomarse como el hito que separa y relaciona entre sí dos eras históricas muy distintas. El mundo que muere y que se transforma en algo distinto es el de la España republicana; pero además de ella mueren y se transforman, ¿para siempre? la España de la dictadura de Primo de Rivera, la España de la restauración borbónica de 1874, la España de la Primera República, la de la revolución de 1868, la de la guerra civil entre carlistas y cristinos de 1833 a 1839, la España, en fin, de la guerra de independencia de 1808. En la guerra civil española se cruzan y entrelazan muchos de estos procesos históricos, susceptibles de ser seguidos hacia atrás por más de un siglo de historia. Es la España del siglo XIX la que muere, aquella que quiso hacer de la nación española una nación moderna a la altura de Europa, y que se enfrenta y pierde la partida una vez más ante la España tradicional, anti-moderna y anti-europea.

Para España, la guerra civil marca el fin de una era y el

principio de otra, muy diferente, que es la que estamos viviendo todos nosotros. Y nos incluyo a todos porque la guerra civil española tuvo y tiene una proyección universal. Como muy bien lo vieron tantos hombres que lucharon por la República, el problema no se reducía a una simple rebelión de militares en territorio español. Además de los problemas específicamente españoles que se ventilaban, en la guerra se opusieron y lucharon las dos tendencias que habrían de enfrentarse poco después en los campos de batalla del mundo: el nazifascismo y las democracias representativas aliadas, y esta es otra de las ironías de esta historia, a los comunistas. La guerra civil española fue el primer acto, la primera batalla de la segunda guerra mundial. Por ello pudieron creer fervorosamente muchos españoles que al fin de la guerra mundial las potencias aliadas restaurarían, como obligada justicia, a la República en territorio español.

Fin y principio de una era para España; fin y principio de una era para Europa y el mundo, que en la segunda guerra mundial habrían de destruir en gran medida los restos que quedaban de la cultura decimonónica y moderna. Una cultura decimonónica y moderna que habiendo hecho crisis con la primera guerra mundial, permanece transitoriamente en vilo hasta que la segunda guerra mundial le viene a extender su acta de defunción. Mucho queda en pie, sin embargo, de ese mundo que al morir se transforma. Lo que quede y lo que todavía podamos destruir o conservar de la cultura moderna, es ya nuestra historia vivida, la historia de nuestros días.

Por supuesto, la historia de la guerra civil española no agota sus sentidos con decir que para España y para el mundo implicó una profunda crisis, una crisis en la cual lo que estaba en cuestión en términos espirituales era la fe que Occidente tenía en la razón. Otro sentido hay que nos atañe directamente y por lo menos hay que mencionarlo.

A México, la guerra civil española le importó mucho. Por primera vez en la historia de México desde la Independencia, pueblo y gobierno se sintieron directamente comprometidos con las luchas españolas. Muchos hubo que se identificaron con los militares rebeldes, pero predominaron los que hicieron suya la lucha por salvar a la República. La lucha española tuvo la virtud de apasionar a México, y de crear una identificación de las metas y los objetivos españoles con los mexicanos. El gobierno de Cárdenas, respaldado por una opinión nacional importante, tomó parte como pudo en favor de la República, y al término de la guerra hizo más: invitó a muchos republicanos a rehacer su vida en tierras mexicanas. Lo que para España fue una pérdida, la de sus hombres, para México y en la medida en que adoptó a esos hombres fue una enorme ganancia. México recibió a un numeroso grupo de republicanos españoles que hoy son parte ya inseparable de la vida de México, porque le entregaron y continúan entregándole lo mucho que de vida les quedaba y les queda, y aquí fincaron su hogar, encontraron patria, se fundieron con un pueblo que a través de ellos y sus hijos aprendió a valorar con mayor justicia a España como una de las raíces que configuran nuestra nacionalidad.

## FELICITAS LOPEZ PORTILLO

### Características del "fascismo" español

**¿Pueden catalogarse como fascistas al Gral. Francisco Franco y al régimen por él implantado?...**

Para dilucidar esa interrogante se han gastado mares de tinta, aduciendo los sostenedores de la militancia fascista del Generalísimo que la mayor prueba a favor es el apoyo otorgado a la España nacionalista por Alemania e Italia. Aparte de que este apoyo no fue gratuito y cumplió con varios fines propios de los intervencionistas, (alemanes e italianos entrenaron a sus tropas para la próxima contienda mundial en suelo ibérico, además probaron la eficacia de sus adelantos técnicos en materia militar), considero que el problema se debe situar en términos del contexto histórico en que se dio y de las condiciones estructurales de España en los años treinta, muy diferentes a las de Alemania e Italia de la época.

En mi opinión, el término y la calificación de fascista se han vulgarizado mucho en los últimos tiempos, uniformando de esta forma a regímenes políticos muy diferentes cuyo común denominador sería la represión sistematizada de los movimientos populares, característica que encontramos tanto en Paraguay como Chile, Haití o Brasil, países que representan entre sí diferencias estructurales muy importantes. Lo mismo vale para la España franquista.

A mediados de la década de 1930 España era un país

eminentemente agrícola. Se calcula que a principios del siglo XX el 70% de la población económicamente activa se dedicaba a actividades primarias. En 1931, dos millones de trabajadores agrícolas no tenían tierra, mientras que 10.000 propietarios tenían más de cien hectáreas.<sup>1</sup> Los dominios de los terratenientes se encontraban sobre todo en el sur, en la región andaluza, mientras que en el norte y en el centro dominaban las pequeñas propiedades. La mitad de la población era analfabeta.

En cuanto a las actividades secundarias, la única industria importante y moderna estaba concentrada en el País Vasco, en el sector metalúrgico. En Barcelona se encontraba la industria textil en manos de pequeños y medianos industriales. El capital extranjero estaba representado en todas las formas importantes de la actividad económica. Con motivo del férreo dominio sobre la tierra, la estructura social era muy rígida. La débil burguesía financiera e industrial no tenía poder suficiente para enfrentarse a la oligarquía terrateniente. En las ciudades se concentraban las capas medias partidarias de la República, de índole progresista e ilustradas, mientras que las conservadoras tenían su asiento principal en el campo, donde la influencia clerical se dejaba sentir con más fuerza.

En estas consideraciones no debemos dejar de lado la importancia que en el conjunto de la sociedad espa-





ñola tenían el ejército y la iglesia, ligados ambos a los intereses de los terratenientes y de la antigua aristocracia. El poder temporal y espiritual de la Iglesia era impresionante, explicable a su vez por el bajo desarrollo económico del país y por supuesto, por el papel desempeñado por esta institución desde el fenómeno histórico de la Reconquista. El ejército, durante todo el siglo XIX y parte del XX, se había convertido en el árbitro de las crisis políticas, actuando como el instrumento de las clases dominantes cuando éstas veían amenazado el orden establecido.

Para estas fechas —mediados de los años treinta— el fascismo estaba firmemente implantado en Alemania e Italia. Este régimen político fue la respuesta del capitalismo industrial maduro a la efervescencia popular que amenazaba desembocar en una revolución proletaria. Efectivamente, al término de la Primera Guerra Mundial los países europeos sufrieron una serie de fuertes crisis económicas y políticas que no pudieron ser superadas con las viejas recetas liberales, teniéndose que echar mano de un nuevo esquema de dominación a base de un Estado autoritario y fuerte que acallara el descontento popular y sentara las bases para que los industriales y los bancos más poderosos prosiguieran con su acumulación de capital, afectada por las frecuentes crisis.

Desde la antigua Rusia llegaban los ecos de la triunfan-



te revolución bolchevique, mostrando a los trabajadores la posibilidad de su acceso al poder. Bajo este temor el fascismo se extiende a toda Europa, incluso a las naciones menos desarrolladas del centro (Hungría, Polonia, Rumania), pero alcanza su cabal desarrollo en Alemania e Italia, países que habían sido derrotados en la primera guerra y alentaban fuertes deseos revanchistas, aparte de poseer una base industrial muy importante como plataforma para la política económica de la autarquía. (Dentro de lo que esto es posible en los tiempos modernos.) Gracias a este desarrollo industrial existía un fuerte contingente de pequeña burguesía que estaba aterrorizada por la amenaza de una proletarización, otorgando la base social que apoyó al fascismo, el cual pregonaba la necesidad de reforzar el capitalismo, de "maquillarlo" para que sus efectos sociales fueran menos dolorosos para estos grupos sociales. La razón de estos contenidos "revolucionarios" era quitarles banderas a los verdaderos movimientos socialistas. Al llegar al poder tanto Hitler como Mussolini se aliaron inmediatamente con los verdaderos dueños del poder económico, los monopolios industriales y los bancos.

Con el fin de afianzar la unidad nacional se hace énfasis en el equilibrio de las clases sociales dentro del aparato productivo, se niegan los conflictos existentes entre ellas, sazonado todo esto con fuertes dosis de nacionalismo. Se organiza el sistema político bajo un partido unipartidista, eliminándose toda forma de oposición. Para ello se utiliza un aparato represivo muy eficaz que elimina o neutraliza a los inconformes. La Iglesia otorgó su bendición al fascismo, aunque se declarara ateo, pues consideraba —y no sin razón— necesario este nuevo sistema político con el fin de aplastar la insurgencia popular.

El historiador inglés H.R. Trevor-Roper resume lo esencial del fascismo en la siguiente cita:

"El fascismo europeo, por tanto, es la respuesta política de la burguesía europea al retroceso económico después de 1918, o, más bien, y más directamente, al temor político causado por ese retroceso. Antes que nada, fue anticomunista. Vivió y creció en el anticomunismo, y su virtud anticomunista, que lo hizo internacional, cubrió una multitud de pecados. Pero, aparte de su base social y su espíritu anticomunista, tenía poco más que sirviera de unión. Era un movimiento heterogéneo, que variaba muchísimo de un país a otro. Para esto hubo dos razones obvias, una histórica, la otra estructural. Históricamente el fascismo era, esencialmente, nacionalista. Estructuralmente, nunca fue simple: siempre fue el resultado de una coalición."

**T**omando en cuenta estos antecedentes volvemos otra vez a nuestro asunto, esto es, aclarar si el Gral. Franco estaba afectado o no por el virus fascista. Para ello es necesario adentrarnos en el desarrollo social y político de la España rebelde, examinar los principales apoyos de los nacionalistas y la manera como el Caudillo utilizó a la Falange —la única organización fascista española— como sustentadora del marco ideológico del nuevo régimen.

La Falange Española había sido fundada a fines de 1933 por José Antonio Primo de Rivera, —hijo del dictador— con un programa típicamente fascista, donde proponía la nacionalización de los bancos y los ferrocarriles y una reforma agraria radical, medidas éstas tendientes a disuadir a los trabajadores y la pequeña burguesía de emprender una revolución socialista, reprochando a la oligarquía su ceguera y egoísmo que le impedía ver la conveniencia de emprender este tipo de reformas a fin de mejorar la situación económica de los asalariados, explotados por los capitalistas y los aristócratas terratenientes. A diferencia de los fascistas alemanes o italianos, respeta a la Iglesia Católica como la representante de la esencia única e inmutable de España. En 1934 une su organización a las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (J.O.N.S) grupúsculo fascista cuyos principales seguidores se encontraban en los estudiantes de escuelas confesionales. En 1934-35 la Falange Española de las J.O.N.S se circunscribe a editar un periódico y a entrenarse en el campo (a la manera de los *boys scouts*) con camisas azules. En la víspera de las elecciones de este último año contaba con unos 8 a 10 mil miembros, la mayoría residentes de Madrid y Valladolid, donde habían organizado un sindicato con trabajadores de servicios, como choferes de taxis y camareros.

Ante la poca importancia de esta organización la derecha se mostraba displicente con ella, atendiendo sobre todo a que su líder y sus principales seguidores eran señoritos de la alta sociedad.

En los discursos de José Antonio se trasluce un deseo de revivir los tiempos de los Reyes Católicos y la época de oro de la España imperial, ideas que posteriormente tomó el Gral. Franco a fin de enardecer a sus seguidores con un futuro luminoso, lejos de las empozoñadas aguas de la politiquería a que habían orillado al país los "comunistas", como calificaban por igual a todos los republicanos.

Con el detonante que fue el asesinato de Calvo Sotelo, el 18 de julio de 1936 se pronunciaron los opositores a la República partiendo la iniciativa del ejército estacionado en Marruecos, feudo de los generales coloniales. En estos momentos no era el Gral. Franco el principal dirigente del bando nacionalista, sino tan sólo un eminente militar. Con la muerte, en un accidente de aviación, del Gral. Sanjurjo —alma de la conspiración— se formó una especie de triunvirato entre el Gral. Mola que dirigía las operaciones en el norte (y el único rival de cuidado para Franco), Queipo de Llano que tenía su feudo en Sevilla y el Gral. Franco, quien estableció su cuartel general en Burgos.

Desde la primera semana de guerra se obtuvo la ayuda tanto de Alemania como de Italia. Este punto es muy importante puesto que fue lo que les dio el triunfo a los rebeldes. Las "democracias occidentales" no acudieron en defensa de la República a fin de no disgustar a los fascismos poderosos, los cuales ampliaron cada vez más su fuerza e influencia, y también porque era preferible para ellas un fascismo a un peligro socialista. Desde un principio se proclamó la guerra española como un enfrentamiento entre comunismo y fascismo. La única nación

que apoyó a la República fue la URSS, tanto por razones estratégicas —amén de cobrar la ayuda en oro— como por el principio del internacionalismo proletario. México ayudó simbólicamente al gobierno legítimo, atendiendo a sus escasos recursos.

Weizsäcker, jefe del Departamento Político del Ministerio Alemán en Asuntos Exteriores, ejemplifica bastante bien el argumento esgrimido por las potencias fascistas para intervenir en España cuando dice:

"La finalidad de Alemania, así como la de Italia, es ante todo, negativa: no queremos una España comunista."

En octubre de 1936, y con el pretexto de que la guerra creaba la necesidad de un mando único, asume el cargo de Jefe de Estado y Jefe de Gobierno el Gral. Francisco Franco. Gradual y progresivamente se va imponiendo a los demás jefes militares del Movimiento, hasta llegar al año de 1939, cuando se le otorga el título de Supremo Caudillo, ya que él "personificaba todo lo que hay de honorable en el Movimiento" y "disfrutaba de la absooluta y plena autoridad. El caudillo es responsable ante Dios y la Historia".<sup>4</sup>

El Gral. Franco, si bien no era un hombre muy carismático, contaba con un agudo olfato político, comprendiendo la necesidad de unificar en una sola organización



política a todas las fuerzas rebeldes disgregadas en varios partidos, y para tal fin se expide el 19 de abril de 1937 el decreto que forma la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, uniéndose los carlistas monárquicos y los falangistas. De esta forma se concreta la fusión de todas las fuerzas opositoras a la República, siendo mi opinión que la utilización de la Falange por el Gral. Franco es coyuntural, pues ésta representaba una ideología de moda que en el plano internacional le daba el apoyo incondicional de Alemania e Italia, además de que recogía aspiraciones sociales que efectivamente estaban en la mente de los trabajadores. Con esta unificación veía también la manera de atraer a los españoles no comprometidos con ningún bando, como señala en una declaración al diario ABC el mismo 19 de abril:

“Existe en España una gran cantidad de personas neutrales no afiliadas... las cuales nunca han querido formar parte de ningún partido. Esta masa, que podría sentir vacilación a unirse a los vencedores, encontrará en la Falange Española Tradicionalista y de las JONS el canal adecuado para unirse a la España Nacional”.<sup>3</sup>

**A** partir de la unificación los miembros de la Falange aumentaron enormemente. Todo empleado público por el hecho de serlo era militante, así como los que se hubiesen salvado de las cárceles republicanas. La Falange estaba dirigida por una Junta política nombrada por el mismo Franco, quien era sin discusión el jefe del Movimiento.

El primero de febrero de 1938 se forma el nuevo gobierno en el lado rebelde, siendo significativo que ninguno de los principales cabecillas falangistas o monárquicos estuvieran incluidos en él. Formaban el gabinete exclusivamente militares y técnicos. El “Cuñadísimo” Serrano Suñer es nombrado ministro de Gobernación, de Prensa y Propaganda y se convierte en el teórico del nuevo régimen. La Falange era el “movimiento militante inspirador y base del Estado español”, según la primera frase de sus estatutos.

Se proclama el Estado nacional-sindicalista, el cual muestra su vocación “social” en el ordenamiento de las fuerzas productivas en forma jerárquica, naciendo así los sindicatos verticales organizados en forma corporativa. Se expide la Carta del Trabajo donde se estipulan las horas laborales de los obreros, el salario mínimo que deben devengar, vacaciones pagadas, protección a la mujer casada, admitiéndose que la “empresa privada es la rica fuente de la vida económica de la nación”.<sup>4</sup> Se declara a las huelgas como delito de “alta traición”. Esta Carta del Trabajo quedó en buenas intenciones pues con el pretexto de la guerra no se llevó nunca a efecto. Las obras sociales del bando nacionalista tuvieron más de obras de caridad, como las emprendidas por la rama femenil de la Falange.

El credo falangista enfatiza el concepto de “hispanidad” dirigido a unir a la Madre Patria con las repúblicas latinoamericanas, en una clara nostalgia del Imperio. También bajo este concepto se cobija la difusión y preservación de la tradición. La España de Franco se presentó como la sucesora de los Reyes Católicos, de Carlos

V y Felipe II (semejante al ideal mussoliniano de revivir las grandezas de la Roma clásica). Esta revitalización del pasado español sirvió como un poderoso discurso ideológico. La divisa de la monarquía “Una. Grande. Libre” se tomó para las estrofas del himno falangista.

Para imponer a la población la obediencia a este nuevo orden se formó un escalofriante aparato policiaco. El terror y al represión fueron las armas con las que se acallaron las protestas. La maquinaria represiva estaba orquestada desde el Estado mismo. El Gral. Millán Astray, decano de los generales estacionados en Marruecos, señalaba en la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936 que Cataluña y las provincias vascas eran “cánceres en el cuerpo de la nación. El fascismo, que es el sanador de España, sabrá cómo exterminarlas, cortando en la carne viva, como un decidido cirujano libre de falsos sentimentalismos.”<sup>5</sup> Con estas declaraciones se puede imaginar lo que sería el terror represivo como instrumento político de dominación.

La Iglesia era el otro sostén del bando nacionalista, juntamente con el Ejército. Dio, igual que la Falange y sus nuevas ideas, el marco ideológico para el desarrollo del Estado nacionalista. Hablaba el Gral. Franco como el hombre que dirigía una auténtica cruzada contra el enemigo de los tiempos modernos, que no sólo era el comunismo, sino también el liberalismo, el socialismo y el anarquismo. Se hizo capitana general del Ejército a la Virgen del Pilar. El mismo Franco se ostentaba como muy piadoso, dejándose ver por todos lados con una mano de Santa Teresa con fama de reliquia milagrosa.

El arzobispo de Toledo expresó el sentir de la jerarquía eclesiástica cuando dijo que era “el amor del Dios de nuestros padres el que había armado la mano de la mitad de España contra el monstruo moderno, el marxismo o comunismo, hidra de siete cabezas, símbolo de todas las herejías.”<sup>6</sup>

En cuanto a la política económica implantada por el Generalísimo, durante el curso de la guerra y más adelante por la Segunda Guerra Mundial, tuvo necesidad de imponer la autarquía, esto es, la economía cerrada sobre sí misma, autosuficiente, (en la medida que esto es posible en nuestro tiempo). Expide medidas para proteger y dar impulso a la industria, como la del 24 de octubre de 1939.

La Falange, el Ejército y la Iglesia son los pilares del nuevo Estado, autoritario y represivo. El Gral. Franco es el dirigente que con la ayuda divina venció a las fuerzas del mal. Durante la guerra y los años subsecuentes representó los intereses de los antiguos oligarcas terratenientes, de una Iglesia firmemente anclada en el pasado y de un Ejército que pasó a dominar toda la instancia dirigente estatal. (Hasta 1975, siempre había habido generales en los diferentes ministerios). Lo anterior fue evidente en los primeros años, pero conforme la sociedad española se industrializaba y se incorporaba al mundo moderno, la dictadura fue evolucionando.

En conclusión, considero que se puede caracterizar al régimen franquista como una dictadura militar con caracteres fascistas, como son la represión, la fundación de un

partido único, la formación de un Estado corporativo y autoritario, altamente centralizado, pero en general estas características también se encuentran en dictaduras militares y en algunas democracias formales. Se le podría también caracterizar —como hacen algunos historiadores europeos— como un semifascismo clerical-militar, o una dictadura militar conservadora, a secas, pero nunca como un fascismo en toda la extensión de la palabra. La principal diferenciación con el fascismo es su falta de desarrollo industrial y por lo tanto la no existencia de un capital monopólico que alentara el expansionismo y la competencia con las demás naciones capitalistas.

La Falange de José Antonio, el único movimiento estrictamente fascista, fue utilizado por Franco para sus fines y no tuvo mayor ingerencia en el desarrollo posterior del Estado nacional-sindicalista, el cual para 1939 ya había olvidado sus promesas contenidas en la Carta del Trabajo.

Por el contexto histórico en que se desarrolló la guerra civil era lógico que se tomaran muchas cosas del fascismo, que tenía un enorme ascendiente en ese tiempo, pero Franco fue lo suficientemente político como para enfatizar estos rasgos fascistas ante los "padrinos" alemanes o italianos con el fin de quedar bien. Después de la ruptura con Hitler en 1942, la utilización del fascismo por Franco dejó de ser ostentosa, pues ya no había necesidad para ello.

El Caudillo se rehusó a entrar en la segunda guerra en parte para consolidar y estabilizar su régimen y también por la pobreza y escasez de recursos en que quedó sumida España al término de la contienda civil. Después de 1945 es apoyado por los norteamericanos — quienes cierran los ojos a sus veleidades fascistas, por estas fechas ya muy mitigadas— y se aprestan a ayudarlo para tener una posición estratégica en el Mediterráneo, de gran importancia en su inminente confrontación con la Unión Soviética.

Para terminar, saco a colación la siguiente cita de Don Manuel Azaña, Presidente de la República, quien con su aguda inteligencia había previsto la imposibilidad de la implantación de un verdadero fascismo en España:

"Cuando se hablaba del fascismo en España, mi opinión era ésta: hay o puede haber en España todos los fascistas que se quiera. Pero un régimen fascista, no lo habrá. Si triunfara un movimiento de fuerza contra la República, recaeríamos en una dictadura militar y eclesiástica de tipo español tradicional. Por muchas consignas que traduzcan y muchos mote que se pongan. Sables, casullas, desfiles militares y homenajes a la Virgen del Pilar. Por ese lado, el país no da otra cosa".<sup>9</sup>

#### NOTAS

<sup>1</sup> Broué, Pierre y Témime, Emile, *La revolución y la guerra de España*, I, México, F.C.E., 1962, p. 28

<sup>2</sup> Woolf, S.J. et al, *El fascismo europeo*, México, Ed. Grijalbo, 1970, p. 31.

<sup>3</sup> Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1967, p. 389.

<sup>4</sup> Broué y Témime, *op. cit.*, p. 138.

<sup>5</sup> Payne, Stanley G., *Falange. A history of Spanish Fascism*, Stanford, Calif. Stanford Univ. Press, 1961, p. 174.

<sup>6</sup> Woolf, S. J. et al, *La naturaleza del fascismo*, México, Ed. Grijalbo, 1974, p. 54.

<sup>7</sup> Thomas, *op. cit.*, p. 400.

<sup>8</sup> Broué y Témime, *op. cit.*, p. 210.

<sup>9</sup> Azaña, Manuel, *Obras completas IV*, México, Ed. Oasis, 1968, p. 813.

#### BIBLIOGRAFIA

Azaña Manuel, *Obras completas*, III, México, Ed. Oasis, 1968.

Azaña Manuel, *Obras completas*, IV, México, Ed. Oasis, 1968.

Broué, Pierre y Témime, Emile, *La revolución y la guerra de España I*, México, F.C.E., 1962, 380 p. (Tiempo presente)

Payne Stanley G., *Falange: a history of Spanish Fascism*, Stanford, Calif. Univ. Press, 1961, 316 p.

Primo de Rivera José Antonio. *Discursos* editados por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange España Tradicionalista y de las J.O.N.S., 1938

Thomas Hugh, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1967, 782 p.

Vilar Sergio, *La naturaleza del fascismo*, Barcelona, Ed. Península, 1977, 217 p. (tesis doctoral en sociología presentada en la Univ. Paris-Vincennes)

Woolf S.J. et al, *La naturaleza del fascismo*, México, Ed. Grijalbo, 1974, 258 p. (teoría y praxis)





**Roberto Heredia Correa**  
**La Bibliotheca Scriptorum**  
**Graecorum et Romanorum**  
**Mexicana**

La Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana se comenzó a publicar en 1944. Se carecía entonces en todo el mundo de lengua española —y en buena medida la carencia persiste— de una colección bilingüe de autores clásicos, que pusiera en manos de los estudiosos de la filosofía, la historia y la literatura grecolatinas, textos de autoridad en la lengua original y traducciones legítimas y fieles.

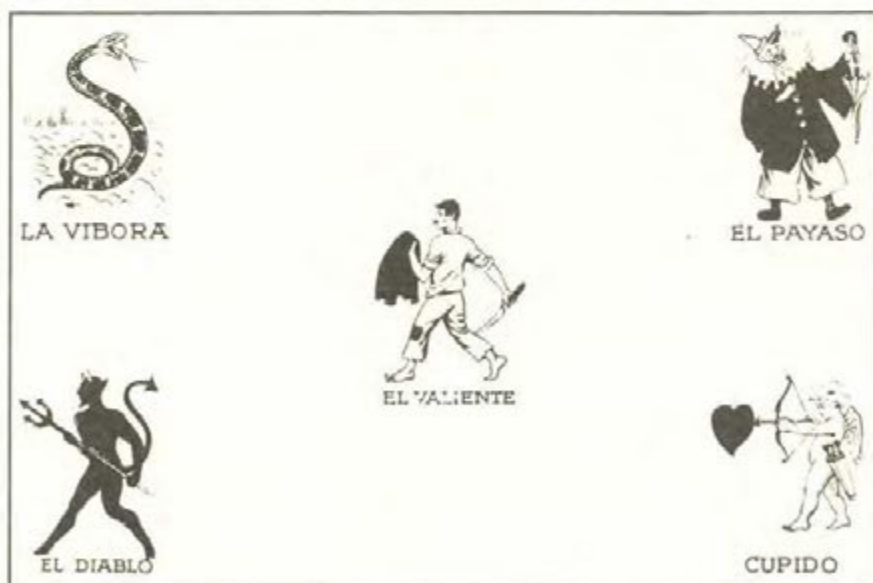
En sus inicios se prestó atención particular a obras de filosofía y ciencia: se publicaron entonces obras fundamentales de Platón, Aristóteles, Euclides, Varrón y Séneca, y algunos trabajos de Jenofonte y Cicerón. Pero hacia el mismo tiempo se inició la publicación de obras de otros géneros: *XL Odas* de Horacio, *Conjuración de Catilina* y *Guerra de Yugurta*, de Salustio. La aportación de algunos maestros españoles exiliados fue de gran importancia en ese momento (Juan David García Bacca, Agustín Millares Carlo y José María Gallegos Rocafull); y se unió entonces a la labor de algunos destacados maestros mexicanos (Alfonso Méndez Plancarte). En años subsiguientes fueron apareciendo volúmenes de historiadores (*Desde la Fundación de Roma, I y II*, de Tito Livio), biógrafos (la *Ciropedia*, de Jenofonte, *Vidas de los ilustres capitanes*, de Cornelio Nepote), poetas (Catulo, Lucrecio, las *Heroidas* de Ovidio); se tradujeron otras obras de filosofía (*Ética Nicomaquea* y *Política*, de Aristóteles); se publicaron algunos discursos y tratados retóricos de Cicerón (*Catilinarias*, *En defensa de Milón*, *Bruto*); se continuó la traducción de la obra de Horacio (*Sátiras*) y se inició la de Virgilio (*Geórgicas*, *Eglogas*). Nuevos nombres de profesores, tanto de nuestra Universidad, como de otras instituciones naciona-

les y de otros países, se fueron incorporando al equipo de traductores de la biblioteca bilingüe: Antonio Gómez Robledo, Antonio Alatorre, Rafael Salinas, Rubén Bonifaz Nuño, René Acuña, Juan Antonio Ayala.

Con la fundación, en 1967, del Centro de Traductores de lenguas clásicas, transformado en 1973 en el Centro de Estudios Clásicos, como parte del Instituto de Investigaciones Filológicas, la biblioteca bilingüe comenzó una nueva etapa y recibió un impulso notable. Todas las áreas de las letras clásicas han recibido atención de parte de los investigadores; los criterios de traducción se han afinado, y se han unificado en la búsqueda de una mayor exactitud; los estudios introductorios han tomado forma de amplios trabajos de análisis e interpretación; y el sistema de notas a ambos textos, dada nuestra carencia de colecciones específicas, se ha enriquecido, de suerte que los libros puedan proporcionar el mayor provecho, tanto a los especialistas y estudiantes de cualesquiera dis-

ciplinas de la cultura clásica, como, en general, a toda suerte de lectores. Se han publicado trabajos de filosofía (la *República* y el *Menón* de Platón; *De la naturaleza de los dioses* de Cicerón), de historia (la obra de Heródoto), de biografía (*Agrícola* de Tácito), de poesía (la obra completa de Virgilio, Propertio, Juvenal, Tibulo y Persio; las *Epístolas* de Horacio; la *Teogonía de Hesíodo*; *El Arte de amar* y *Remedios del Amor*, las *Tristes* y las *Pónicas* de Ovidio), de oratoria (*En favor de Murena* y *En favor de Celio* de Cicerón; *Contra Eratóstenes*, de Lisias), de retórica (*Diálogos sobre los oradores*, de Tácito), de teatro (*Comedias* de Terencio) de epistolografía (*Cartas a Atico* de Cicerón), etcétera.

Esta colección consta actualmente de más de sesenta volúmenes; además, ocho o diez trabajos están en prensa, y otros tantos en preparación. Es, sin duda, en el momento, el esfuerzo más aventajado en los países de habla española, en cuanto a la formación de una biblioteca clásica bilingüe.



## RELACION DE VOLUMENES PUBLICADOS

APULEYO, *Tratados Filosóficos*. Introducción, versión española y notas de Antonio Camarero. 1968. CXLV + 123 p. dobles

ARISTOTELES, *Ética nicomaquea*. Introducción, versión y notas de Antonio Gómez Robledo. 1957. CII + 281 p. dobles

ARISTOTELES, *Poética*. Versión directa, introducción y notas por el Dr. Juan David García Bacca. 1946. CLXIV + 47 pp. dobles

ARISTOTELES, *Política*. Versión española, notas e introducción de Antonio Gómez Robledo. 1963. 250 p. dobles

CATULO, *Cármenes*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1969. CCXXXIII + 89 p. dobles

CICERON, *Bruto*. Introducción, versión y notas de Juan Antonio Ayala. 1966. XC-VIII + 111 p. dobles

CICERON, *Cartas a Atico. XVI libros, I*. Prólogo, traducción y notas de Juan Antonio Ayala. 1975. CCIV + 159 p. dobles

CICERON, *Cartas a Atico XVI libros, II*. Prólogo, traducción y notas de Juan Antonio Ayala. 1976. LXVI + 164 p. dobles

CICERON, *Cartas a Atico XVI libros, III*. Prólogo, traducción y notas de Juan Antonio Ayala. 1976. CXXXII + 80 p. dobles

CICERON, *Catilinarias*. Prólogo, traducción y notas de Rafael Salinas. 1963. CXLII 180 p. dobles (2a. ed. 1973)

CICERON, *De los deberes*. Versión española y notas por Baldomero Estrada Morán. Introducción de Antonio Gómez Robledo. 1948. XXIII + 134 + 134 + 137-151 (2a. ed. 1962)

CICERON, *En defensa de Celio. Epístolas con Marco Celio Rufo*. Introducción, versión y notas de Amparo Gaos Schmidt. 1976. CLXV + 89 p. dobles

CICERON, *En defensa de Milón*. Introducción, versión y notas de Juan Antonio Ayala. 1963. CLV + 56 p. dobles

CICERON, *En defensa de Murena*. Introducción, versión y notas de Julio Pimentel Álvarez. 1972. CXI + 50 p. dobles

CICERON, *Sobre la naturaleza de los dioses*. Introducción, versión y notas de Julio Pimentel Álvarez. 1976. CLXXXIV + 159 p. dobles

CICERON, *Tres discursos ante César. A Favor de M. Marcelo. En Defensa de Q. Ligario. En Defensa del Rey Dayotaro*. Introducción, versión y notas de Juan Antonio Ayala. 1968. CXXV + 46 p. dobles

EUCLIDES, *Elementos de Geometría, I*. Introducción, versión y notas de Juan García Bacca. 1944. XCII + 178 p.

EUCLIDES, *Elementos de Geometría, II*. Versión, prólogo y notas por el Dr. José Álvarez Laso. 1956. XVII + 239 p.

HERODOTO, *Historias, I*. Introducción, versión, notas y comentarios de Arturo Ramírez Trejo. 1976. CCXLIII + 223 p. dobles

HERODOTO, *Historias, II*. Introducción, versión, notas y comentarios de Arturo Ramírez Trejo. 1976. L + 257 p. dobles

HESÍODO, *Teogonía*. Estudio general, introducción, versión rítmica y notas de Paola Vianello de Córdoba. 1978. CDXVII + 384 p. dobles

HORACIO, *Arte Poética*. Introducción, versión rítmica y notas de Tarsicio Herrera Zapién. 1970. CLXXXVIII + 22 p. dobles

HORACIO, *Epístolas*. Estudio introductorio, versión latinizante y notas de Tarsicio Herrera Zapién. 1972. CCXCV + 63 p. dobles

HORACIO, *Sátiras*. Introducción, versión y notas de Francisco Montes de Oca. 1961. CXLVII + 93 p. dobles

HORACIO, *XL Odas selectas*. Estudio, versión rítmica y notas de Alfonso Méndez Plancarte. 1946. XXXIV + 97 p. dobles

JENOFONTE, *Ciropeida, I*. Versión directa introducción y notas de Demetrio Frangos. 1947. IX + 423 p.

JENOFONTE, *Ciropeida, II*. Versión directa, introducción y notas de Demetrio Frangos. 1948. 469 p.

JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates. Banquete. Apología*. Versión directa, introducción y notas de Juan David García Bacca. 1946. XCVII + 539 p. dobles

JUVENAL, *Sátiras*. Introducción, versión y notas de Roberto Heredia Correa. 1974. CLX + 126 p. dobles

LISIAS, *Contra Eratóstenes*. Introducción, versión y notas de Lourdes Rojas Álvarez. 1976. CCLXXIX + 22 p. dobles

TITO LIVIO, *Desde la fundación de Roma, I y II*. Versión española y notas de Agustín Millares Carlo. 1955. XIII + 252 p. dobles

LUCRECIO, *De la naturaleza de las cosas, I*. Introducción, versión, notas y comentarios de René Acuña. 1963. I-LXX + 107 p. dobles

LUCRECIO, *De la naturaleza de las cosas, II*. Introducción, versión, notas y comentarios de René Acuña. 1963. LXXIII-CXVI 109-237 p. dobles

NEPOTE, *Vidas de los ilustres capitanes*. Introducción, versión española y notas de Agustín Millares Carlo. 1947. XXXIX + 171 p. dobles

OVIDIO, *Arte de amar. Remedios del amor*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1975. CCXXV + 101 p. dobles

OVIDIO, *Heroidas*. Introducción, versión española y notas de Antonio Alatorre. 1950. XCII + 211 p. dobles

OVIDIO, *Las tristes*. Introducción, versión rítmica y notas de José Quiñones Melgoza. 1974. CCLXXXIII + 111 p. dobles

PERSIO, *Sátiras*. Introducción, traducción y notas de Germán Viveros Maldonado. 1977. CXXXIV + 27 p. dobles

PLATON, *El banquete. Ion*. Versión directa, introducciones y notas por el Dr. Juan David García Bacca. 1944. CXC + 212 p. dobles

PLATON, *Eutifrón. Apología. Critón*. Versión directa, introducciones y notas por el Dr. Juan David García Bacca. 1965. CXIV + 69 p. dobles

PLATON, *Hippias Mayor. Fedro*. Versión directa, introducciones y notas de Juan David García Bacca. 1945. CLXXVII + 97 p. dobles (2a. ed. 1966).

PLATON, *Menón*. Introducción, versión y notas de Ute Schmidt Osmanzik. 1975. XCIC + 43 p. dobles

PLATON, *La República*. Versión, introducción y notas de Antonio Gómez Robledo. 1971. CLXXXVI + 382 p. dobles

PROPERCIO, *Elegías*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1974. CCVII + 132 p. dobles

SALUSTIO, *Conjuración de Catilina*. Versión directa del latín, prólogo y notas por Agustín Millares Carlo. 1944. 145 p. dobles

SALUSTIO, *Guerra de Yugurta. Fragmentos de las Historias. Cartas a César. Sobre el gobierno de la república*. Introducción, versión española y notas de Agustín Millares Carlo. 1945. XIII + 192 p. dobles

SENECA, *Cartas Morales, I*. Introducción, versión española y notas de José M. Gallegos Rocafull. 1951. XXII. 542 p.

SENECA, *Cartas Morales, II*. Introducción, versión española y notas de José M. Gallegos Rocafull. 1953. 533 p.

SENECA, *Consolaciones. Consolación a Marcia. Consolación a Polibio. Consolación a Helvia su madre*. Introducción, versión española y notas de José M. Gallegos Rocafull. 1948. XLIV + 301 p.

SENECA, *Tratados Morales, I. De la vida bienaventurada. De la tranquilidad del ánimo. De la brevedad de la vida*. Introducción, versión española y notas de José M. Gallegos Rocafull. 1944. XXV + 202 p.

SENECA, *Tratados Morales, II. De la ira. De la providencia. De la constancia del sabio. De la clemencia. Del ocio*. Introducción, versión española y notas de José M. Gallegos Rocafull. 1946. XLVIII + 254 p.

TACITO, *Diálogo sobre los oradores*. Introducción, versión y notas de Roberto Heredia Correa. 1977. CV + 41 p. dobles

TACITO, *Vida de Julio Agrícola*. Introducción, traducción y notas de José Tapia Zúñiga. 1978. CXXXIX + 39 p. dobles

TERENCIO, *Comedias, I*. Introducción traducción y notas de Germán Viveros Maldonado. 1975. XCIV + 181 p. dobles

TERENCIO, *Comedias, II*. Introducción, traducción y notas de Germán Viveros Maldonado. 1976. LXXIII + 168 p. dobles

TIBULO Y SU CIRCULO, *Elegías, I, II, III*. Introducción, versión rítmica y notas de Tarsicio Herrera Zapién. 1976. CCXXVIII + 80 p. dobles

VARRON, *De las cosas del campo*. Introducción, versión española y notas por Domingo Tirado Benedit. 1945. XXXV + 143 p. dobles

VIRGILIO, *Eneida, I*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1972. CCXCIX + 143 p. dobles

VIRGILIO, *Eneida, II*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1973. CCCI + 156 p. dobles

VIRGILIO, *Geórgicas*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1963. XCI + 92 p. dobles

VIRGILIO, *Bucólicas*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. 1967. CXXXVII + 47 p. dobles

# CALAS MENORES

FEDERICO PATÁN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

# INTRODUCCIÓN A LA INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA

ROSA KRAUZE



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

# Los supuestos del idealismo fenomenológico

Manuel Cabrera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

# ΕΠΙΣΤΗΜΕ

Revista de la Academia de Filosofía del C E C y T No. 2 "Miguel Bernard"  
INSTITUTO POLITECNICO NACIONAL

Año 1 ● Núms. 2-3 ● Enero-Junio, 1979

Dirección: Miguel Angel Alegre Gro.  
Subdirección: Eloísa A. González.  
Redacción: Susana Domínguez Sánchez.

Wontino Trejo

Russell: El Moesismo Neutral. Respuesta a Margarita Valdés

Carlos Pereyra

Sobre el Materialismo. Réplica a Ulises Moulines.

Carlos Pereda

Definiciones, diccionarios.

Enrique González Rojo

Ciencia e Historia.

Juan Carlos De Bras

Algunas consideraciones sobre la violencia simbólica y la identidad como emblema de poder.

Miguel Angel Gallardo

El Método por Postulados.

Ernesto Schettino

La Dialéctica y el Método Histórico.

Octavio Obregón

Límites del concepto espacio-tiempo en macro y microcosmos.

Severo Iglesias

El fundamento de la realidad social. ¿Por qué es necesario volver a los manuscritos del 44?

Nuestros colaboradores

Comentarios de libros.

Eloísa A. González

El problema de la enseñanza en Marxismo e Individuo Humano, de Adam Schaff.

Miguel Angel Alegre Gro.

Identidad y Necesidad, de Saul Kripke.

# ΕΠΙΣΤΗΜΕ



Apdo. Postal 70-562, Cd. Universitaria, México 70, D. F.

Tel: 567-21-10



## Colaboradores

### LUIS ELIO (1895-1958)

Abogado republicano originario de Tarragona, España. En Pamplona desempeñó varios cargos jurídicos, hasta el comienzo de la Guerra Civil, en que sufrió experiencias que aquí relata. En 1939 se exilió a París, y después a México. Escribió poemas y obras de teatro.

### JOSE GAOS (1900-1969)

Filósofo y doctor en Filosofía originario de Gijón, España. Durante la Guerra Civil emigró a México, donde tradujo importantes trabajos filosóficos y escribió *De la Filosofía, Del Hombre y Nuestra idea del mundo moderno*. Formó muchas generaciones de filósofos.

### ANDRES LIRA

Licenciado en Derecho (UNAM) y maestro en Historia (El Colegio de México), hizo estudios de doctorado en la State University of New York. Profesor e investigador en El Colegio de México. Ha publicado *El amparo colonial y El juicio de amparo mexicano*.

### FELICITAS LOPEZ PORTILLO

Estudiante de Historia en la División de Estudios de Postgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

### JOSE ANTONIO MATESANZ

Maestro en Historia por El Colegio de México. Ha publicado diversos artículos sobre historia de México e historia de las ideas en Latinoamérica. En 1978 publicó *México y la República Española. Antología de Documentos 1931-1977*. Es profesor de la Facultad.

### ERNESTO MEJIA SANCHEZ

Nacido en Nicaragua, reside en México desde 1944. Maestro en letras (UNAM). Realizó estudios de doctorado en la Universidad Central de Madrid y en la UNAM. Poeta y ensayista. Compilador de las obras de Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera y Alfonso Reyes. Ha publicado, entre otros, *Romances y corridos nicaragüenses, Los primeros cuentos de Rubén Darío, La vida en la obra de Alfonso Reyes, Cuestiones rubendarianas y Las Casas en México*.

### FRANCISCO MIRO QUESADA

Filósofo peruano. En la Universidad de San Marcos de Lima, ha realizado importante labor docente, y de investigación, en torno al pensamiento latinoamericano y otros temas. Entre sus obras: *Proyecto y despertar del filosofar latinoamericano*.

### VERA YAMUNI

Doctora en Filosofía (UNAM). Ha sido profesora de Lógica simbólica. Se ha dedicado a comparar diversos aspectos entre el Islam y el Cristianismo; es autora de varios artículos sobre este tema, y del libro *Conceptos e imágenes de pensadores de lengua española*.

### LEOPOLDO ZEA (ver Thesis No. 1)

### OSCAR ZORRILLA

Doctor en Letras por la Universidad de Montpellier, Francia. Ha trabajado en el Centro de Lenguas y actualmente en la Universidad Abierta de la Facultad. Es autor de *El teatro mágico de Antonin Artaud*, y de un volumen de cuentos.

